

BABEUF

Ilya Ehrenburg



“Esta defensa será apreciada siempre por todos los corazones virtuosos...”

“Si nuestra muerte está decidida, si mi última hora está fijada en estos momentos en el libro del destino, yo ya hace mucho tiempo que la espero. Habitado a las celdas, familiarizado con la idea del suplicio, de la muerte violenta, que son, casi siempre, la suerte de los revolucionarios, ¿qué puede asombrarme en esta ocasión? Dejo monumentos escritos. Ellos evidenciarán que no viví y respiré sino por la justicia y la felicidad del pueblo. Pero, ¡oh, hijos míos!, desde lo alto de estos bancos, el único lugar desde donde puedo haceros oír mi voz, sólo tengo un pesar muy amargo que expresaros. Habiendo deseado ardientemente contribuir a legaros la libertad, fuente de todos los bienes, no veo más que esclavitud y os dejo presa de todos los males. No tengo absolutamente nada que legaros. No quisiera dejaros ni tan siquiera mis virtudes cívicas, mi profundo odio a la tiranía, mi ardiente devoción por la causa de la Igualdad y la Libertad, mi vivo amor por el pueblo. Os haría un presente demasiado funesto. Os dejo esclavos y este pensamiento es lo único que desgarrar mi alma en estos últimos instantes...”

“Cuando mi cuerpo sea devuelto a la tierra, no quedará de mí más que una cantidad de proyectos, notas, esbozos, escritos democráticos y revolucionarios... cuando de nuevo se vuelva a pensar en probar al género humano la felicidad que nosotros le proponíamos, tú podrías buscar esos papeles y presentarlos a todos los discípulos de la Igualdad, a aquellos de nuestros amigos que conserven nuestros principios en sus corazones. Podrías presentarles, digo, en memoria mía, la colección de los diversos fragmentos que contienen todo lo que los corrompidos de hoy ellos llaman ‘mis sueños’”.

“Mi pensamiento los ha seguido hasta el reposo de la nada”

“Adiós. Ya no estoy unido a la tierra sino por un hilo que el día de mañana se romperá. Eso es seguro, lo veo demasiado bien. Hay que sacrificarse. Los malvados son más fuertes, yo cedo. Al menos es agradable morir con una conciencia tan pura como la mía. Todo lo que hay de cruel y de desgarrador es arrancarme de vuestros brazos, ¡oh mis tiernos amigos! Adiós, adiós.

Todavía una palabra. Escribid a mi madre y a mis hermanas. Enviadles por diligencia, o por cualquier otro medio, mi defensa, cuando esté impresa. Decidles cómo he muerto y tratad de hacer comprender a esas buenas personas que, lejos de ser deshonoroso, es glorioso... Adiós, pues, una vez más, mis muy queridos, mis tiernos amigos. Adiós para siempre. Me encierro en el seno de un sueño virtuoso...

Gracus Babeuf.



<https://elsudamericano.wordpress.com>



La red mundial de los hijos de la revolución social

BABEUF

Ilya Ehrenburg

IGUALDAD O...

CORRESPONDENCIA CON EL SEÑOR DUBOIS DE FOSSEUX

BAJO LA FAROLA OXIDADA

A TRAVÉS DE LAS REJAS

EL TRIUNFO DEL PUEBLO

PRISIÓN Y CONSAGRACIÓN

NUESTRA SEÑORA DE TERMIDOR

EL PAJEL Y LOS PAPELES DE TALMA

CON FOUCHÉ

¡BABEUF ES LA REVOLUCIÓN!

EL IDILIO DEL LUXEMBURGO

EL GRAN JUEGO

EXPORTAR LA REVOLUCIÓN

EL DIRECTORIO SECRETO

LA SUERTE DE UN DESVENTURADO

DOS COBARDES

FALSA ALARMA

PARÍS SE CALLA

AMOR Y ODIO

EL ATAQUE DE GRENELLE

BOLILLAS BLANCAS Y BOLILLAS NEGRAS

LA MUERTE DE BABEUF

POST SCRIPTUM

“La conspiración de los Iguales” ó “Vida de Gracus Babeuf”, en ruso *Заговор равных*, fue escrita a principios de la primavera de 1928 en París y fue publicada en la Unión Soviética durante los meses de noviembre y diciembre de ese mismo año en la revista literaria *Krasnaya now*.

Solo fue editada en forma de libro después de la muerte de Stalin, en el volumen 3 de las Obras recopiladas de Ilya Ehrenburg en nueve volúmenes. Moscú, 1964.

La primera traducción alemana fue publicada en Berlín por la editorial Petrópolis en 1929

La primera edición en castellano: Elías Erenburg, “Vida de Gracus Babeuf”, Editorial Acento. Buenos Aires, 1937.

Segunda edición en castellano: Ilya Ehrenburg, “La Conspiración de los Iguales”. Editorial Cauce, Buenos Aires, 1956. Traducción de la edición francesa.

Esta edición revisada: Julio 2020

IGUALDAD O...

Era el día septidi 19 de pluvioso, año III, o según el viejo estilo, el jueves 7 de febrero de 1795, día consagrado por la antigua Iglesia a Santa Dorotea y por la Revolución al liquen, planta parasitaria, como todos sabemos. Por otra parte, los parisienses no pensaban en la botánica ni en el calendario. Pensaban más bien en el pan. En la vecindad de las panaderías se oía decir a las personas que hacían cola:

—Parece que hoy no distribuirán más que dos onzas.¹

—En el barrio Marceau no dan ni siquiera eso...

Soplaba un viento frío y húmedo de la Mancha del que no era posible guarecerse en ninguna parte; los vendedores de leña, en el umbral de sus tiendas, hacían muecas despectivas. Adoptaban aire de potentados. Por la mañana, en la calle de Mouffetard, habían sido encontrados cuatro cadáveres: una mujer y sus tres hijos. Habían muerto de hambre o de frío. Cerca del mercado, sabiendo que ese día septidi, o jueves, o día del liquen, no habría pan, la ciudadana Moreau le había gritado al panadero:

—¡Aquí están mis hijos! No tengo nada que darles de comer. ¡Mátalos!

Naturalmente la ciudadana Moreau fue detenida inmediatamente. Unos decían que era una tejedora y que, en tiempos de Robespierre, había bailado alrededor de la guillotina. Otros, por el contrario, aseguraban que trabajaba a sueldo para ese emigrado imprudente que osaba llevar el nombre de Delfín. Los hijos de la ciudadana Moreau lloraban. El agente de policía Luis Labrat movía la cabeza en señal de reprobación.

—¡Cuánto trabajo! Las mujeres tienen conversaciones sediciosas, los miserables mueren a la vista de todos y, además, este viento frío de la Mancha que no calma.

¿No será Pitt acaso quien lo envía sobre la República? ¡Qué invierno! El Sena lleva ya helado cinco semanas... No es extraño que los astutos vendedores de leña hayan tomado aires de potentados. ¡Y ahora este viento...!

—*¡El Correo Republicano!* ¡La Revolución ha terminado!

¹ Como norma general, una onza equivale a 28,35 gramos, aunque existen ciertas variaciones de este valor. Por ejemplo, la onza castellana equivale a 28,75 gramos y la onza troy equivale a 31,10 gramos

El policía afina el oído: ¡Gritos sediciosos! ¿Qué será? ¿Realistas? ¿Anarquistas? ¿Agentes de Cobourg...?

Agarra por el cuello al gritón. Se trata de un chiquillo que vende periódicos, de unos diez años aproximadamente.

—¿Quién te ha dicho que la Revolución ha terminado?

—Un ciudadano muy serio. Tenía un reloj de oro... así de grande. Me compró el diario. Me dio una libra, diciendo: “Gracias a Dios la Revolución ha terminado”.

Luis Labrat es un ciudadano consciente. Respeta la Convención, el busto de Rousseau en las Tullerías y los cantos patrióticos. Si en el fondo de su corazón respeta también los relojes de oro, no se lo dice a nadie. Enfadado, reprende al pequeño.

—Ese ciudadano era seguramente un agente de Inglaterra o un secuaz de Robespierre. La Revolución, amigo mío, no puede terminar. La Revolución es algo sólido, es para siempre. Lo demás es mentira.

El agente se lleva al muchacho, que llora. El incidente se ha producido cerca del teatro de la República. El lugar se ve concurrido y la hora es agitada. Pronto serán las seis. Los ciudadanos se dirigen con paso rápido a los espectáculos. Algunos interrumpen su camino. ¿A quién detienen?

¿A un jacobino? ¿A un ratero? Todo el mundo sonríe cuando se entera de lo que ha pasado. Un hombre cuyos largos rizos caen sobre su cuello de terciopelo negro se echa a reír, viendo la cara de desconcierto del policía.

—Sí. Ha terminado..., ha terminado... ya era hora.

Labrat quiere detener al gracioso petimetre.² Pero su mano enguantada vuelve a caer. ¿Quién sabe...? ¿Y si la Convención hubiera decretado hoy que verdaderamente la Revolución había terminado? ¡La Revolución había decretado tantas cosas! El petimetre arroja al taquillero del teatro su paquete de bonos y, guiñando un ojo, entra en el vestíbulo con aire despreocupado mientras que Luis Labrat se lleva al niño llorando. El viento no se calma.

En el teatro de la República el espectáculo comenzó con retraso. Las velas escaseaban, y el apuntador reclamaba bruscamente su sueldo en metálico; juraba que era incapaz de apuntar en ayunas. Costó cierto trabajo convencerle.

² *Petimetre*: del francés “*petit maître*”, ‘pequeño señor’, ‘señorito’, ‘snob’

Se representaba la tragedia “Epicaris y Nerón”. Cuando se levantó el telón, algunos aplausos aislados resonaron en las galerías: “¡Bravo, Talma!”. Pero la platea respondió con un triste murmullo: “Sssh”. A los jóvenes petimetres de largos bucles no les gustaba Talma, lo consideraban jacobino. El primer acto terminó con tranquilidad. En el entreacto cada uno se divirtió a su manera. Los hombres de negocios susurraban, revendían telas, velas, jabón y chorizos. *Las merveilleuses*,³ sin inmutarse, sacaban en seguida de sus bolsos de seda muestras de mercadería. En los pasillos, los soldados les hacían cosquillas a las muchachas chillonas. Los petimetres se ejercitaban para ver quién era el más hábil lanzado huevos podridos y nabos helados al busto de Marat. En las bambalinas, el actor Fusil decía a Talma:

–Parece que hoy la *Juventud Dorada* prepara algo. Talma hizo un gesto con la mano. ¡Qué más da! Talma representaba a Nerón, el astuto, el cruel, el infortunado Nerón, todopoderoso e impotente, irritado, resentido y aislado.

–¡Qué importa!

Talma tenía buena memoria. Se le acusaba ahora de jacobino, pero antes le habían gritado: “girondino”. ¿Qué era él? Nada más que un actor, un comediante, un alumno del gran Garrik. Se trataba únicamente de unos falsos testimonios en virtud de los cuales se osaba arrestar a un ciudadano de Roma... Y ¡cuántas veces en ese tiempo se había visto obligado a decir “ciudadano”, en lugar de “príncipe” o “marqués”, aunque eso rompiera la justa medida de un alejandrino! ¡Cuántas veces en lugar de un monólogo se había visto obligado a declamar un folleto satírico de cualquier analfabeto!, y ahora era todo lo contrario, o mejor dicho, era siempre lo mismo. El actor representa un papel de jacobino y lo lapidan. Arranca la peluca de Dugazón. Dugazón, véalo usted mismo, es un bebedor de sangre.

¡Cómo representaba a Nerón! ¡Cómo sonreía melancólicamente! ¡Cuán lenta y difícil era su muerte! ¡Pero no! El arte de Talma no podía conmover a los espectadores: las tragedias, desde hacía ya mucho tiempo, eran una cosa cotidiana.

Una dama en un palco de derecha dijo a su compañero:

–Talma trabaja maravillosamente hoy. Se ve que su alma se penetra bien con la del tirano.

³ Se llamaba así, en la época del Directorio, a las mujeres de la pequeña burguesía enriquecida que adoptaban las maneras y el lenguaje de los aristócratas. (N. Ed.)

Su acompañante, sin embargo, no compartía sus sentimientos. Amaba a la vieja Francia y al viejo teatro. Talma, recubierto por un peplo, en lugar de llevar un uniforme de parada; Talma, sin peluca, que recitaba una estrofa sin cantarla, parecía ser un jacobino ignorante, un Robespierre en escena.

Respondió a la dama:

–Talma no comprende absolutamente nada. No es ni siquiera un actor, es sólo un triste bufón, ni siquiera bueno para una barraca donde se representa a Shakespeare.

En la platea se oye a alguien gritar:

–¡Oye, jacobino...! ¡Tú mataste a mi hermano!

Y señalaba a un ciudadano sentado en la sexta fila. Simpatizando con él, los petimetres de largos cabellos rizados susurraron inmediatamente: “¡Mueran los jacobinos...!”.

Un ciudadano de entre las filas del centro sonreía con aire despreocupado; observaba el opulento pecho de Epicaris. Continuó sonriendo incluso después de que un avisgado petimetre le golpease el rostro. Bonachón, se contentó con tartamudear:

–A mí también me mataron un hermano, seguramente es una fatalidad.

Nerón moría en escena. Los soldados seguían haciéndoles cosquillas a las mujeres, y los petimetres planeaban una lucrativa operación de tocino. En una de las primeras filas estaba el ciudadano Sansón, lucía una larga casaca marrón, y de cuando en cuando, cuando notaba sobre él las miradas de las bellas, se incorporaba con coquetería.

La tragedia no le interesaba. Bostezaba. ¡En el *vaudeville* o en el teatro Feydeau era todo mucho más alegre!

¡Cómo tardan esos palurdos en matar a Nerón y qué aburrido lo hacen! Mientras bostezaba, Sansón recordaba otras muecas, otros personajes muertos sobre otro escenario. Él había asistido. Había mostrado sus cabezas a un público ávido. Había cumplido con su deber honestamente para todos, para el rey, para Hebert, para Danton, para Robespierre. Él solo, Sansón, había escapado. Era indispensable a todos. No pronunciaba discursos inflamados, no inventaba nuevas leyes, no maldecía, no se golpeaba el pecho, no aullaba canciones. No, él únicamente se dedicaba a cortar las cabezas con maestría. ¿Qué significado podían tener para él los monólogos de Talma?

¿No había oído en el cadalso la plegaria del último de los capetos, los cantos de los girondinos, la risa de Danton y el grito, el grito salvaje de Robespierre herido, cuando él, Sansón, le había arrancado el aparato que vendaba su mandíbula? ¿Qué le importaban las tragedias? Estaba allí únicamente porque sabía que después de ese idiota de Nerón estaba anunciada una obra cómica. En el teatro el ciudadano Sansón quiere reír. Talma se esfuerza inútilmente: aquí nadie le comprende.

Después de “Epicaris y Nerón” se debía representar una comedia.

En el entreacto los petimetres conversaban con animación. El actor Fusil entra en escena. Representa “Crispín, rival de su amo”. Tiene una sonrisa astuta. Sólo el público de primera fila puede distinguir la mueca nerviosa que contrae su rostro.

Se oyen gritos en el patio de butacas.

–¡Di. “El despertar del pueblo”!

–¡Habla más fuerte!

–¡Es un jacobino!

–¡Es un asesino!

–¡Es un monstruo que exterminó a miles de inocentes en Lyon!

–¡Que diga esas coplas..., que se estrangule con ellas!

¡La sonrisa astuta desaparece! No queda más que un rictus de miedo. ¿Qué hacer? No tendrá más remedio que repetir esas palabras horribles, esa llamada al crimen amenazadora para los suyos y quizá para él. Fusil recita, pero los petimetres no se aplacan por ello.

–¡No tendrá el valor de decir eso... es indigno!

–¡Que lo haga Talma...! ¡Eh, Talma...!

El ruido se hace amenazador. Todos los petimetres, en grupo, avanzan hacia el escenario. Talma aparece. No le han dejado tiempo siquiera de quitarse la toga de Nerón. Es cortés y altanero. Va a recitar “El despertar del pueblo”. ¿No ha recitado otros versos defectuosos? ¿La Oda a Marat, “el Amigo del Pueblo”, y la Oda a Carlota Corday? Pero los malos versos siguen siendo malos versos, y aquí nadie necesita a Shakespeare. Lo que hace falta es sangre y latas de grasa.

Fusil hizo ademán de retirarse, pero no le dejaron:

–¡Quédate y sostén la vela!

El bufón Crispín sostenía el candelabro. Nerón declamaba los versos de un pobre poeta silbado. La mano de Fusil temblaba y, sobre la pared, la sombra del tirano bailoteaba cómicamente. Tristemente, Talma repetía sin ninguna animación:

*Sí, nosotros juramos sobre vuestra tumba, Por nuestro país
desdichado,*

Hacer una hecatombe

De esos caníbales malvados.

Los petimetres coreaban: “Una hecatombe”. No querían ver la comedia:

–¡Abajo Fusil!

El espectáculo acabó ahí. Los soldados de las galerías lo lamentaron tanto como el ciudadano Sansón, que no había tenido oportunidad de reír.

Los petimetres dejaron a los actores y se ocuparon de nuevo del busto de Marat. Unos gritaban: “¡Rompámoslo!” Otros: “¡A la alcantarilla!”. Fueron estos últimos los que triunfaron. Una manifestación nocturna parecía entusiasmarles.

En primer lugar, se dirigieron hacia la calle Chabanais, donde vivía el redactor del *Orador del Pueblo*, ayer jacobino, comisario de la Convención en Tolón, aficionado al oro y a la guillotina, hoy amigo del orden; el siempre presumido, charlatán y vanidoso Frerón, jefe de la *Juventud Dorada*.

Fue sonriendo a su encuentro: ¡Ellos eran su apoyo! Del mismo modo en que un coronel habría pasado revista a las bayonetas, examinó los largos rizos.

–Ya sabéis que tengo muchos enemigos, el judío Moisés Bayle me acusa de haber tomado parte en la masacre de Tolón. No es un verdadero francés, es un malvado. Quiere arrebatarlos al *Orador del Pueblo*.

Un petimetre preguntó a otro:

–¿De qué habla?

–Bayle ha publicado sus cartas de Tolón. Parece ser que bajo Robespierre, Frerón se vanagloriaba de enviar a la guillotina doscientas cabezas diarias. Lo dice textualmente: “Las cabezas caen como granizo”.

–¿Para qué recordar el pasado? Qué más da que haya sido jacobino o el mismísimo diablo si le parece, si ahora nos sirve.

Frerón marchaba a la cabeza; se admiraba al verse con su pantalón avellana, su chaqueta a cuadros, sus botas flexibles a lo “Souvaroff”, sus dos relojes de los que pendían gran cantidad de dijes, y su bastón trenzado. Las calles estaban desiertas. No encontraron a su paso más que a algunos miserables temblando bajo el viento helado. Los llamaron al pasar:

–Veníos con nosotros, le estamos haciendo la apoteosis a este perro de Marat.

Ellos murmuraron sombríamente:

–Hoy no han distribuido nada de pan.

Uno, semidesnudo y cubierto de pelos blancos, gritó:

–¡Con Marat estábamos mejor! Quizás vosotros estuviéseis peor; pero nosotros, estábamos mejor...

Después de observar el rostro huraño del hombre, Frerón se hundió aún más dentro de su cuello.

–Dejadlo, no vale la pena que nos preocupemos...

Al llegar al mercado los petimetres se detuvieron cerca de una carnicería. Habían visto sangre en las alcantarillas.

Con ella embadurnaron al Marat de yeso.

–Ahora –dijo Frerón– hay que purificar el aire. Aquí están las hojas de los anarquistas, *El Tribuno del Pueblo*; vamos a quemarlas.

Se encendió un brasero, y en torno al fuego cantaron: *Una hecatombe de caníbales*.

Bailaron y escupieron compitiendo a quién más y mejor sobre el busto de Marat.

El primero que al llegar al teatro había desconcertado al policía gozaba particularmente. Danzaba, cantaba, escupía y decía todavía con ruido goloso en los labios:

–La revolución ha terminado, sí, ha terminado.

No era un aristócrata ni un realista, ni un agente de Pitt. Era simplemente un joven atrevido y robusto, por otra parte acomodado, que únicamente quería vivir hasta hartarse...

Mientras Nerón moría en las tablas, mientras los petimetres se distraían, mientras el alerta Frerón trataba de disfrazar con sangre de buey las huellas de sangre humana que habían quedado en sus manos suaves y cuidadas, el policía Luis Labrat trabajaba.

Andaba por la ciudad, fisqueaba en los cafés, prestaba oído a las conversaciones: “¡Espía... perro!”. Pero era consciente de su deber, y pegaba todavía más su oreja rosa en forma de embudo, a quienes lo injuriaban. El viento, ese viento húmedo de la Mancha le torturaba. Labrat estornudaba. Ya tarde, por la noche, le hizo su informe a su jefe.

–En el teatro de la República han silbado a Fusil, luego han derribado a golpes al ciudadano Boret, quien ha sido arrestado. El busto de Marat ha sido derribado. En el *vaudeville* fueron muy aplaudidas las palabras del barbero: “Dejadnos divertirnos, quizás dentro de tres semanas no existiremos”. Quise establecer exactamente quiénes aplaudían, pero no me fue posible; los dos bustos de Marat están rotos. En el teatro Egalite se oyeron grandes carcajadas cuando una actriz dijo: “Comí un gran pastel, es decir, un ex pastel...”. En el salón un ciudadano decía: “Ahora todo es ex: la ex-calle, la ex-marquesa, hasta el pastel es ex...”. Por si acaso lo arrestaron. También allí rompieron el busto de Marat.

El jefe sonrió:

–¡Vajilla frágil! Pero el de la plaza del Carrousel les dará un poco más de trabajo... ¿Y además de las estatuas?

¿Qué conversaciones hay en las calles y en los cafés?

–Se comenta cada vez más la emisión de los bonos. En el mercado Antoine una impúdica mujer gritaba, hablando de ellos: “No sé qué hacer con eso, como no me limpie el trasero”. Todos tienen miedo de que dentro de poco no se pueda comprar nada.

Se han distribuido tres onzas en el barrio Antoine. Un obrero le llamó *ciudadana* a la panadera. Ésta empezó a gritar: “A causa de estas palabras no tenemos pan.”. En la calle Charonne, una mujer que daba de mamar a un niño, se cayó de inanición. Evidentemente tales incidentes excitaban al pueblo...

—Esperad, Labrat. ¿Pero las conversaciones políticas? ¿Nuestras victorias en Holanda? ¿El cambio de constitución?

Luis Labrat, desolado, suspira:

—No he oído nada de eso. Todo el mundo se queja del tiempo, del viento, del frío y también, naturalmente, del desempleo...

Después de despedir al espía, el jefe empezó a dictar su informe:

“La opinión pública en general está algo agitada. Desde luego, los ciudadanos sensatos están totalmente de acuerdo con las medidas adoptadas por la Convención Nacional para proteger la libertad de comercio.

Por lo que respecta a la clase obrera, es verdad que sufren de falta de trabajo y de mal tiempo...”.

Llegado a este punto el jefe estornudó y el escribiente también. El dictado fue interrumpido por un agente que se reportaba. El jefe leyó la orden del Comité de Seguridad General y, luego, hizo llamar a algunos policías, entre los cuales se encontraba Luis Labrat.

—Hay una orden de arresto para el número 28 de la calle Saint Antoine.

La casa designada por el jefe de policía estaba situada en la esquina del pasaje Les Diguieres. Era una casa de cuatro pisos. “La igualdad o...” Hasta hace unos días quería significar: “o la muerte”. Era una frase, sobre la fachada, resaltando en letras rojas.

El carnicero Garrón, propietario de la casa, había borrado la palabra “muerte”, pensando que eso chocaría a los sentimientos populares. Efectivamente, después de Termidor, nadie quería ya oír hablar de muerte. Las gentes volvían a empezar a vivir más o menos. La inscripción se hacía enigmática. “O...” ¿O, qué? La casa no lo explicaba.

Había un taller de carpintería en la planta baja. El hombre que buscaba la policía se escondía en un estrecho cuarto del último piso. A la luz de la bujía se distinguía un rostro delgado cuyos ojos estaban hinchados por el insomnio, la enfermedad y una especie de fuego interior. Tenía un traje azul marino y unas manos huesudas. Desparramadas a derecha e izquierda, hojas de papel cubiertas de abundante escritura; era claro que se veía obligado a economizar papel. Los policías subieron con sigilo por la escalera de caracol. Labrat estuvo a punto de estornudar, pero pudo contenerse a tiempo. Arriba, mientras tanto, el hombre seguía escribiendo:

“La Revolución no ha terminado, por más que lo digan y lo piensen los que desean sustituir una dominación por otra; si la Revolución hubiera terminado, no habría sido más que un gran crimen...”

Cuando Labrat cogió la hoja de papel, la última palabra no se había secado aún y se manchó el puño. Tristemente suspiró:

“Una mancha... y me pagan con bonos; seguro que en prisión se está más tranquilo...”.

Los policías se llevaron al hombre a la prisión de la Force, y Labrat se fue tranquilamente a informar a su jefe. Éste había tenido tiempo de recibir otro mensaje más del ciudadano Tallien. Estaba preocupado... Preguntó a Labrat:

–¿Cuánto dinero le encontrásteis a ese individuo?

–Seis francos, ciudadano.

–Ajá... Pero os ofreció una suma mayor para que le dejárais huir. Ha intentado sobornaros. Os ofreció treinta mil francos...

El pobre Labrat no comprendía absolutamente nada; esto es más complicado que la victoria de Holanda.

Contesta con ingenuidad:

–No, ciudadano, no me ofreció nada. Solamente me insultó porque había emborronado sus escritos y, por otra parte, ¿de dónde podía haber sacado treinta mil francos? Era un pordiosero.

El jefe se encoleriza:

—¿Por qué tantas vueltas, Labrat? Tenéis que declarar que ha querido sobornaros, que naturalmente, os negásteis a aceptar su dinero, por lo cual yo recompensé vuestra honestidad. ¿Me ha comprendido por fin?

Labrat está radiante. ¡Claro que ha comprendido! Se trata probablemente de una orden de la Convención y cuando la Convención decide, no hay que discutir. En cuanto a la recompensa, es agradable, naturalmente. ¡Si fuera en plata! Pero no, sería, como siempre, en bonos. Tendría que comprarle un vestido a su mujer.

Labrat redacta rápidamente un sumario sobre la tentativa de soborno. El jefe también escribe. Le dice a Tallien, exponiéndole el asunto:

—“El criminal ha intentado sobornar al agente de policía, pero...”.

Quisiera brillar por su elocuencia. En su ardor saca la punta de la lengua como un niño...

—“pero el agente ha dado pruebas de un valor cívico digno de los héroes de las Termópilas”.

Al otro lado de la pared se oye llorar a un niño.

¿Qué es eso? ¡Ah, sí!, es el pequeño vendedor de periódicos. Luis Labrat, el héroe de las Termópilas, se da cuenta de que tampoco en este asunto puede prescindir de su jefe.

—Detuve a ese joven ciudadano cerca del teatro de la República cuando gritaba: “*La Revolución ha terminado*”. Creí que eran palabras sediciosas porque es así como razonan los chuanes y los aristócratas. Pero desde luego si la Convención...

El jefe, haciendo un gesto con la mano: “Cállate”, parecía decir. En realidad, no estaba menos preocupado que el imbécil de Labrat. Trata de aspirar un buen puñado de rapé, pero sus ideas no se aclaran. “¿La Revolución ha terminado?” ¡A otros con ese cuento! ¿Y el Tribunal Revolucionario? ¿Y el estilo Revolucionario? ¿Y las fiestas Revolucionarias? Sí, desde luego, pero también hay revolucionarios que se encierran en prisión, que se envían a Cayena, que se les corta la cabeza. ¿Quién los lleva a prisión? Revolucionarios como ellos. Es posible que quieran verdaderamente terminar con la Revolución. No hay quien lo entienda. Mirad al ciudadano Tallien, le molesta profundamente que hablen del pasado delante de él:

Burdeos, la guillotina bajo sus ventanas, el gorro escarlata... Quizá la Revolución haya terminado realmente. Por otra parte, todo aquello no le importaba. La policía debe ejecutar órdenes sin ocuparse de problemas filosóficos; la policía no es la Academia.

El jefe interroga al chiquillo:

—¿Qué edad tienes?

—Diez años, me parece, o puede que nueve. Para la Asunción cumpliré diez u once.

—Ahora ya no hay Asunción, imbécil, hay otras fiestas. Por ejemplo: el Nueve Termidor, la Caída del Tirano Robespierre; el Veintitrés Termidor, la Caída del Tirano Capeto. ¿Qué eres, un realista, un jacobino o un orleanista?

¡Vamos, responde...!

El niño deja de llorar. Mira extasiado la escarapela del jefe, su gesto altanero, las plumas de los escribientes. Responde cortés pero con firmeza:

—Ciudadano, soy sólo el hijo de la viuda Peujot. Calle de los Osos, número cuatro.

El jefe sonrío; Labrat, respetuoso, sonrío también... y sonríen las escarapelas y las plumas.

—Pues bien, hijo de la viuda Peujot, puedes irte a tu casa, pero cuidado... no te hagas el pillo. Vocea el *Correo Republicano*, o *El Mensajero*, o *El Orador Popular*, pero de tu cosecha particular, ¡ni esto! Si mañana se te ocurriera gritar “La Revolución ha comenzado” te traerían de nuevo aquí. La Revolución, amigo, no tiene nada que ver con la venta de periódicos. La Convención es la que vela por la Revolución, no el hijo de la viuda Peujot. ¿Has comprendido, mocoso?

El coche llegaba a la prisión de la Force. El guardián refunfuñaba y maldecía buscando sus llaves. El preso también maldecía. La celda estaba oscura. Alguien encendió una vela. Se veían montones de heno, rostros dormidos y humo. El prisionero no se fijó en los muros húmedos ni tampoco en la paja podrida. ¡Conocía muy bien lo que eran las prisiones de la República!

Ésta era su quinta detención. Gritó solamente:

–¿Quién anda por aquí?

De todos lados se oyó:

–Patriotas.

–Las víctimas de los realistas y los chuanes.

–Los defensores de la Revolución.

–¿Y tú, quién eres?

El recién llegado se mantenía en silencio. Uno de los prisioneros entonces aproximó la vela a una cara delgada y extraordinariamente pálida.

Inmediatamente un grito de entusiasmo atronó la prisión:

–¡Viva Gracus Babeuf! ¡Vergüenza a los traidores!

¡La libertad o la muerte

Los presos entonaron canciones patrióticas durante toda la noche: el Himno de los voluntarios marseleses o “La carmagnole”.

En la plaza del Carrousel los albañiles cantaban las mismas canciones temblando bajo un viento frío y húmedo. Trabajaban sin descanso demoliendo el monumento erigido en honor del “Amigo del Pueblo”: Juan Pablo Marat. Las piedras volaban al golpe de las picas, mientras los obreros cantaban sin cesar:

¡Aux armes, citoyens!

¡Formez vos bataillons!

CORRESPONDENCIA CON EL SEÑOR DUBOIS DE FOSSEUX

Año 1787. Nadie piensa todavía en el huracán que se aproxima. Ni María Antonieta, cuya hermosa frente se frunce a veces por culpa de las dificultades económicas, en medio de las bucólicas del pequeño Trianón, de las cabras, los cortesanos, las pelucas y los ministros: ni Maximiliano de Robespierre, que en el Tribunal de Arrás se pone pomposamente, aunque sin éxito, al servicio de los pleitistas de provincias. Es aún tiempo de monarquía. Los monárquicos sueñan todavía con la República de la naturaleza del tierno Juan Jacobo. El pueblo está callado, los poetas escriben elegías y el doctor José Guillotín pone ventosas a sus clientes demasiado sanguíneos, sin pensar aún en su inmortal invento. Algo más tarde se recordará esta época como el Paraíso Perdido. “Quien no ha vivido antes de la Revolución, no conoce la dulzura de la vida”.

Gracus Babeuf no dirá eso. Vuelve a su casa. Su mujer lo espera.

–“¿Encontraste...?”

–“No, no encontré...”

En la casa no hay ni un céntimo. Los acreedores amenazan con el embargo. Los niños lloran y la mujer de Babeuf, paciente como la tierra de Picardía, calla y aguanta.

–Pobre tierra... La fiel y sencilla compañera cocina una sopa de lentejas. Fue en otro tiempo sirvienta de la condesa de Dameri. Babeuf no es todavía el Tribuno del Pueblo. No es sino un pequeño agrimensor; ni siquiera se le llama Gracus, sino que todos le conocen por Francisco. Es verdad que lee a los enciclopedistas, pero cuando va a casa de los ricos propietarios, estos no le dejan pasar sino hasta la cocina. Babeuf, tocado en lo más profundo de su amor propio, enfurece ante estas afrentas.

¿Qué es lo que hace?

Su trabajo consiste en archivos, investigaciones, derechos prescritos, títulos de donación, límites en litigio, genealogías, feudos... Los señores de Picardía son insaciables y avaros. Francisco Babeuf, especialista en propiedades, tasador, cuya oficina estaba situada en la aldea de Raye, debía velar por sus derechos con ojo vigilante. Las lentejas eran caras.

Echad una ojeada por el barrio Saint-Gilles, allí se encuentra su despacho. Dista mucho de ser lujoso. ¡Cuánta miseria por todas partes! Se alinean las casuchas de madera. Techos de paja, hundidos. En el interior reina la oscuridad, no hay ventanas, la única abertura es la puerta. Un área de tierra labrada. Agujeros, suciedad, hediondez. En uno de los agujeros, allí mismo, hay inmundicias. Las paredes rezuman humedad. Una sola pieza y una sola cama para toda la familia. En estas circunstancias, la bujía es un lujo; la carne, un festín. Los buñuelos son como una fiesta de campanillas... en este país, las novias lloran el día de sus bodas y las personas sólo se visten de gala una vez en su vida: cuando, al morir, la campanilla del cura anuncia la extremaunción.

Picardía y Artois no tienen el sol de Provenza, ni su pereza ni su felicidad. La severidad del propietario, poseedor de inmensas extensiones, se hace notar allí mucho más que en otras partes. La miseria del obrero agrícola o del artesano no tiene lo pintoresco del meridional.

Pronto se desencadenará el huracán. El mediodía enviará a París nobles soñadores, sibaritas, mártires y charlatanes. Los hijos del brumoso Norte serán los guardianes de la igualdad y los amantes de la guillotina. Serán los feroces filántropos, los puritanos de la sangre. Maximiliano Robespierre, Lebas, José Lebon. Será Gracus Babeuf, miserable agrimensor hoy y más tarde el Tribuno del Pueblo, pobre, pero resistiendo a los asaltos del mal, nutriéndose de su fe y de píldoras, quien recordará esas casuchas, esa hediondez y toda la miseria silenciosa del barrio de Saint-Gilles.

También recordará su infancia desgraciada su padre, un ex-mayor caído en desgracia, que después de las proezas militares, los combates, las recompensas, después de los favores del emperador de Austria, y después de una vida miserable de desertor perseguido, ya en su vejez se había visto obligado a cavar los fosos de las fortificaciones de Saint Quintin como un vulgar sepulturero por unos cuantos céntimos. En los días de fiesta, se vestía con su gran uniforme, al que amaba más que a la niña de sus ojos, su sombrero con galones de oro, y ceñía su enorme sable. Después se sentaba y sonreía. Era un simple peón, pero se creía un rico e importante personaje. Era orgulloso como sólo puede serlo un mendigo de Castilla. Fue él quien educó al pequeño Francisco (¿cómo podía pensar en la escuela?). Le enseñó también durante las largas jornadas en las que no había ni lentejas ni bujía, sino sólo desteñidos galones y estrellas, cómo se puede soñar y perseverar. Sí, aquel viejo original había enseñado muchas cosas al Tribuno del Pueblo.

Babeuf recordaba también a su madre hilando día y noche. Tenía los ojos enfermos de tanto hilar y el corazón fatigado de tanto vivir. Mostraba al pequeño Francisco una vieja maleta carcomida que servía de artesa. “Ésta fue tu cuna...” Francisco era un niño excelente que cuidaba de sus hermanos pequeños.

Algún tiempo después entró como dependiente en casa de un comisario de registro de propiedades. El patrón gritaba al pequeño, pero la patrona, a quien gustaban los rizos rubios cenicientos, le hacía lazos en el pelo. La pluma del pequeño dependiente rechinaba pacientemente. François creció y, ahora, ese mismo Francisco tiene ya hijos a los que tiene que dar de comer. “¿Encontraste...?” “No, no encontré...” ¡Qué tristeza la vida en esta aldea perdida, igual todos los días! Sólo la imaginación y el orgullo le hacían diferente a los otros agricultores. El difunto mayor hubiera reconocido a su hijo. El joven Babeuf no se interesa sólo por el polvo de los archivos. Pasa todo su tiempo libre leyendo. ¿Quién sabe qué inflama sus vigiliass? ¿Nobles sueños o solamente el amor propio de un pobre diablo bien dotado? Lee a Bably y Diderot, pero, naturalmente, su autor preferido es Juan Jacobo. Incluso le ha puesto a uno de sus hijos el nombre de Emilio. Perdiendo la noción de los inventarios, repite largas citas del *Contrato Social*. Por lo demás, no se limita a leer, piensa mucho y ya tiene maduras algunas cosas. Pronto sus sueños van a aterrorizar a los más altos magistrados de la República Francesa. Por el momento sus pensamientos no son conocidos más que por el secretario vitalicio de la Academia de Arrás, Dubois de Fosseux.

Dubois de Fosseux no vive en Raye, sino en Arrás. La vida en Arrás es aburrida. En las reuniones no se habla más que de procesos, escabeches, faisanes desalados y de la insolencia de los merodeadores. Dubois de Fosseux ama la filosofía, la literatura, los sueños filantrópicos y los poemas de Parny y Ducis. Como el agrimensor de Raye, admira al ginebrino. Aquí no tiene a nadie con quien hablar. La Academia de Arrás pide soluciones a problemas diferentes, por ejemplo: “¿Sería conveniente reducir el número de los caminos de la provincia de Artois y dar a los que quedaran un ancho suficiente para ser plantados?”.

En Raye, el imaginativo joven se siente feliz cada vez que se le presenta la ocasión de pronunciarse y ponerse en evidencia. Babeuf escribe al secretario vitalicio de la Academia. Dubois de Fosseux contesta con largas cartas llenas de entusiasmo. Así comienza una correspondencia que ha de durar años. Tratan temas de economía y poesía, hablan de un nuevo orden social y sobre antiguas imágenes consideradas demasiado groseras para la sensibilidad de las damas exquisitas.

“¿Cuáles son los problemas dignos de la atención pública?”

Pregunta Dubois de Fosseux. Babeuf no vacila. Contesta inmediatamente.

“Con la suma de conocimientos ahora adquirida, ¿cuál sería el estado de un pueblo cuyas instituciones sociales fueran tales que provocaran inmediatamente la más perfecta igualdad entre cada uno de sus miembros; donde el suelo habitado no perteneciera a nadie y fuera de todos; donde, en fin, todo fuera común, incluyendo la totalidad de los productos de la industria? ¿Dichas instituciones estarían de acuerdo con la ley natural? ¿Podría subsistir una sociedad como ésta, instrumentada de tal forma que la igualdad absoluta se perpetuara?”

Dubois de Fosseux conoce perfectamente a los filósofos de su siglo y, además, ¡se aburre uno tanto en Arrás! No se incomoda por la curiosidad de su enigmático corresponsal, no. Por el contrario, se complace en describir esa fantástica República. Todos los hombres y todas las mujeres tra bajarían para la sociedad y la sociedad les daría almuerzos y comidas; los objetos tampoco serían propiedad de nadie. No se oiría, naturalmente, hablar de cárceles; habría plena libertad de conciencia. El paraíso terrenal, en una palabra.

¡Pobre Dubois de Fosseux! Como tantos otros sopla inconscientemente sobre el fuego que ha de quemar las obras de Rousseau, encuadernadas en cuero, la Academia de Arrás, y la vida frívola de soñadores perezosos... idealistas. Pasarán seis o siete años y José Lebon llegará a Arrás. Él también hablará de la sociedad subrayando cada frase con un trazo rápido de guillotina.

¿Qué dice entonces el ciudadano Dubois de Fosseux...? Evidentemente el erudito secretario vitalicio no es vidente.

Habiendo divagado sobre la problemática de esta nueva República, pasa rápidamente a otros temas más prácticos. Sueña ahora con una legislación única para todas las provincias. ¡He aquí un ideal!

Pero Babeuf replica:

—“¿Pueden por ventura las leyes ocultar una desigualdad criminal?”.
“Hay todavía niños hambrientos y enfermos junto a ricos colmados de bienes.”

Dubois de Fosseux trata entonces de evitar la discusión. Habla de los trabajos históricos del señor Devienne y de los poemas de Opois. El magnetismo y la aerostática lo inflaman. Plantea a Babeuf cuestiones de alta filosofía. “¿Por qué los negros son negros?” Trata este tema como ha tratado los de la República de los Iguales. Todos los problemas son buenos siempre que se puedan tratar espiritual y alegremente. Sin embargo, el correspondiente de Roye insiste siempre en lo mismo. “¿Y la Igualdad?”

Dubois de Fosseux se irrita. ¿Acaso no son estos sólo sueños de espíritus superiores? Ante todo, eso es irrealizable...

Babeuf se dispone a responder. Está triste y silencioso. Hoy no ha encontrado dinero. ¿Qué dirá el panadero? Su mujer se lo cuenta:

—¿Sabes lo que le ocurrió hoy a la viuda Herbeaux?

Luisa me ha contado que cortó dos espigas de avena en un campo señorial y ha sido condenada a azotes. Después será exiliada del reino durante tres años. ¿Qué va a ser de sus hijos?

La tristeza de Babeuf crece más aún. No le responde nada a su mujer. Reflexiona acerca de la respuesta que le dará a Dubois de Fosseux. Olvida que se trata de una simple correspondencia, que el secretario vitalicio de la Academia leerá con buenas intenciones los mensajes de Roye, sonreirá ante un pensamiento audaz y guardará el escrito en su carpeta. ¡Se aburre tanto en Arrás...! A Babeuf le parece en estos momentos que su carta es capaz de transformar el mundo entero. Tiene veintisiete años, pero en verdad, es tan ingenuo como su pequeño Emilio. Repite en voz alta:

—Hay que hacer caer las coronas de los reyes. Su mujer, aterrorizada, le coge las manos:

—¿Qué dices, Francisco?

Recuerda muy bien un ahorcamiento en la plaza Mayor.

Era un pobre desgraciado. No se sabe cómo había dicho en la taberna, después de beber unos tragos de más: “¡Vamos a reventar con tantos impuestos! ¿A quién se despluma? ¿A los ricos? ¡A nosotros! Se paga por la sal, se paga por el vino. Pero, esperad, ya arreglaremos las cuentas”. Y pequeño, negro y flaco como un pájaro colgaba del cuello. “Las coronas.” “Los reyes.” ¿Es posible pronunciar tales palabras?

Babeuf sonrío. Se levanta. Sus ojos tienen un brillo triste y duro, habla confusamente, enredándose, pero con tanto ardor... Como si ante él no tuviera a su mujer horrorizada, sino al pueblo de todas las provincias del reino.

–¡Pues bien, sea...! Así debía ser... Cuando mi padre se estaba muriendo, me llamó y me dijo: “Durante toda mi vida leí a Plutarco. Te lego este libro. Lo he leído en la tristeza y en la alegría. Entre los hombres de la antigüedad elije uno que sea digno de ser imitado. Muchos son grandes. Pero no olvides al pueblo. Tu corazón te mostrará el camino. Todos son dignos. Quiero que sigas las huellas de uno de ellos. Es Cayo Graco. Pereció, pero no traicionó. No hay suerte más bella que una muerte como ésta. Una muerte para la felicidad de todos. Júrame sobre esta espada que no retrocederás, que no traicionarás al pueblo...”

Yo juré.

La voz de Babeuf era sorda. Estaba cargada de pasión y dolor. Quizá sueña con esta escena: las recomendaciones de sus mayores, Plutarco, la agonía, el juramento sobre la espada. ¡Esto es ser hombre! Habla y lo que dice se convierte inmediatamente en verdad. Si no estuviera ligado por el juramento hecho a su padre, en ese mismo instante se lo haría a sí mismo y no lo traicionaría.

Se enjuga la frente. Cuando se calma un poco se sienta de nuevo a la mesa. La pluma, escribiendo al señor Dubois de Fosseux, corre rápida. “Para realizar una gran revolución, es necesario ejecutar grandes cambios.”

BAJO LA FAROLA OXIDADA

– ¡Se tomó la Bastilla...!

El ruido que llega hasta la habitación de Babeuf le obliga a salir a la calle. No era sólo él. Esa noche todo Roye estaba en la calle. Los ancianos miraban con desconfianza por encima del hombro. ¿Dónde estaba el señor comandante de los Dragones del Rey? Los jóvenes reían ruidosamente. Hasta gritaban: “*Viva la Nación*”, como si Roye fuera París, asustando con sus gritos a las muchachas y a las viejas. Las muchachas seguían coquetas, pero las viejas lloraban.

Los pobres del barrio Saint-Gilles amaban a Babeuf. Ciertamente no leían las cartas que dirigía al señor Dubois de Fosseux, pero sabían que Babeuf era de los suyos, que Babeuf no los traicionaría. Cuando salió de su casa sus vecinos lo rodearon inmediatamente.

Sonreían beatífica e inconscientemente, como personas ebrias. Uno de ellos (era Ledain, un cervecero pelirrojo), abrazó a Babeuf, diciendo:

– ¡Han tomado la Bastilla!

Las lágrimas aparecen en los ojos de Babeuf. Lo que había escrito al escéptico secretario vitalicio de la Academia de Arrás comenzaba a realizarse.

Ese día muchos ojos estaban húmedos de lágrimas enternecidas. Las palabras “Han tomado la Bastilla” se transformaban como por arte de magia en sonidos triunfantes de un poema épico. La insignificante refriega contra los guardias de la calle medio muertos de miedo. El sitio durante el cual se tomaron las bodegas al mismo tiempo que la Bastilla. La captura de una casamata desierta. La bandera blanca enarbolada por defensores indecisos. La cabeza del marqués de Launay clavada inmediatamente sobre una pica. Todo este pequeño motín, que hubiera podido ser un hecho corriente, un disparo fortuito, un estúpido linchamiento, se convirtió en un gran día 3, la apertura de la fastuosa Revolución, la toma de una fortaleza inexpugnable, un asalto heroico, el entusiasmo desinteresado de toda Francia. En todo esto se convirtió la toma de la Bastilla.

Ni los amantes ni los pueblos pueden vivir sin un mito. A Babeuf, desde ahora, sólo le anima un pensamiento: ¡Ir a París!

Con grandes dificultades consigue algún dinero prestado para el viaje. Le acompañan las miradas de envidia y de conmiseración de los habitantes de Roye.

–“¿Adónde va?”

–“¡A París!”

–“Pero en París hay Revolución. Sería mejor que esperara uno o dos meses...”

Sí, en Roye todo el mundo está convencido de que la Revolución habrá terminado para otoño. Se ha tomado la Bastilla, Necker ha vuelto, el buen rey reducirá los impuestos y todo se arreglará.

Babeuf sabe reflexionar, y cuando sube a la diligencia le embarga una gran emoción. Detrás deja una vida apacible, pobre y triste, pero tranquila, con su mujer, sus hijos, sus libros, sus proyectos de historia de Picardía, su cama y su mesa. ¿Y delante? Delante, París, Revolución, la historia...

Babeuf llegó a París una tarde tórrida de julio. En las calles, las gentes se arremolinaban inquietas. Se leían periódicos, se gritaba, se discutía con los amigos o los transeúntes y hasta con las paredes. Todo el mundo, después de tantos años de silencio, quería hablar a gusto. Babeuf se hospedó en un hotel cerca de la plaza de Grève. En el letrero de la puerta se podía leer: “Aquí se aloja a los de a pie y a los de a caballo”. Quería dormir, pero no pudo. Abajo bebían y cantaban, con la tonada de nuevas letanías, terribles canciones. Estaba oscuro y la temperatura era agobiante. La tormenta estalló en seguida, pero ni la misma tormenta logró dispersar al pueblo. Los truenos se mezclaban con los rumores y los lúgubres rugidos de sanguinarias canciones.

Durante la noche Babeuf oyó la Revolución. Al hacerse de día la vio. No vio una asamblea de los Estados Generales, ni a La Fayette, ni a Mirabeau, ni a soñadores jefes o batallones de insurrectos. Vio en la esquina de la plaza de la Grève y la calle Vannerie una farola de hierro oxidada, una lámpara ordinaria cerca de una pequeña tienda con el orgulloso rótulo de “La esquina del rey”. En la tienda vendían velas, café, azúcar y jabón. La multitud se movía en los alrededores. Es aquí donde el pueblo juzga, es aquí donde el pueblo canta, bajo una farola oxidada.

Babeuf está de pie, apretado contra la pared. Su rostro refleja incertidumbre. Es evidente que todavía es un principiante... Ve cómo la multitud arrastra hacia la farola a un viejo decrepito. Se resiste, ruega. Tiene unos setenta u ochenta años.

—¿Quién es?

Un chiquillo mira a Babeuf con desdén.

—¿No sabéis quién es? Es Foulon. Un bandido. Decía que nos obligaría a comer hierbas como a los carneros...

Han arrastrado a Foulon hasta la farola. Algunos tratan de decir:

—¡Calma! Que se le juzgue. Pero la multitud ruge.

—¡Qué decís! ¿Es que estáis de acuerdo con esos bandidos?

Y los defensores se callan. El aspecto de la lámpara refrigera la filantropía. La multitud grita a Foulon.

—¡De rodillas! ¡Pide perdón! El viejo cae al suelo. Balbucea.

—¡Perdonadme! Llevadme a la cárcel. ¿No veis que me moriré pronto?

Pero la farola espera. Una cuerda al cuello de Foulon, algunos estremecimientos convulsivos y el rito está cumplido. Sin embargo, la multitud no se calma. Alguien lleva un hacha. La cabeza de Foulon cae. En la boca le introducen un puño de heno. Babeuf dice entonces en voz alta.

—Es horrible...

A su alrededor ríen con fuerza. “¿Horrible? No, es cómico.” Aquí, nadie comprenderá a Babeuf. En todas partes se ríe y se canta. ¡Los aristócratas a la farola...!

Arrancan la ropa de Foulon disputándose los trozos más pequeños, porque dicen que eso da suerte. Ponen su cabeza sobre una pica. El heno está manchado de sangre.

—¡Que coma hierba!

Durante todo el día Babeuf vive como una pesadilla. Quiere huir de aquel gesto de heno, pero no puede.

Anda con los demás, camina en silencio, sin apenas pensar en nada y respirando con dificultad. Ya hay dos cabezas. Al yerno de Foulon lo han traído de Compiègne. Han destrozado su cuerpo. Sangre, polvo, redoble de tambor, cantos... Todo París se ha volcado en las calles.

–¡Ah! ¡Qué buen golpe!

–Mirad, el suegro y el yerno están en dos picas.

–¿Está rico?

–Bala, carnero, bee...

Los vendedores de periódicos gritan: *“¡La notable cara de Desmoulins, el discurso de la farola a los parisienses!”*. La multitud se arrebata los periódicos. ¡Es magníficamente escrito...! No cabe duda que una farola oxidada no puede hablar. Es el joven periodista Camilo Desmoulins quien habla por ella y los parisienses comprenden perfectamente el lenguaje de la farola. Babeuf también lee sin interrumpirse. ¡Qué pluma más audaz! Exclama, con entusiasmo:

–Esto es la libertad de una nación. Ahora cada cual puede expresar por escrito todo lo que quiera.

Sin embargo, delante de él hay una pica, y en la pica, la cabeza del ex-intendente de Hacienda, Foulon. Sigue con el heno en la boca. Babeuf recuerda cómo gritaba el viejo: “Moriré pronto...”. La multitud se divierte, no callan los tambores. ¿Dónde está? En la calle Saint-Martin. Ya cae la noche. ¿Cuántas horas ha vagado así por la ciudad...? Es horrible y hermoso al mismo tiempo. Pero, ¿por qué esas cabezas...? En todas partes se bebe, se baila y se canta. Los parisinos no quieren hacer filosofía. ¡Qué solo se siente entre tantos cientos de miles de personas! ¡Cuán aislado se siente, a solas, con esa Revolución tanto tiempo esperada!

Agotado por la duda, la caminata, el ruido y todos los accidentes de su primer día en París, Babeuf vuelve a su hotel, allí toma la pluma para escribir a su mujer. Indudablemente ella no es culta. No conoce la historia de Roma. Ni siquiera ha leído a Rousseau. Esta ex-sirvienta apenas puede escribir a su marido algunas palabras simples y afectuosas. Pero su mujer le ha de comprender porque es una hija del pueblo y el pueblo tiene palabras fuertes, voz ruda y también un gran corazón. Cuenta a su mujer todo lo que ha visto.

“Doscientos mil hombres miraban e insultaban los cadáveres y gozaban...

¡Oh cuánto daño me hacía esa alegría! Estaba a la vez satisfecho y descontento... ¡Esa crueldad!...”

Deja la pluma, se pasea por la habitación de un extremo a otro. Tiene delante de sus ojos a la viuda Herbeaux apaleada –había cortado avena en el campo señorial. Al cervecero Mauricio, ejecutado por haber injuriado a los poderosos en la taberna. Al bonetero Moutier, a quien le cortaron la mano por haber osado cazar en los bosques del marqués. Tenía delante de los ojos las cuerdas de la horca, el verdugo, los garrotes, el hacha, la sangre. ¡Cuánta sangre! ¡Cómo no se hastiaba la nación! La sangre no se seca jamás, no hace más que esconderse bajo la tierra de donde brota después para enloquecer a los hombres.

Babeuf escribe:

“Los suplicios de todo género, el descuartizamiento, la tortura, la rueda, las hogueras, el azote, las horcas, multiplicados los verdugos por todas partes, nos han dado muy mal ejemplo. Los amos, en vez de mejorarnos, nos han convertido en bárbaros porque también ellos lo son. Cosechan y cosecharán lo que han sembrado, porque todo esto, mi pobre amiga, tendrá consecuencias terribles, según parece, pues no estamos más que al principio...”.

París se ha dormido. Todo el mundo está cansado de tanto cantar y bailar. Ahora, bajo la farola, dos enamorados se besan. Durante el día, como todo el mundo, también ellos han bebido y han cantado; pero ahora, él dice:

–Nos casaremos después del día de Todos los Santos, cuando todo esto haya acabado...

¿Cuánto tiempo puede durar la Revolución? Un mes, dos, tres... Así piensa el pueblo, así piensa al dormirse el rey que, habiendo sabido la muerte de Foulon, ha estado a punto de entristecerse. Así piensa hasta el procurador de la farola, Camilo Desmoulins. Los más incrédulos, o los más entusiastas, murmuran: “Todavía quieren ver caer una treintena de cabezas culpables, y entonces todo habrá terminado...”.

Pero Babeuf, que camina hasta el amanecer de un lado a otro, no tiene más que una idea en la cabeza. ¡No estamos más que en el principio...!

Los enamorados hace ya mucho tiempo que se fueron a la cama. La farola oxidada está ya desierta.

A TRAVÉS DE LAS REJAS

La noche en que Babeuf escribió a su mujer contándole su primer contacto con la Revolución, fue su última noche humana antes de dos años de tumultos, de énfasis, de odio, de heroísmo y de pose; la última noche del soñador, del agrimensor, del marido, del padre; la última noche de Francisco Babeuf cambió todo, hasta los nombres. Para empezar, se convirtió en “Camilo”. Los benefactores de Roma se habían puesto de moda. “Camilo”, ¿qué nombre mejor para las primeras esperanzas y la concordia cívica? Elegir una profesión era mucho más difícil. Ciertamente, al abolir los privilegios feudales, la Revolución había llenado de alegría al patriota Babeuf, pero el agrimensor había perdido su trabajo. De todas maneras, Babeuf no se dejaba abatir. Lo ensayó todo, ¿quién trabajaba en su oficio por aquella época? Solamente los labradores y tal vez los verdugos. El carnicero Legendre se había convertido en un Solón; el obispo Gobel, en el jefe de los ateos, y el príncipe de Orleans, en un republicano rabioso.

En colaboración con un tal Audiffred, Babeuf obtiene una patente, para un invento nuevo, “el grafómetro trigo-métrico”. ¿No da resultado? Pues bien, se hará panfletista. El marqués de Mirabeau irrita a Babeuf. Habla con demasiada verborrea. Babeuf, al igual que todos los ingenuos, se vuelve inopinadamente desconfiado.

Publica un folleto contra el héroe del día. Es su deber de ciudadano y, además, es su profesión. ¡De un modo u otro, el hombre debe ganarse el pan! Desgraciadamente, el panfleto no se vende. Hay ya demasiados panfletos y los parisienses están saturados. Naturalmente, ha sido preciso pagar la tipografía. Mirabeau sigue siendo Mirabeau, pero las deudas de Babeuf han aumentado.

Por otra parte, en lo que respecta a Mirabeau, el odio de Babeuf se apagó rápidamente. Pasará un mes o dos, y el panfletista pedirá audiencia al marqués. ¡Un provinciano necesita protección!

Babeuf escribe un libro, *El catastro perpetuo*, que no carece de planes audaces. Sin embargo, el libro no se vende. No hay dinero y su familia está en Raye...

Babeuf ha conseguido prestado un escudo con grandes dificultades. Inmediatamente, se lo envía a su mujer. Entre panfletos, planos, grafómetros, periódicos, no deja de pensar en sus hijos. Escribe así a su hijo:

“Buenos días, mi hijo querido, buen día, pequeño camarada... Te he comprado un hermoso bastón... ¿Sabes? ¿Me lo prestarás? ¡Ah! ¡Si tú supieras lo bonito que es! Mira, es así...”

El ciudadano Camilo intenta dibujar un bastón, pero, ¡ay!, no consigue dibujar más que un atizador. Firma la carta así: “Tu vagabundo padre, Babeuf.” En una carta a su mujer recuerda todos los nombres tiernos que intercambiarán él y su hijo. “Mi vagabundo”, “mi pobrecito”, “mi camarada”, “mi diablo de hijo”, “mi amigo”...

Sin embargo, las palabras, por más tiernas que éstas sean, no pueden reemplazar al pan. Finalmente consigue un trabajo, redactar cartas para el señor de Tour. Le envía dinero a su mujer. Le compra un regalo de cuarenta y ocho sueldos, una tabaquera, “un recuerdo patriótico”. Desgraciadamente, el señor de Tour se separa pronto de Babeuf. A pesar de que los sabios elogian *El catastro perpetuo*, el libro no se vende. Estamos aún en el primer año de la Revolución y el momento de los rápidos ascensos no ha llegado todavía.

Después de tres meses enfebrecidos, Babeuf, reprimiendo su pesar, vuelve de París a Roye. Naturalmente, Roye no es París, y para el fogoso ciudadano Camilo es mucho más fácil encontrar ocupación. Para empezar se ocupa de las gabelas y las ayudas. Babeuf publica un periódico. “Estos impuestos a la pobreza son contrarios a la igualdad entre los ciudadanos.” En todas partes denuncia a las autoridades municipales, en las tabernas y en las casuchas del barrio de Saint-Gilles. La población se agita. Los impuestos son más odiados que la Bastilla. La Revolución se convierte en un asunto personal, algo que afecta a todos. En las sesiones de la municipalidad sólo se trata una cosa. “¿Cómo desembarazarse de Babeuf?” Longuecamp, el alcalde de la ciudad, está particularmente interesado. Murmura al oído de los parroquianos influyentes en la iglesia: “Este Babeuf es muy peligroso, puede mordernos a todos como un perro rabioso”. Cada día el alcalde escribe una carta a París. El número de denuncias aumenta. Por esta razón y por esta causa Babeuf, por primera vez, tuvo conocimiento de lo que eran las pajazas de la prisión. Lo trasladan a París. Está en la cárcel de la Conserjería.

¿Quién intercederá en favor de Babeuf? ¿Los pobres desgraciados del barrio de Saint-Gilles? Pero bueno, seamos serios, esta pobre gente no sabe ni escribir... Longuecamp suspira aliviado: “Que coma sopa... No es tan fácil salir de la cárcel”.

El señor Longuecamp olvida un par de cosas. Olvida que en París, a pesar de todo, hay Revolución y olvida que el ciudadano Marat está en París. Cada número del *Amigo del Pueblo* es una sentencia, aunque Marat se oculte de la policía. Babeuf llevaba encarcelado algo más de dos meses cuando el “Amigo del Pueblo”, Marat, exigió la libertad del patriota Ricardo. Inmediatamente fue puesto en libertad. De regreso a Roye, no tiene ya ninguna duda acerca de cuál ha de ser su profesión. ¡Esto es un periódico!... ¡Es preciso que aquí, en Picardía, se salvede la Revolución de la misma manera que en París la protege el ciudadano Marat!

En la vecina ciudad de Noyon vivía un tipógrafo llamado Devine. Estimaba mucho a Babeuf. De buena gana consintió en publicar un semanario, *El correspondiente Picardo*. Se publicaban los decretos de la Asamblea Nacional, avisos y también artículos filosóficos de Babeuf, en los que éste dialogaba con la sombra de Licurgo. Era una hoja minúscula, repleta de retórica provinciana y de copias tomadas de otros periódicos. Sin embargo, el señor Longuecamp, al leerlo, se ponía rojo de rabia. ¡Qué insolencia! Los que sabían leer, leían el periódico en alta voz en todas las tabernas de Saint-Gilles. ¡Con cuánta avidez se escuchaba! Era el primer periódico libre. Babeuf denunciaba continuamente el sistema fiscal, se reía de las pretensiones de la alta sociedad picarda y de la estupidez de los administradores locales. Entre las ideas abstractas no se olvidaba de la miseria existente a su alrededor. Como dependencia anexa del periódico había abierto una “Oficina de consultas”. Todos aquellos que se sentían perjudicados por algo iban a pedir consejos a Babeuf.

Ahora, el señor Longuecamp acusa a Babeuf de provocación al pillaje. Babeuf es partidario de la ley agraria y del reparto de tierras. Longuecamp consigue una nueva orden de detención. Esta vez Babeuf conoce una prisión distinta de París, el Chatelet.

Allí estuvo más de un mes. Vuelve a Roye, pero, naturalmente, su actitud no es diferente ni se corrige. El barrio de Saint-Gilles lo eligió para el Consejo Comunal; sin embargo, Longuecamp logró anular las elecciones, ya que al parecer, la libertad de Babeuf era condicional y, en estas circunstancias, no era posible ocupar funciones electivas.

Babeuf continúa la lucha. La pequeña ciudad bullía. Hubo que recurrir a dos pelotones de dragones. El pueblo gritaba: “¡Abajo los privilegios! ¡Viva la Nación!”. El pueblo estaba con Babeuf. Longuecamp hace detener de nuevo a Babeuf. Sin embargo, los tiempos ya no son los de antes y el alcalde tropieza con graves dificultades. ¿De qué podría acusar a Babeuf? No consigue inventar nada válido y lo sueltan. Babeuf se ha acostumbrado ya a la Revolución. Está habituado a los arrestos imprevistos y a las no menos imprevistas liberaciones. En la prisión se siente como en su casa.

Roye es un lugar apartado y, cuando llevan a Babeuf a Chatelet, los parisinos miran con superioridad a ese provinciano ingenuo. “¡Así que la gabela te parece... dos pelotones de caballería...!” Pero Babeuf tiene buen ojo. Mira con una perspectiva más lejana. Cuando toda Francia está entusiasmada con el liberalismo del rey, Babeuf es partidario de la República. Cuando todos creen que la Revolución consiste en la libertad de conciencias y en la libertad de palabras, él exclama:

“Derribar a los reyes es muy poco, no es todavía igualdad. El bienestar para todos, la instrucción para todos... ése es nuestro objetivo”.

Babeuf hace abiertamente una campaña para la repartición de las tierras. Cuando la urna electoral llega a tener la vanidad de un altar sagrado, Babeuf se burla. “No se hace la revolución con un recuento de votos, sino con la sabiduría, el valor cívico y el desinterés.” Babeuf prevé el porvenir. No puede descifrar, sin embargo, más que lo que le toca de cerca. No es, en modo alguno, un hombre político. Es unas veces un filósofo, otras veces un apóstol. Podríamos decir de él que era similar a esas personas que se enfrentan a la historia como si se enfrentaran al arreglo de una casa. Sufre de presbicia. El señor Longuecamp o la municipalidad de Roye son ante sus ojos la encarnación de los enemigos de Francia. Emplea todas sus fuerzas en una lucha contra benditos y oscuros provincianos adictos al tapete verde y al anisado.

Designado finalmente para el puesto de administrador departamental de Somme trabaja sin descanso. Sus enemigos se enardecen y, a cada paso, Babeuf choca con ese antagonismo. La Revolución atraviesa un momento incierto. Han desaparecido ya los besos fraternos y aún no se ha decidido el paso de la guillotina. Se encarnizan con Babeuf. Su desconfianza aumenta. Su ingenuidad no desaparece.

Descubre un complot: los contrarrevolucionarios quieren entregar Peronne a los aliados. Advierte y denuncia un nuevo pacto de hambre organizado por los realistas.

—¡Enemigos por todas partes! ¡Por todas partes complots!

Babeuf es unas veces patético, otras veces sencillamente ridículo.

La ciudad entera comenta cómo el ciudadano Camilo declaró la guerra a una compañía de actores ambulantes. Representaban *Los héroes franceses* y *La posada llena*. ¿No eran éstas obras de teatro realistas? Babeuf se indigna, grita a los actores:

“En nombre de las nuevas costumbres, en nombre de la nueva educación que es necesaria al pueblo de una República naciente, os inicio un proceso en el que nombro jueces, a todos los ciudadanos espectadores presentes en este recinto.”

Los ciudadanos ríen. Sólo estamos en el año 92. Los “acusados” pueden continuar maquillándose todavía. La crítica teatral no es todavía de la incumbencia de los tribunales revolucionarios.

Sin embargo, son muchos los que no se contentan con reír. Los enemigos de Babeuf saben, no obstante, que las gentes que le preocupan no son exactamente los comediantes. A este administrador demasiado fervoroso le interesa el reparto de las tierras, la lucha contra el lujo, las ideas sobre la igualdad..., estos son sus pensamientos. Babeuf tiene muchos enemigos. Son poderosos, se le traslada de Amiens a Montdidier.

Allí tampoco cede. En París, habría sido uno de los oradores del Club de los Jacobinos, tal vez un juez, un periodista o, quizá, un comisario. Había estado en su lugar. Pero en la tranquila ciudad de Picardía parece un espantapájaros. La Revolución lo posee desde los pies hasta la cabeza. No piensa más que en ella. Su hijo tiene sarampión. Le escribe: “¡Ya estás mejor! ¡Viva la República! Tu papá”. No es la actitud ridícula de un comediante, es el delirio de un poseído. En Montdidier y en Raye, las gentes, al saber el suplicio de Luis XVI, hacen la señal de la cruz y lloran lanzando miradas temerosas. No es que quisieran al difunto Capeto, no, no le querían absolutamente nada, pero ¿cómo es posible cortarle la cabeza a un rey? Entre los murmullos medrosos resuena la voz de Babeuf: “¡Bravo, París! ¡Muera el tirano!”. Babeuf protesta contra la complacencia de las autoridades por no haber confiscado las tierras de los emigrados. Babeuf hace un auto de fe con los blasones de los nobles y la efigie del rey.

Las filas de sus enemigos se refuerzan. Longuecamp es siempre el que marcha a la cabeza. No hace más que buscar un motivo de pleito. Pero ahora es imposible detener a un hombre por sus ideas republicanas. Es tan pobre como antes. No se le puede acusar de malversación de fondos ni tampoco de robo. ¿Cómo desembarazarse de este turbulento patriota?

Es el propio Babeuf quien da las armas a sus enemigos. Era confiado e imprudente. Sabía orientarse en los destinos de la República, pero no manejaba las fórmulas burocráticas. Cierta día, un tal Devillas fue a su casa a pedirle que legalizara un acto de venta de la granja de Fontaine. Esta granja le había sido adjudicada a este presidente del distrito, Devillas, por 76,200 libras. Había declarado que la operación se había realizado en provecho de un tal Levasseur, pero, al no resultar el negocio, fue un señor llamado Leclerc quien se hizo cargo de la propiedad. Hacían falta las firmas de Babeuf y del otro administrador llamado Jaudhuin. Ambos firmaron inmediatamente. No habían pasado ni dos horas cuando Longuecamp triunfante declaraba que Babeuf y Jaudhuin eran culpables de fraude. Los acusados expusieron inmediatamente el fondo del asunto, pero la dirección del distrito destituyó a Babeuf del puesto que ocupaba. El pleito fue tramitado al procurador de Montdidier.

Babeuf va a París para justificarse. Sólo pide una cosa: “Juzgadme en París”. Teme la sentencia de los jueces picardos. Pero en París le dicen: “Quedaos aquí, esperad”.

Babeuf se quedó en París. El tribunal de Amiens había rechazado la acusación por fraude. Había absuelto a Devillas y consortes. Babeuf, sin embargo, fue condenado por rebeldía a veinte años de cadenas. Recordaban muy bien en Amiens al inquieto administrador. Longuecamp, ex-procurador del rey, ahora, naturalmente, patriota y republicano, había arreglado por fin sus cuentas con Babeuf. No solamente había conseguido expulsarlo de Normandía, sino que lo había deshonrado ante los ojos de todos:

“¡Mirad a este apóstol de la igualdad que es capaz del más vulgar fraude, y todo por dinero! Ahora se oculta y se divierte en París...”.

En realidad, Babeuf se muere de hambre en París. Perseguido, solitario, busca inútilmente algún medio para ganarse la vida. Finalmente, el ciudadano Fournier le aconseja que escriba algunas cartas. Él escribe inmediatamente a su mujer:

“Me acusan, a mí, que siempre he mostrado tanto horror por las intrigas y las bajezas, de haber traicionado mis deberes por dinero. Que vengan a ver su obra. Mis hijos lloran porque no tienen pan. Querida amiga, trata de impedir, por unos días todavía, que mueran de hambre... El ciudadano Fournier me ha procurado algún trabajo. Debo cobrar cierto dinero mañana...”.

Pero probablemente el ciudadano Fournier pagó mal su correspondencia. Alguien golpea la puerta. La mujer de Babeuf, abatida, deja caer los brazos. Son los acreedores. El panadero Danger reclama treinta libras por la provisión de pan. Clavier, el hostelero, exige veintiséis libras y seis sueldos por la comida que se había enviado a Babeuf. Los muebles de los Babeuf son embargados. Su hogar no se parece en nada a un palacio. Una cama de madera, dos malos colchones –uno relleno de paja y otro de lana ordinaria–, una mesa, un escritorio con cajones de madera pintada, seis sillas con asiento de paja, una colcha de indiana violeta forrada con tela gris. Esto es todo. La mujer de Babeuf se va a París con sus hijos. Si hay que morir, piensa, que lo hagamos, al menos, todos juntos...

A Babeuf le había ayudado un poeta llamado Sylvian Marechal, Burlón y original, era un hombrecillo trigüeño, tartamudo y enfermo, un ser, en resumen, totalmente privado de los favores de la naturaleza, aunque no por ello menos enamorado de ésta. De un carácter convencional y poético a lo Juan Jacobo Rousseau. Antes de la Revolución había escrito canciones frívolas, entusiasmado con los amores de las pastoras, y había denunciado la astucia de los tiranos, razón por la cual llegó a conocer la prisión de San Lázaro. Después de la Revolución llegó a ser un incrédulo perfecto, el primer inventor del calendario republicano y el terror de todos los curas. Imaginó nuevos sistemas sociales, propuso una amnistía general y convocó a la huelga universal. Sus amores preferidos se repartían entre los acrósticos, las mariposas y las familias numerosas. Cuando encontró a Babeuf, Marechal colaboraba en el periódico *Las Revoluciones de París*. Dio trabajo a Babeuf, quien podría haber vivido tranquilo y descansar, pero pidió la revisión de su proceso pendiente. Babeuf, como siempre, continúa obstinado y revoltoso. Por orden del procurador de Montdidier, fue detenido de nuevo.

Marechal era suficientemente influyente como para poder ayudar a su nuevo amigo. Sugirió a la policía parisiense que reclamara los elementos del proceso. Puesto que el procurador de Montdidier guarda silencio,

Babeuf es puesto en libertad bajo fianza. ¿Qué es para él la libertad? Ya no puede vivir fuera de las discusiones, de los proyectos de ley, de todas las agitaciones sociales. Quiere que se le restituyan sus derechos. Le nombran secretario de la Administración de Subsistencia de París. Sin embargo, los esfuerzos del señor Longuecamp no son vanos. Las calumnias siguen su curso. Aunque sólo sea por contumacia, Babeuf está condenado. El ministro de Justicia del más revolucionario de los gobiernos, no puede escapar a un arresto judicial. El ministro declara: “Si el ciudadano Babeuf está condenado, debe estar en prisión”. Esta vez Babeuf no espera la orden de detención, él mismo ingresa en la cárcel. Desde su encierro escribe una larga carta, donde denuncia a sus calumniadores. De nuevo –¿cuántas veces lo había hecho ya?– debe pensar en la maldita granja que Devillas vendió a Leclerc y no a Lavasseur. Siente cómo tiene las manos atadas por hábiles estratagemas.

Por todas partes se producen acontecimientos extraordinarios. La República triunfa en Jemmapes. Pone en fuga a sus enemigos. La Convención proclama la “Declaración de los Derechos del Hombre”. En la plaza de la Revolución levantan la guillotina y el carnicero Legendre ríe: “Aquí vamos a acuñar una nueva moneda”. Una aristócrata mata al “Amigo del Pueblo”.⁴ El pueblo llora. El pueblo baila alrededor del patíbulo. Los jefes disputan. Se acusan mutuamente de traición. Ya han caído las cabezas de Chaumette, de Anacarsis Clotz, de Hébert. Un verano tórrido comienza. En todas partes la gente lucha y muere, y él, Babeuf, debe pensar en la granja de Fontaine...

Finalmente hay un rayo de sol. La Convención, después de haber escuchado el informe sobre Babeuf, llevó el asunto ante el Tribunal Supremo que anuló el fallo y lo envió al Tribunal del departamento de Aisne. Babeuf es trasladado a la prisión de Laon. La queja de no se sabe qué patriota condenado pasa inadvertida.

“¡Imbécil, debería considerarse feliz. Se le acusa de fraude, pero si estuviera en libertad se le acusaría de contrarrevolucionario!”

La guillotina trabaja sin descanso. Hace sólo unos días, París lanzó un ¡ah! viendo en la mano del verdugo la enorme cabeza de Danton. ¿Quién podría preocuparse por el asunto de la granja de Fontaine y por el amigo de los pobres diablos del barrio de Saint-Gilles? Se está jugando una partida decisiva, la incorruptible lucha contra los traidores.

⁴ Charlotte Corday asesinó a Jean-Paul Marat el 13 de julio de 1793

Y Babeuf está todavía en prisión, siempre en prisión. Ve la Revolución a través de las rejas de su celda. No ve las salas de recepción, ni los decretos sobre la inmortalidad del alma, ni las sonrisas del bello Saint-Juste, ni las victorias de los patriotas, ni siquiera el paso ágil de Robespierre que, sacudiendo algunas motas de polvo de su irreprochable frac, firma, mientras camina, las condenas y marcha al encuentro de la Felicidad Común. No, Babeuf sólo ve el reverso de la medalla de la Revolución. El catre de tijera, la paja, las lágrimas de los caídos, las convulsiones de los condenados, las carretas, los abrazos, el terror y la agonía.

Quizá muchas veces, durante esos ardientes días de verano, cuando, en toda Francia, los miembros de los tribunales trabajan sin tregua, sudando y firmando nuevas condenas de muerte, cuando Maximiliano y el pueblo francés se extenuan en medio de los designios más elevados y la sangre que se coagula, cuando la Revolución, como el sol, en su cenit, es de un insoportable esplendor, cuando está próxima a arder y a consumirse, cuando desbordan el orgullo, el énfasis y el crimen, quizás en esas noches asfixiantes del año 94, Babeuf recuerda con frecuencia otra noche tan asfixiante como éstas, recuerda su estremecimiento al ver la primera sangre, la cabeza de Foulon, la cruel aurora de ese gran día.

¿Hace de aquello cinco o cien años? La gente sonreía todavía por aquellos tiempos.

EL TRIUNFO DEL PUEBLO

El día 30 de Mesidor Babeuf fue puesto en libertad. El tribunal del departamento de Aisne no encontró motivo alguno de delito. Babeuf quería trasladarse inmediatamente a París, pero una enfermedad de su hijo se lo impidió. El 9 de Termidor lo encontramos, pues, en Laon. Cuando conoce la noticia de la caída de Robespierre, al igual que toda Francia, exclama ingenuamente. “¡Ha caído Cromwell! ¡La Revolución continúa!” Había respirado durante tanto tiempo la atmósfera densa de la prisión que necesariamente tenía que gozar con 100 discursos sobre la libertad. Es fácil escribir: “Nosotros acabaremos con los cobardes, los indignos, los indecisos”. Es mucho más difícil ver las carretas cargadas de carne humana todos los días y escuchar cómo desde los jergones vecinos brotaban las quejas, los llantos y la locura de los condenados. Las experiencias que había sufrido su corazón fueron más fuertes que la estrategia política. Babeuf era ardiente, colérico y tierno. No era un héroe de las tragedias calificadas con error como clásicas, que durante este tiempo estaban tan de moda. Era un hombre que amaba la vida. Detestaba las denuncias, el miedo animal y la guillotina. Cuando en París, no los traidores de la Gironda, ni los realistas, sino los montañeses, sí, los montañeses, hicieron caer a Robespierre y dijeron “¡No más sangre!”, Babeuf aplaudió con calor.

¿Sabía lo que aplaudía? Babeuf creía en los gestos. Las sonoras palabras de los mediocres retóricos le conmovían, a veces, hasta el punto de hacerle verter lágrimas. Creyó en Tallien, ese ex-mayordomo, ladrón y asesino, que, descubierto por Robespierre en flagrante delito, gesticulaba con un puñal ante la Convención, para salvar su piel. Tuvo confianza en el libertino Barras, en el zorro de Fouché y en el charlatán Freron. Fouché era un amigo desinteresado. ¿Cómo no tener confianza en él? Tenía su confianza puesta en esta banda de bandidos cobardes que temían a Robespierre, no como a un tirano ni a un Cromwell, sino como a un agente de policía, dispuesto a cogerlos por el cuello y sacarles de los bolsillos las joyas de familia robadas a los aristócratas muertos o vivos. Esos ladrones sabían expresarse de manera rebuscada. Francia tuvo confianza en ellos. También tuvo confianza en ellos Babeuf.

En el año 89 todo el mundo pensaba que la Revolución terminaría en pocas semanas. Los convencionales, al pasar cerca de Robespierre, ya herido, gritaban: “¡Viva la Revolución!...”. Ahora todo el mundo estaba convencido de que la Revolución era inmortal.

¿Que habían caído algunas cabezas? Después de Hébert, Danton, después de Danton, Robespierre. ¡Muy bien! Esto no era más que un ligero cambio de la decoración doméstica. Los nuevos jefes estaban muy lejos de pensar en el fin de la Revolución. Todos ellos la amaban sinceramente, unos por la declaración de los Derechos del Hombre, otros por los diamantes requisados.

El día 10 de Termidor, el grabador Mauclair se había degollado con una navaja barbera, en la calle Les Trois Canettes. Había dejado una carta que decía: “Mi pistola ha fallado, lo intentaré de nuevo... Ya no quiero vivir. La Revolución murió ayer...”. Los patriotas se burlaban del imbécil grabador y decían: “La Revolución acaba de empezar ahora...”. Acerca de Robespierre se contaban las historias más fantásticas. Todo el mundo las creía porque quería creerlas. Parece ser que el Incorruptible quería casarse con la hija de Luis XVI. En este caso, las cortes extranjeras lo habrían reconocido de la misma forma que reconocieron a Catalina de Rusia... El pueblo, que todavía ayer adoraba a Robespierre gritaba:

–¡Que se case ahora!

–¡Vergüenza al usurpador, quería matar la Revolución

El suicida grabador de la calle de Les Trois Canettes ya no podía discutir, lo habían arrojado a la fosa común.

Babeuf llega a París. Poco a poco empieza a orientarse. Todavía cree en Fouché y en Tallien, pero cada vez más a menudo se lee en su rostro la inquietud, la repugnancia y la indignación. Naturalmente, está contra la sangre. ¡Cómo se ha equivocado Robespierre al recurrir al terror! No se puede gobernar por el miedo. Babeuf sospechaba. Robespierre quería la Felicidad Común. Robespierre era un honesto predicador de la Igualdad, ¿Quizá pensaba simplemente disminuir la población de la República para asegurar la prosperidad a los que quedaran? ¡Proyecto criminal!

¿No era preferible que cada uno redujera sus necesidades? Esparta nos ha enseñado una economía severa.

Babeuf escribe un panfleto contra el fanático Carrier, ese “patriota” que ahogaba a los inocentes en el Loire. Los termidorianos aplauden a Babeuf y éste mira con desconfianza a su alrededor. ¿Quiénes serán estos nuevos amigos?

¿No serán aristócratas? Continúa el panfleto, “mientras que Robespierre tenía razón en muchos puntos...”. Entonces aquellos que lo aplaudieron gritan con indignación: “¿Tenía razón ese tirano?” “¿Tenía razón Cromwell?”.

Sí, Robespierre tenía razón, quería la Igualdad. ¿Quién luchó contra el lujo criminal? El Incorruptible. El sabía que el sostén de la Revolución eran los obreros y los campesinos. Fue él quien puso las bases de una nueva legislación, y él quien había tratado de destruir la riqueza inútil y la miseria monstruosa. Aquí, Babeuf está con Robespierre.

De esta manera se produce la escisión entre los termidorianos y Babeuf. La lucha comienza. Babeuf publica un periódico, *La libertad de prensa*. Abre un Club Electoral, donde se examinan los proyectos de leyes sociales y se elaboran las peticiones a la Convención. La reacción aumenta en el país. A esta reacción, sin embargo, se la llama todavía revolución. Cierran el Club de los Jacobinos cantando “la Carmagnole”.

Babeuf cambia de tono y cambia de nombre. Su diario se llamará en adelante *El Tribuno del Pueblo*. Resulta más inteligible. Ya no es más Camilo. ¿No quería Camilo la paz entre los patricios y los plebeyos? No, ahora se llamará Gracus, el frenético, el irreductible. Después de largos años de vida vegetativa, de intrigas provincianas, de lucha con el alcalde de Roye, después de una inacción forzada, el nuevo actor se presenta en el escenario de la Revolución. Los héroes se pudren hace ya tiempo en el cementerio de Piopous. Los que terminan de representar las tragedias son ahora lamentables figurantes. En el lugar de Danton, Tallien arenga a la multitud y el incapaz Freron repite los discursos de Desmoulins. Actores y espectadores están fatigados. Gracus Babeuf, sin embargo, está lleno de ardor. Para él, la Revolución acaba verdaderamente de empezar. Asombra a París con su sincero entusiasmo que no se ha gastado aún en la guerra fratricida. Su nombre, conocido hasta ahora sólo por los habitantes de Roye y, tal vez, también por los guardianes de una docena de cárceles, se vuelve de pronto popular.

Tallien trata de domesticar a ese desaforado de Gracus. Es inútil. Babeuf responde: “Robespierre es manchado injustamente por vosotros”. Una sola cosa separa a Babeuf de Robespierre: el terror, la guillotina y la sangre. Pero es precisamente la sangre y la guillotina lo que acerca a Robespierre a los termidorianos.

El Tribuno del Pueblo dice: “La Felicidad Común no es una palabra, debe tener también vida”. Todo París lee el periódico de Babeuf. He aquí el grupo de la *Juventud Dorada*. Hacen ostentación de sus rizos y de sus impertinentes. Damas con pelucas blancas los acompañan. Peinado extraño. Los cabellos van recogidos en la parte superior de la cabeza. Es una nueva moda en recuerdo de los ajusticiados. Las bellas imitan a los que iban a la guillotina. Ahora no es peligroso. Los petimetres leen un periódico. ¿Cuál? ¡*El Tribuno del Pueblo!* Ellos se indignan.

—¡La cola de Robespierre! ¡Un nido de jacobinos! ¿En qué piensa la Convención? ¡Muera Babeuf!

En el muelle de los Agustinos, los obreros leen el mismo periódico.

—¡Bravo, Babeuf! ¡Tómales por los cabellos!...

Los obreros murmuran. Los precios suben y los patrones disminuyen los salarios. Babeuf escribe con razón: “¿Cómo puede vivir un ciudadano con cien sueldos?...”. El nombre de Babeuf está en boca de todos. Los termidorianos están atemorizados. No pasarán tres meses después de los discursos sobre la libertad sin que un convencional, Merlin de Thionville, suba a la tribuna y diga:

“Un tal Babeuf, que había osado calumniar, que había sido condenado a cadena, un tal Babeuf ha ido a refugiarse en el seno del Club Electoral donde ha pronunciado discursos cada vez más sediciosos... De acuerdo con la ley, el Comité de Seguridad General ha hecho arrestar a Babeuf”.

Tallien sonríe. Pero le espera una desilusión. Los amigos del *Tribuno del Pueblo* son muy numerosos. Los policías vuelven con las manos vacías. El tal Babeuf ha desaparecido.

El periódico continúa publicándose. Está prohibido y, sin embargo, se imprime se vende y se compra. Es la primera vez que se habla a los pobres diablos de París con un lenguaje comprensible. Es verdad que desde sus primeros días, la Revolución los ha adulado. Se ha hecho una virtud cívica de su pobreza. El calendario republicano ha bautizado a cuatro días los “*Descamisados*”, en honor de su desnudez. Sin los barrios de Antoine y Marceau, hubiera sido difícil hacer la historia de la Revolución. ¿A quién se había visto en las calles el 14 de julio y el 10 de agosto? Ni a los periodistas

ni a los abogados desde luego, sino a los boneteros, a los carniceros del mercado y a los carpinteros. Se les había hablado de Rousseau, de la inmortalidad del alma, de la fraternidad de todos los pueblos, de los presos de la Martinica y hasta de la Revolución china. Se les había incitado tanto a las hazañas como a las bajas venganzas. Ellos respondieron a todas las llamadas. Durante las jornadas de Septiembre estrangularon a los prisioneros sin defensa y murieron en la frontera de la República como héroes. ¿Qué ocurrirá mañana?, se preguntaban ahora. ¿Cien escudos por día? Pan seco... Están en harapos. En la Convención se ha gritado: *“¡Vivan los descamisados!”*, pero no por ello se les han dado camisas. Por las calles se ven comitivas lujosas. Petimetres acaparadores. En los escaparates de las tiendas aparecen de nuevo relojes cubiertos de piedras preciosas, piñas y chales orientales. Pero ellos, los descamisados, ¿qué pueden hacer con su gloria como defensores de la Revolución y con cinco libras por catorce horas de trabajo? Los panaderos han intentado hacer huelga, pero la policía los ha llevado por la fuerza a sus hornos. Deben ser buenos patriotas y trabajar honestamente. La República lo quiere. Pero, entonces, ¿para qué les sirve la República?

Y he aquí que un tal Babeuf dice:

“Yo diferencio dos partidos absolutamente opuestos... Creo que ambos quieren la República, pero cada uno la quiere a su manera. Uno desea que sea burguesa y aristocrática. Otro cree haberla hecho y quiere que sea popular y democrática”.

Hay muchas palabras extrañas, pero jeso está muy bien dicho...! Y los obreros aguzan el oído.

Babeuf continúa:

“El segundo partido quiere que todos tengan, no sólo igualdad de derecho e igualdad de enseñanza, sino también quiere que todos dispongan de una comodidad honesta, de una seguridad legalmente garantizada, que todos cubran sus necesidades físicas y disfruten de todas las ventajas sociales y que, finalmente, se les retribuya de una manera justa e indispensable por el trabajo que cada uno realiza en la tarea común”.

Los obreros exclaman entonces: “¡Bravo, Babeuf!”.

Los señoritos se vuelven cada vez más insolentes, golpean a los transeúntes en las calles. “¡Arrestad a los jacobinos!...” Se les llama los Jóvenes de Freron. Se vanaglorian de haber salido sanos y salvos del Terror, pero se alegran ruidosamente y con insistencia, ora rompen estatuas, ora arrojan al río a los cortesanos, o bien gritan simplemente: “Basta de tonterías”. Los que tienen más edad, que son más moderados, no rompen estatuas, pero no obstante, en lo más hondo de su corazón, piensan que ya es hora de cobrar aliento. En todas partes no se oye hablar sino de reorganización.

Los termidorianos están en el poder y, por supuesto, desean permanecer en él. Los jacobinos maldicen, pues, a los girondinos; y los montañeses de ayer piden humildemente a los antiguos girondinos que olviden las ofensas del pasado. Las ofensas no son palabras solamente. Son algunas decenas de miles de muertos. No pasa un día sin que se organice una “depuración”. La gente sospechosa de viejas simpatías por los jacobinos es relevada de sus funciones. Arrestada y enviada a Cayena. Son los nuevos jacobinos los que proceden a la depuración. Cuentan con la mala memoria de las gentes y con su propia habilidad en disfrazarse. Esos plebeyos, enriquecidos con robos, se esfuerzan por aprender las maneras aristocráticas. El carnicero Legendre, a quien había hecho célebre su apetito de bistec de aristócrata, ahora le hace la corte a las ex-condesas. Tallien se pule las uñas y lleva un abanico. Freron, por el buen tono, comienza hasta a tartamudear. Estaba lejos de tartamudear, cuando en los fusilamientos de Tolón chillaba: “¡Es una lástima malgastar plomo republicano en ellos!

¡Pasadlos por el filo de la espada!”.

Toda esa plebe dirigente tiembla al oír una detonación. Tiene miedo de los patriotas y de los chuanes. Tiene miedo de todos y de todo. A la vanguardia está la esposa de Tallien, la ciudadana Teresa Cabarrus, que trabajaba junto con su marido en Burdeos. Él condenaba a la guillotina y ella, a cambio de algunos luses de oro, obtenía la gracia. Los asuntos de Estado se deciden en su tocador. Cuando sus vestidos han agotado por fin los fondos de Burdeos, ella empieza a recurrir a sus ricos adoradores. La Convención se ocupa de su espíritu y de su belleza. “Es Nuestra Señora de Termidor.” Así, pues, después de los Borbones, después de la Gironda, después de Robespierre, es una zorra hábil la que gobierna Francia. Parecía que no era posible llegar más lejos, pero a todo esto se le llamaba todavía “La Gran Revolución”. Y, fatigado del lecho conyugal, Tallien exclama orgullosamente: “¡Viva la libertad!”.

Babeuf aprueba entonces “La valiente moción de Noel Pointe”, uno de los dos obreros elegidos para la Convención. En ella se denuncia la miseria del pueblo y el lujo vergonzoso de los traficantes. El otro obrero es el cardador de lanas, Armoville, que acaba de ser golpeado por los Jóvenes de Freron porque no quería quitarse su bonete rojo. Le gritaban: “¡Abajo la cresta!”, “¡Horror jacobino!”.

Babeuf dice:

“Plebeyos, cobardes, no veis que esas patricias desvergonzadas, que esas aventureras de noble raza que os hacen hoy el honor de prostituirse en vuestros toscos brazos os ahogarán tan pronto como vosotros hayáis conseguido restablecer las cosas en su antiguo orden... Franceses, habéis vuelto al reino de las mujercuelas”.

El ciudadano Tallien no pudo soportar más. Toda la policía fue movilizada. La noche en que Talma representaba Nerón y en que los petimetres se reían del busto de Marat, Tallien se sentía ir quieto. Sólo más tarde, ya de noche, después de haber recibido el informe de la policía, volvió a su casa. Le dijo alegremente a Teresa.

—¡Por fin ese Babeuf se ha dejado prender! Teresa, como mujer de negocios, frunció el ceño.

—Cuida de que no le suelten demasiado pronto.

PRISIÓN Y CONSAGRACIÓN

Nada podía domesticar a Babeuf. Fue así como respondió en su primer interrogatorio. “¿Vuestro nombre?” “Gracus”. “¿Vuestra edad?” “Treinta y cuatro años”. “¿Vuestra profesión?” “Tribuno del Pueblo”. ¿Para qué iba a añadir que era un producto de la época, de una época en la que cualquier mercado se transformaba en foro? Babeuf era un hombre ávido, de palabras grandilocuentes. No mentía, sin embargo. Entusiasmar al pueblo se había convertido en su profesión, profesión mucho más difícil de abandonar que una chapa de agrimensor.

Los termidorianos pensaban enterrar a Babeuf para siempre en la cárcel. Así, pues, lo alejaron de los barrios de París y lo enviaron a Arrás. Y bien, la celda de su prisión se transformó en la sede de su Estado Mayor. Estaba enfermo, padecía dolores de cabeza, crisis cardíacas y reumatismo, pero estaba lleno de energías y hasta alegre. Acostumbrado a la vida de las prisiones, no se desesperaba fácilmente. Un trozo de cielo, un paseo sobre la apisonada tierra de la celda, canciones y apasionadas discusiones nocturnas... ¡Qué familiar le era todo aquello!... A juzgar por los hechos, debía haberse olvidado ya completamente del bosquecillo cercano a Roye, donde iba con su mujer y sus hijos los días de fiesta. En todos sus escritos, confesaba un amor apasionado por la naturaleza. La ciudad, decía, deformaba y corrompía a los hombres; sin embargo, jamás había estado frente a esa naturaleza que tanto deseaba. Su vida discurrió entre las casuchas de Saint-Gilles, diez prisiones diferentes y los reductos estrechos donde había que ocultarse de la policía.

Mientras Babeuf estaba en la prisión de Bauders de Arrás, en París apareció en los muros una proclama anónima. Se daba a conocer a los parisinos la detención de un malvado que se hacía llamar a sí mismo Gracus, el cual había sido condenado a veinte años de cadena por fraude. Era Freron quien había redactado la proclama. Sabía perfectamente que Babeuf era inocente, ya que el juicio del Tribunal de Amiens hacía largo tiempo que había sido anulado.

Su intención, pues, era desprestigiar el nombre del Tribuno del Pueblo. Desgraciadamente para él, se fue demasiado de la lengua.

“Se ha detenido a Babeuf por provocación a la rebelión, al crimen y a la disolución de la representación nacional”.

La honestidad de Babeuf era conocida por todos. Los parisinos no podían hacer otra cosa sino burlarse de la insolencia de Freron, que ahora comía en todos los restaurantes más famosos del Palacio de la Igualdad.

Babeuf continuaba trabajando. Se las había arreglado para redactar desde la prisión los sucesivos números de su periódico. Había escrito la *“Carta del Tribuno del Pueblo al barrio Antoine y a todos los descamisados de París”*. A veces las fuerzas le abandonaban y caía sobre su jergón sin conocimiento. Un día un ciudadano desconocido fue a verle.

–Soy oficial de Sanidad.

Babeuf esperaba un interrogatorio, pero el ciudadano desconocido le cogió la mano y le tomó el pulso.

–¿Un médico?

Babeuf se echó a reír. ¡No han sido capaces de cambiar nada, pero han inventado un buen montón de títulos nuevos! Los sirvientes se llaman “Las personas de confianza”; los espías, “Agentes del poder”; los verdugos, “Realizadores de grandes obras”...

–¿Así que usted es un oficial de Sanidad? ¡Ah, los...! El médico, un hombre prudente, no respondió nada, recetó un bálsamo y unas píldoras y se fue. Se vivía estrechamente en la prisión, pero no faltaba la alegría.

¿Quién no estaba preso en esa época? Los rateros, los patriotas, los ciudadanos demasiado moderados y demasiado extremistas, los jacobinos, los periodistas, los falsificadores de moneda, los chuanes, los propietarios, los descamisados, todo este tipo de gente era juzgada de igual forma por los que estaban en libertad. Sería más justo decir que en prisión sólo estaban los desventurados.

Babeuf, desde un principio, no cesa de discutir, de convencer. Busca partidarios. Al mismo tiempo que él, habían traído de París al ciudadano Lebois, redactor del *Amigo del Pueblo*. Lebois, sin embargo, no es lo suficientemente ardiente, está a la expectativa. Es imposible fomentar golpes de Estado indefinidamente. El pueblo está cansado. Lebois mantiene que la desgracia no parte ni de Freron ni de Tallien, sino del límite de las fuerzas humanas. El 93 no puede repetirse todos los años. Hay que ir introduciendo gradualmente en la vida los grandes principios de la Revolución. Babeuf

sonríe. ¿Esperar? ¿Esperar a que todos los monárquicos ocultos hayan exterminado a todos los patriotas? ¿Esperar a que las pobres gentes mueran de hambre? No, esperar es un crimen.

Lebois no es el hombre que le conviene, tanto más por ser un mujeriego. En una carta a un compañero escribe por error “querida” en vez de “querido”. Resulta evidente que está acostumbrado a los mensajes. Es difícil confiar en personas semejantes.

Los patriotas deben olvidarlo todo, excepto la lucha por la Igualdad...

Babeuf ha encontrado un fiel discípulo, un amigo seguro, un adepto. Es un joven húsar de Narbona. Sólo tiene veinticuatro años. Está lleno de entusiasmo. Se llama Carlos Germain y es un verdadero patriota, pues aunque no es mal parecido, no piensa en el corazón de las mujeres, sino en los héroes pintados por Plutarco. Está en la prisión de Arrás, en la Providencia. Desde allí dirige a sus compañeros de infortunio la siguiente elegía:

Así se ve en Roma y en Atenas, Desprendiéndose de sus innobles cadenas Al crimen altivo proscribir la virtud.

De su patria, exila a Arístides, Arma a Catón con un puñal suicida Arroja a Pompeyo y derrota a Casio.

El gran Licurgo en Esparta es su víctima...

Los versos son francamente malos, pero ni la enumeración de los héroes romanos y griegos, ni la rima imperfecta preocupaban a Babeuf. Acaso no escribe él mismo.

Hijo de Vulcano

Pigmeo astuto galopando hacia Lemmos...

Es la jerga de la época. En cambio, la vehemencia del joven húsar agrada a Gracus. De una prisión a otra, envía una carta de aliento. La hijita del carcelero hace de cartero. Germain contesta inmediatamente.

“Mi querido Gracus... La libertad es inmortal... Los demócratas deben unirse. Os abrazo descamisadamente.”

Éste fue el comienzo de una correspondencia animada entre dos patriotas condenados a la inacción.

Carlos Germain no era ni un filósofo ni un profeta. Era ardiente y arrebatado y, tal vez, un joven demasiado dotado para aquellos tiempos. Era, además, un meridional inquieto, ágil de palabra y elocuente. Hablaba notablemente, tanto que incluso los carceleros se quedaban con la boca abierta. Podría haber llegado a ser un abogado notable, pero sus padres eran pobres y sólo pudo asistir poco tiempo a la escuela. Se hizo húsar. Había luchado contra los austriacos bajo la bandera republicana, había leído a los descamisados italianos y la Declaración de los Derechos del Hombre. Había alabado a Robespierre, conquistado trofeos y merecido el grado de teniente.

Un día, en uno de los clubs, pronunció un discurso demasiado inflamado. Las mujeres le abrazaron enternecidas. Pero los tiempos ya no eran los mismos. Entonces era Fructidor, y Fructidor, como se sabe, sucede a Termidor. El elocuente teniente se vio obligado a presentar su dimisión.

Naturalmente se fue a París. Allí iban todos los provincianos aspirantes al título o a la gloria de salvador de la República. También allí, le perdió su carácter arrebatado. Una vez asistió por casualidad a una asamblea de la Convención. Tallien hablaba de manera insinuante y con un tono meloso para quedar bien con los girondinos que habían vuelto a la Convención. Al lado de Germain estaba sentado un petimetre. Saltaba a la vista que era un chuán, y fue ese chuán quien gritó: “Mientras no hayan aplastado la cola de Robespierre, Francia no estará tranquila”. Germain le dijo: “¡Silencio, aristócrata!”. El otro respondió: “Ya no estás en el 93”. Y fuera de sí, Germain vociferó: “¡Viva el 93!

– Gloria eterna a Maximiliano!”.

Les detuvieron a los dos, inmediatamente pusieron en libertad al chuán y a Germain le enviaron a Arrás. Allí podía leer a Plutarco y escribir elegías de la noche a la mañana. Es fácil adivinar hasta qué punto se alegró con las cartas de Babeuf. No pasaba semana en que no apremiase a Gracus.

–“Condúcenos, Tribuno.”

Su correspondencia no consiste en notas cortas, sino en voluminosas memorias. Por primera vez, Babeuf expone minuciosa y sólidamente su crítica del orden existente. No son los detalles los que le indignan, no es la bajeza de tal o cual termidoriano, ni siquiera la Convención, no; sus miras ahora son más amplias.

Le escribe a Germain:

“Hay que abolir la bárbara ley del capital”.

Así nacen los primeros proyectos de una nueva sociedad basada en la igualdad. “Es hora de actuar, ya hemos hablado bastante.” Estos mensajes áridos y ardientes enloquecen a Germain. Jadeante, el joven húsar contesta. El corazón le golpea en el pecho, su mano no es lo suficientemente rápida para transcribir sus pensamientos:

“Sí, ya estoy listo; di cuándo y estaré dispuesto. Ya he hablado con tres patriotas de absoluta confianza. Todos están de acuerdo en entrar en nuestra orden de la Santa Igualdad”.

Germain tiene el corazón puro y se apasiona. Las ideas de Babeuf no son para él un programa político, sino más bien una revelación. Se conmueve. ¿Está preparado él, Carlos Germain, para una empresa tan sublime? Recuerda los días del Terror. Delante de él ve la sangre. Siente como un sobresalto involuntario. La tristeza ha ocupado ahora el lugar que antes tenía la exaltación. ¿Es necesario?... ¿Desea el pueblo tanta sangre?... Pero a los veinticinco años las dudas no duran demasiado. Ahora sonrío. Cuenta a Babeuf la lucha que ha mantenido en su interior, remitiéndose, para ello, naturalmente, a los héroes de la antigüedad. “Cuando el inmortal Bruto hería a César, sentía en el alma una vaga e indefinible inquietud...” Goza hasta con su insomnio, su ansiedad y su inquietud. Es por fin en una última maduración cuando el alma toma fuerzas para despegarse del mundo que la condiciona. Germain se prepara para el combate político como los primeros cristianos se preparaban para el martirio. Con los ojos huraños y una sonrisa errante. Bromea, escribe parodias en verso, en una palabra, divierte a sus compañeros de todas las formas imaginables. Hasta aconseja a Babeuf que

“pase su tiempo agradablemente. Es el mejor medio de hacer rabiar a los tiranos”.

Pero a Babeuf no le resulta tan fácil divertirse. No es un joven. No tiene sino diez años más que Germain, pero diez años ahora, es medio siglo antes de la Revolución. Ha visto la Historia entre bastidores. Sus dudas son más simples y más pesadas. En una de sus cartas, reconoce que:

“Desgraciadamente no tenemos la varita mágica que sería necesaria para poner a un lado el polvo del pasado y por otro lado sacar de la tierra todo lo que reclama y significa el establecimiento de una Sociedad de los Iguales”.

Así hablaba el hombre, que recordaba las prisiones del 93, las mentiras, las penalidades, las denuncias, y ese amor al oro y la sangre de que habían dado pruebas los más ardientes republicanos. Sin embargo, el hombre cede rápidamente el puesto al Tribuno del Pueblo. Éste no tiene miedo a reemplazar la varita mágica por los fusiles y las hachas.

“Hay que actuar. Asegurarse una unión con París, con los patriotas de Arrás... Temo tan sólo a los espías. Consigue reunir un sólido núcleo.”

El húsar no duda. El húsar responde.

“Dudar es retroceder. ¡Que el diablo me lleve si esto no marcha! No espero más que tus palabras, tu señal para empezar...”

Son las cinco de la mañana. Un rayo oblicuo de sol cae sobre el rostro de Germain. El húsar entreabre los ojos, se despereza voluptuosamente. No le entristecen ni los ronquidos de los vecinos ni la atmósfera de la celda. El joven sonrío al sol, saca un libro de debajo del jergón. ¿Qué lee con tanto entusiasmo? ¿Una novela inglesa? ¿O bien el almanaque de las Musas? No, son las obras de Helvecio.

“Especialmente, habría que suprimir la moneda, es la que facilita la desigualdad de las fortunas. En los países con moneda, el dinero es considerado como una fuente de corrupción.”

Y Germain sonrío a su libro, sonrío a su sueño, a una Francia que él imagina y que se asemeja a Esparta. Son las cinco de la mañana. Tiene veinticinco años. Es el primer amor del húsar de Narbona.

Fuera de los muros de la prisión, todo sigue su curso. La Revolución desciende, ante la vista de todos, como un río después de una crecida. No la matan ni los aliados, ni los chuanes, ni siquiera los petimetres con impertinentes, no, la Revolución muere en su lecho de gala, rodeada de banderas desteñidas y cantos repetidos por todos.

Los héroes, los fanáticos, los iluminados, o, simplemente, los desesperados prueban suerte todavía. Invaden las calles. Detienen carretas de campesinos, un pelotón de dragones, pero no la Historia. Junto a ellos van millares, decenas de millares de hambrientos. París jamás conoció una miseria tal. En las plazas se oyen los gritos. Unos reclaman la Constitución del 93. Otros, el pan. Pero el 93 pasó y no hay pan. Los campesinos no dan pan ni a los descamisados ni a los monárquicos ni a los niños. Los termidorianos reprimen revuelta tras revuelta. ¡Germinal está perdido, y también Prarial! Las prisiones desbordan. Hay escasez de prisiones. Se carece de todo. De prisiones, de pan, de dinero y de razón.

A los patriotas detenidos se les envía a las *Casas de Corrección* de Arrás. Los patriotas miran a su alrededor con aire sombrío. Todavía tienen presente ante sus ojos, el polvo, la sangre y la agitación ruidosa de las jornadas de Prarial.

A Babeuf le dicen:

–¡Los patriotas reclaman la verdadera Igualdad...!

–En París, varios ciudadanos mueren de hambre todos los días...

–¿Sabes que han sometido el barrio Antoine? Es el traidor de Tallien.

–Ha exigido la entrega de todas las armas. El general Menou había llevado cañones. Tallien dijo: “Os doy una hora para reflexionar; si no, las balas os harán entrar en razón”. Ahora, todos los obreros están desarmados... Decenas de miles de patriotas han sido arrestados. Babeuf se indigna.

–¿Tallien, el jacobino, el comisario de la Convención de Tolón, ha querido bombardear el barrio Antoine? ¿El nido de la Revolución? Todas esas gentes están podridas en vida. Si el pueblo no toma el poder, Francia estará perdida. Y entonces será Menou u otro general el que nos dirigirá.

¡Han preferido las charreteras a los obreros!

Uno de los prisioneros relata la muerte de los convencionales que se habían unido a los insurgentes.

–A seis los habían juzgado y condenado a la guillotina. Entre ellos Goujon, Romme y Soubrani. Pero no se entregaron vivos a los nuevos tiranos...

Goujon, algunas semanas antes de Prarial, habiéndose encontrado con un médico amigo suyo, le había pedido:

“Enséñame bien el lugar del corazón, para que mi mano no se equivoque si es preciso que la Igualdad perezca”.

No se equivocó. Romme, entonces, retiró el puñal de su mano helada y gritó con todas sus fuerzas:

“Mi último suspiro será para el desdichado y el oprimido...”

El mismo puñal les sirvió a los seis...

En ese momento, Babeuf se da la vuelta y se aleja a un rincón sombrío, es ya de noche. El toque de silencio. Los prisioneros duermen. Babeuf no duerme, ve a los “seis” delante de él. Ve la Revolución. Un charco de sangre. “¿Dónde está el corazón... para que mi mano no se equivoque?”

Aquí. ¡Cómo le duele! ¿Qué le pasa? Otra vez la crisis cardíaca. Las píldoras no le sientan bien. Su corazón late muy fuerte, sufre. ¡Qué angustia! ¡Quizás también él, Babeuf, tendrá que sacar pronto ese puñal...!

La noche transcurre de esta manera entre palpitaciones y tristeza. Una larga y negra noche. ¿Quién la acabará?

Por la mañana se reanima. Hay una carta de París. Un mensaje de Germain. Una entrevista con un nuevo patriota. Vuelve a su trabajo. Pasan las semanas y los meses. Un día le entregan una carta de su mujer, una carta lamentable, sin ortografía y abrumadoramente tierna. Su hijita ha muerto, ha muerto de hambre. No distribuían más que dos onzas, y para comprar más pan no había dinero...

Los ojos de Babeuf se hundan más todavía. Su voz es cada vez más ruda y más amarga. Escribe la “Carta al ejército infernal”. Los patriotas de Arrás están todos de su parte. La revuelta está a punto de estallar en la ciudad. Las autoridades vacilan. “¿No sería mejor trasladar a Babeuf a París?” Es peligroso en todas partes. Tanto en libertad como en la cárcel. Ya en la capital o en un rincón perdido. Da la sensación de que ese hombre no podría calmarse más que en la tumba.

Pero las noches son largas, largas y crueles. Ve un ataúd de niño, una familia hambrienta, las enfermedades y la debilidad, las traiciones de los patriotas, al pueblo engañado, la Revolución que expira.

En la garganta de Babeuf hay lágrimas, lágrimas de hombre, de solitario, lágrimas que no puede contener. ¡Pero no, no penséis que está rendido! Un camarada le pregunta:

–¿Estás triste, Gracus?

–No, me divierto. Babeuf, en efecto, se ríe.

–Ya ves, me divierto para hacer rabiar al tirano.

NUESTRA SEÑORA DE TERMIDOR

El aniversario del 9 Termidor había sido declarado fiesta nacional. Era “La caída del tirano Robespierre”. Los comerciantes cerraron con gusto sus tiendas.

Porque ahora se desprendían a disgusto de sus mercancías. Por la mañana uno recibe un montón de bonos que al llegar la noche ya no valen ni para una cerilla. El pueblo se alegra en la fiesta. Han prometido que ese día darán a cada ciudadano una libra de pan. Y los bromistas dicen:

“Maximiliano que no hizo más que mal durante su vida, nos hace bien ahora después de su muerte”.

El pan era negro, húmedo y pesado, pero nadie se hizo el exigente. En realidad, en el mercado, había ese pan que todos deseaban, ese pan blanco como la nieve. Pero costaba dieciocho libras la libra. Los campesinos se sentaban sobre sus carretas, como reyes sobre sus tronos. No temían el 10 de agosto. Nadie podía derribarlos. Ellos tenían harina, tocino y manteca. Miraban con desprecio los bonos demasiado nuevos. Despreciaban por completo los sentimientos cívicos y exigían monedas de plata con la efigie del Capeto guillotinado.

—¡Media libra de pan, y viva la fiesta nacional!

Ni siquiera la victoria de Quiberon sobre los realistas había conmovido a los parisienses. En *La Gaceta Francesa* se escribía tristemente:

“Ni la conquista del mundo entero ni el triunfo universal de la Revolución, alegrarían tanto a esta ciudad como un aumento en la ración aunque éste no fuera más que de una onza”.

Pero, de todas maneras, no todos morían de hambre. Los ciudadanos perspicaces, sabían combinar con sabiduría el ardor republicano y sus intereses. Proveían para los ejércitos revolucionarios: camisas, monturas, botas, polainas, forraje, tocino y hasta escarapelas tricolores. Ganaban mucho. Otros se dedicaban simplemente a especular. La ciudadana Bertin, una ex-marquesa, había ganado poco tiempo antes, sesenta y cinco mil libras con el aceite de oliva. Su antiguo palafrenero, el ciudadano Sirot, había revendido treinta cajas de sombreros florentinos y se había comprado un cabriolé a la última moda.

El Boulevard de los Italianos se llamaba “el Pequeño Goblenza”. Aquellos que compraban pan blanco a precio libre se agrupaban. Por la mañana se traficaba con lotes de lino o reservas de cuero. Por las noches, se flirteaba, se festejaba la victoria de los ejércitos enemigos o sencillamente se miraban los unos a los otros. ¡Había mucho que mirar! Los hombres hacían ostentación de sus abanicos, de sus rizos empolvados que llamaban “orejas de perro”, de sus chalecos con dieciocho botones. Las damas, vestidas con túnicas griegas, peinadas a lo Diana o a lo Cleopatra, con sandalias y pantalones color esmeralda o anaranjado. Llevaban brazaletes en brazos y piernas. En las cuestiones de moda, el Pequeño Goblenza se inclinaba por la Revolución. Hacía falta mucho arte, habiendo salido después de comer, para no parecer por la tarde un ridículo provinciano. Cada dama poseía, por lo menos, cuarenta pelucas. La revista de las *merveilleuses* hacía exasperar al pueblo. Sin hablar de la moral, la cuestión de las patatas era lo que más le inquietaba. Las comadres aseguraban que todas las patatas se utilizaban en la fabricación de los polvos. De modo que en los mercados no las había.

En cuanto a las *merveilleuses*, preferían a las patatas otros manjares más rebuscados. A los años duros, sucedió una época de buen apetito. Por cuatrocientas o quinientas libras se podía comer modestamente en el restaurante: un trozo de cordero, un faisán con tocino, un paté de liebre, un pastel de chocolate. El corsé ya no molestaba a las bellas, se podía comer todo lo que el estómago pedía. En ese año de miseria, el París rico engordaba de hora en hora, como un globo que se infla. Los médicos debían entonces preservar no de las enfermedades, sino de la salud. Uno de ellos se enriqueció con píldoras que permitían comer a saciedad sin engordar.

Además de buena mesa, los petimetres querían bailar. No hacía mucho tiempo, se ocultaban en los sótanos.

Habían permanecido allí demasiado tiempo y se habían alimentado con el olor de los cadáveres. Ahora tenían deseos de bailar. En el primer año de “vida libre”, se abrieron 644 salones de baile. Los “Bailes de Céforo” del cementerio San Sulpicio, estaban de moda. Los afortunados que, por azar, habían salvado la vida, danzaban sobre las tumbas. El traje de luto se convirtió en vestimenta de diversión.

¿Quién no deseaba asistir al célebre “Baile de las víctimas”, donde sólo se dejaba entrar estrictamente a los parientes de los guillotinos?

París desbordaba de provincianos. De lejos, la vida de la capital parecía atractiva. Los cuartos amueblados no estaban libres nunca, las calles estaban cubiertas de pequeños letreros. En lugar de órdenes de requisamiento, los parisienses leían los anuncios de “El elixir de la belleza” o de los “Bailes del serrallo”. En el Palais Royal, que ahora se llamaba “Palacio de la Igualdad”, los agiotistas se movían de un lado a otro. Tenían, si puede decirse, su uniforme. Botines amarillos, una larga casaca y un gorro. A menudo iban al café. Pero no tenían tiempo de beber nada, tan rápidamente subían los luises. Ayer se daban en setecientas libras en asignados; hoy, se vendían ya a ochocientas cincuenta.

En el “Palacio de la Igualdad” se habían vuelto a abrir los negocios de platería, de comestibles y de modas. Una docena de restaurantes con gabinetes particulares y música, atraían al cliente al pasar. Las librerías vendían láminas escabrosas. En el piso superior se había instalado una casa de juego. A veces, sobre el tapete verde había más de cien mil francos de oro. Era la ganancia de los patriotas que habían vendido géneros podridos o grasa rancia.

Bajo el rótulo “Masajes egipcios”, unas ex-condesas preparaban baños de vino espumoso para los petimetres. Los entendidos afirmaban que esto limpiaba la sangre y daba al rostro una languidez aristocrática. Los ex-barberos o lacayos soñaban con parecerse a sus amos de ayer.

La sociedad más escogida se reunía en la heladería de Garchy todas las noches. Entre tragos y refrescos, se hacían negocios y, a veces, hasta alta política. He aquí a una belleza. Se llama Diana. Para una Diana es quizá un poco gruesa, pero los jóvenes exclaman, suspirando con languidez: “¡Diosa!”. Ella lleva una ligera túnica de gasa. La ciudadana Tallien ha lanzado esta moda. Sobre sus regordetes brazos, un poco más arriba del codo, lleva un brazalete. Su sombrero es la última invención de Diana, está adornado con rosas de seda y esas rosas de seda están perfumadas. Los jóvenes balbuceaban, dirigiendo hacia la diosa sus minúsculos anteojos.

—*¡Divino! ¡Maravilloso! ¡Divino! ¡increíble!*

Tartamudean, silban, cecean. Es lo que exige el buen tono. Jamás han abierto portezuelas ni vendido cachemires. ¡Ah, no; son auténticos aristócratas de pura sangre!

Pero, ¿de qué habla la diosa con tanta animación?, ¿de las flechas de Cupido, quizás? ¡La estación ha pasado! “La batista..., las bujías..., el café...” Ahora ni el helado de maní es gratuito, la diosa lo sabe.

Los petimetres hablan de política. Freron no es bastante audaz. Habría que exterminar a todos los terroristas. El señor (Sí, “señor”, porque en la heladería de Garchy sólo los lacayos son ciudadanos)... El señor de Mun acaba de llegar de Marsella. Relata las hazañas de los Compañeros del Sol. Es así como se llama a la gente bien en el Mediodía. En un abrir y cerrar de ojos, han limpiado todas las prisiones. Es muy simple: los presos no tienen armas y los guardianes pueden hacer la vista gorda. Cuatrocientas cabezas en un solo día. Por otra parte, la cosa no resulta absolutamente nada abrumadora... En Marsella, la gente también baila y se divierte. Después del trabajo, uno puede ir al baile. Las damas recompensan generosamente a los caballeros sin miedo. El relato del marsellés despierta la envidia.

—¿Por qué no nos dirige Freron?

—Tiene miedo. ¿Acaso no es un terrorista él mismo? Es un cobarde.

—En las prisiones de París no escasean los asesinos.

Habría que limpiarlas de todas esas gentes de Prarial y de todos esos anarquistas.

—Y el primero, Babeuf...

De pronto se callan. Un murmullo general de entusiasmo y de devoción. “¡Es ella!” “Ella”, naturalmente, es Nuestra Señora de Termidor. Cuando aparece, todos se olvidan de la batista, de los crímenes, de los precios de las mercancías y de Babeuf. Todos se dejan llevar por la admiración. Desde luego, la señora Tallien no gusta a todo el mundo, pero... la moda es la moda.

Durante el aniversario del 9 Termidor, “Nuestra Señora” no había concedido la gracia de su presencia a la heladería Garchy. ¡Ya se ocupaba ella de los tragos! Ese día histórico había presidido un banquete, honrando a la Nación, a la República y a la Revolución. Esa noche, era la diosa Razón, lo cual, naturalmente, no le había impedido desvestirse tanto como deseaba, hasta tal punto, que uno de los invitados, mirando los pechos opulentos de Teresa, olvidó la “Razón” y exclamó:

—¡La Venus del Capitolio!

Teresa recibe a sus invitados en su “cabaña”. Es una casita de opereta, cuyo techo de paja está pintado. Alrededor de la casita se han colocado pequeñas macetas con flores. La criminal austriaca se divertía en su pequeño Trianón. ¿Por qué la ciudadana Tallien, esposa de un convencional, no iba a divertirse también?

No pasa un solo día sin que Teresa invente una nueva moda. Esta vez, asombra a sus huéspedes con sus pies desnudos. Los coturnos reemplazan a las sandalias, y en los dedos de los pies lleva anillos de rubíes. El sirviente de Teresa no tiene pelos en la lengua. Aprovechando una oportunidad, murmura a una camarera:

–Esta perra tiene anillos en las patas de delante y en las de atrás.

Teresa oye los cumplidos, sonriendo discretamente.

–¡Pies divinos! ¡Hebe...! ¡Dríada surgida de un árbol!

¡La Aurora en medio de las nubes!

–Pero sabéis que durante el tiempo del Terror, en la prisión de Burdeos, tuve los pies comidos por las ratas.

Y Teresa suspiró tristemente. El ingenuo Louvet examina ingenuamente sus pies, buscando cicatrices. No las encuentra ni puede encontrarlas. Teresa ha estado en la prisión de Burdeos, a lo sumo, uno o dos días. Tallien la sacó de la cárcel. Tallien era un representante de la Convención y un gran especialista en faldas. Ella era una linda aristócrata que se lamentaba de que a su marido se le hubiera confiscado la cubertería de plata. El ex-lacayo y la ex-marquesa se comprendieron mutuamente desde el primer momento. La historia de las ratas había surgido después de Termidor.

¡Teresa no hacía más que inventar nuevas modas!

Cuando hubo contado por centésima vez los horrores de las ratas, Teresa preguntó:

–¿Y los coturnos, ciudadano Louvet? ¿Os agradan los coturnos? Nos recuerda, ¿no es cierto?, las costumbres de Arcadia. ¡Ah, Grecia, mi ideal! Los zapatos son groseros... A propósito, ¿habéis oído decir que han descubierto en Meudon los restos de una fábrica horrorosa donde se hacían botas de piel humana? Dicen que ese monstruo de Saint-Juste llevaba botas de piel de girondino.

Ante estas palabras, hasta el ingenuo de Louvet no pudo disimular una sonrisa. ¡Vaya, vaya, esta Teresa! Pero cómo no manchar el nombre de Saint-Juste una vez más, sobre todo el día del aniversario del Termidor.

—¡Oh, eso no es extraño...!

Al día siguiente el “Correo” oficial hablaba de una sencilla cena de camaradería. ¡Cómo sonreirían los invitados al leer esa nota y recordar el festín de la víspera!

Teresa adoraba el arte. La música de la reina guillotina estaba sobre su clavecín y se servía la sopa en platos de Sèvres. Tallien, haciendo justicia a sus vinos, se vanagloriaba: “¡Qué Beaune! ¡Oué Tokay!”. Todos provenían de las bodegas de los emigrados. Esa noche se bebió a gusto. No era sólo beber, sino que también se hacían brindis, ya que ésta era la nueva costumbre importada de Inglaterra. Aunque el maldito Pitt gobernara siempre en aquel país, todos los hombres del mundo se esforzaban en imitar a los británicos. Los brindis subrayaban el carácter político del banquete. Los termidorianos fraternizaban con los girondinos.

Si no hubiera habido allí nadie más que Tallien, Barras y Freron, habrían podido limitarse a un solo brindis sugestivo. “¡Por nuestro pellejo salvado!” La fecha del calendario traía inevitablemente recuerdos. Un día ardiente, agobiador, una bruma blanquecina, las miradas cobardes de los convencionales no sabiendo todavía quién obtendría la victoria y, por último, el grito, el grito atroz de Robespierre: “Por última vez presidente de asesinos, te pido la palabra...”. Pero a los asesinos no les agradaban las palabras inútiles. Fouché había trabajado bien. En torno a Robespierre se hizo el vacío.

Su hermano exclama: “¡Quiero compartir la suerte de Maximiliano!”. El heroísmo, aunque de un solo hombre, aterroriza a toda la banda de chacales. Freron, enjugándose la frente que el miedo ha cubierto de sudor, murmura: “¡Qué difícil es abatir a un tirano!”.

Los termidorianos, al hacer el brindis “¡Al nuevo Termidor!”, pueden recordar muchas cosas. Están ligados por el pasado. ¿Habían robado? Todo. Y todos, al llegar de las ciudades arrasadas, de Burdeos, Marsella o Talón, iban a presentar sus homenajes. ¡Oh!, esa pieza de la calle Saint Honoré. La mirada fría del Incorruptible, los anteojos, el seco y breve saludo y la incertidumbre. ¿Habría perdonado? ¿Habría decidido su perdición? Recuerdan bien esos peregrinajes. Pero ya salieron indemnes. Beben Tokay, las copas chocan victoriosamente: “¡Viva el nuevo Termidor!”.

La angustia pasada les une, pero con cuánto placer aun en ese minuto, en esa cena de camaradería se venderían mutuamente. Hay que abrir los ojos. Esos bandidos, en el momento del reparto, no pecan por nobleza. ¿Dónde están sus camaradas del Termidor? Fouquier Tinville ha sido ejecutado, Callot d'Herbois y Billaud-Varenne han sido deportados a Cayena, "la guillotina seca", Amar y Barrere están en la cárcel. Por último, Fouché, el alma de toda la conspiración, el mismísimo Fouché, ha caído en desgracia. Uno tras otro, los termidorianos, para salvarse, traicionan a sus compañeros, halagando a los moderados.

Hoy Tallien es atento con Boissy d'Anglas, con Louvet y con Lanjuinais. Los adula, ¿no tienen los girondinos muchas razones para odiarlo a él que es jacobino? Mientras que él hacía una vida regalada con Teresa en Burdeos, ellos se escondían en los sótanos. Tallien, en este momento, propone un brindis.

—¡Por las víctimas de la tiranía pasada...!

Los girondinos beben sin decir una palabra. ¿Qué tienen en la cabeza? Nadie puede saberlo. Tallien, lánguido, declama:

—Lloro por las cenizas de Vergniaud, de Condorcet, de Desmoulins...

A decir verdad, no llora, come pavo trufado, pero su voz vibra como el cristal de las copas. Boissy d'Anglas susurra al oído de su amigo Louvet:

—Mejor hubieras hecho defendiéndoles entonces y no llorándoles ahora.

¡Ah! ¡Qué difícil resulta la alta política del ciudadano Tallien! Además de las viejas injurias de la Gironda, tiene otras preocupaciones. Sieyes ha encontrado algo. El maldito Robespierre decía la verdad cuando llamaba a Sieyes "El topo de la Revolución". Excava sin cesar la tierra bajo los pies de alguien. Ayer le dio a entender a Tallien que tenía conocimiento de ciertas cartas, y Tallien no está tranquilo.

¿Tiene él la culpa, acaso, de que le gusten las mujeres, los trajes buenos, el treinta y el cuarenta, la caza del ciervo en Saint Germain... en una palabra, todos los placeres de la vida, incluyendo el "masaje egipcio"? El Incorruptible, que le conocía bien, decía así de Tallien: "Tallien es capaz de todo por una falda o por dinero". ¿Teresa, sólo ella, cuánto le cuesta...?

Tallien necesita dinero. Otros venden géneros y azúcar. Él prefiere el gran juego. Vende “por demolición” la República Francesa, incluidas la Constitución, la Convención y las banderas. ¿Es sólo él? ¡Como si su vecino Barras no trabajara con el mismo método! Sólo es necesario que, por el momento, nadie sepa nada... ¿respecto de las conversaciones de los españoles en favor del Delfín? O ¿quizá también sobre ese asunto de la carta de Luis Javier a su hermano, el conde de Artois? De un modo u otro, hay que demostrar que él es un enemigo irreductible de los realistas. Barras propone un brindis:

–¡Por Tallien! ¡Por el vencedor de Quiberon!

Tallien decide que hay que fusilar a los realistas que se han rendido. Eso realzará su prestigio a los ojos del pueblo. Si Sieyes pretende plantear la cuestión de las cartas, Tallien responderá: “He probado mi odio hacia los partidarios del trono”.

Todavía hay otro brindis: “¡Por la nueva Constitución!” No es la divagación de los jacobinos, como en el 93. Es una verdadera Constitución, absolutamente igual a la de los ingleses. Una cámara alta y un censo electoral, en una palabra, una barrera para la gente honrada y ninguna para el populacho, Tallien recuerda a Boissy d’Anglas:

–Durante las jornadas de Prarial, cuando muchos vacilaban, yo fui el primero en exclamar: “¡Que los criminales perezcan antes de la salida del sol!”.

Todos se callan. Es un instante molesto. Romme, Goujon, Soubrani –la imagen de esos hombres es demasiado neta. –El mismo Barras está confuso ante la desenvoltura de Tallien. Los han suprimido, bueno, pero... ¿Para qué volver a hablar de ellos?

Pero Tallien se ocupa ya de otra cosa. Los fondos de Burdeos están agotados. El rey, por el momento, no es sino un problema y no queda sino la especulación. Ha establecido negociaciones con el intendente militar de la calle Tanneries. Quisiera asegurarse el apoyo de Barras. Y entre el tintineo de las copas, murmura:

–Para el ejército de Italia..., cuarenta mil... Charlaremos más tarde...

Pero Tallien no tiene tiempo de entenderse con Barras. Acaba de estallar una pelea. Louvet se encara con Freron. Ambos golpean con sus cuchillos en sus platos de Sèvres. Lanjuinais trata de desviar la atención con nuevos brindis.

–Por Kosciusko y por todos aquellos que, con él, están presos por la libertad. ¡Por los héroes! ¡Por las víctimas!

Son demasiados brindis. Los emigrados eran unos entendidos en Tokay. Todo el mundo enrojece, se anima. Un grito. Los vasos vuelan. Ahora hay una amenaza en las voces.

–Fouché sostiene a Babeuf en secreto.

–¿Queréis que vuelva el Terror?

–¡Vosotros sois los anarquistas!

–¡Y vosotros, los amigos de los piratas de Quíberon!

–¿Y tú, Freron? ¿Y tus jóvenes?

La que sale perdiendo es sobre todo la porcelana de Sèvres. Una taza cae encima de Barras. Alguien coge a su vecino por el cuello.

–¡Asesino!

Entonces, dominándolo todo, resuena la vocecita coqueta de la anfitriona:

–¡Ah! ¿Por qué alterarse así? ¡Propongo un brindis por el olvido! ¿Quién, entre los invitados, no bebería por el olvido de los pecados pasados?

Y, titubeando, los invitados se levantan y van a besar la mano de “Nuestra Señora”. No es ninguna tontería, quince brindis, y Teresa en vez de su mano, ofrece el pie a Barras. Éste vacila un poco, pero lo besa, encontrando que vale la pena.

EL PAJEL Y LOS PAPELES DE TALMA

A pesar del boato exterior y de la pompa de esa época, había una cierta monotonía en la vida diaria.

Los petimetres cambiaban de peluca, los ejércitos republicanos obtenían victorias, el pueblo moría de hambre, y no pasaba un mes sin que estallara en París, unas veces, una revuelta de jacobinos, otras de monárquicos. Los dirigentes ocasionales de Francia eran despreciados por todos, pero nadie conseguía arrancar el poder de sus débiles y pusilánimes manos. Durante las jornadas de Prarial, la Convención fue salvada por los Jóvenes de Freron, confesados realistas y perdonados aristócratas. Odiaban a Tallien, Barras y Carnot, pero los apoyaban, pues entre dos males, elegían el menor.

Pasan cuatro meses. El 13 Vendimiario, los realistas decidieron tentar suerte. El general Menou, que tan valientemente había disparado contra los obreros de Saint Antoine, dio inmediatamente la orden de retirada, cuando vio delante de él una banda de petimetres. Los convencionales estaban dispuestos a huir. ¡Con qué placer se hubieran rendido! Sólo los retenía una cosa: el miedo. ¿No eran ellos, acaso, los que habían enviado al cadalso a Luis? Todos los emigrados habían jurado no dar cuartel a los regicidas. Sí, sólo el miedo había impedido a la Convención capitular. Otra vez los cobardes fueron salvados gracias a la valentía de los patriotas supervivientes, aunque también por la presencia de ánimo de un joven general llamado Bonaparte.

Barras celebró elocuentemente la victoria. Las pelucas oscuras hicieron su aparición. El hambre se hacía un problema cada vez más grave y las prisiones no se vaciaban. El Gobierno era odiado por los obreros, los burgueses y los aristócratas. Eran muchos todavía los que conservaban aún una llama interior y estaban dispuestos a morir por Francia, algunos, bajo la bandera republicana, otros, bajo la enseña de los vendeanos. El ex-conde de Barras, entre las pasiones, el tumulto, el hambre, los bonos y el odio, continuaba besando las manos de Teresa y sonriendo con aire satisfecho.

El agotamiento de un país que ha mostrado al mundo hazañas de una grandeza heroica y ardiente –¡qué tema tan noble para un artista! –Sin embargo, no había en Francia en esos momentos ni poetas, ni escritores, ni dramaturgos. Andrés Chenier había perecido en el cadalso y su hermano José era el autor favorito de la época. Escribía obras sobre la ruina de los tiranos y versos patrióticos de circunstancias.

Los teatros presentaban farsas tendenciosas o tragedias alegóricas, composiciones ineptas y sin inspiración. Un mismo autor había sido lo bastante astuto como para escribir, antes de Termidor, “La apoteosis de Marat”, y un año más tarde, “La apoteosis de Carlota Corday”. Después de Molière, Racine y Beaumarchais, los actores representaban una tragedia del protector de Babeuf, Sylvain Marechal, “El juicio final de los reyes”. No cabe duda que Marechal tenía sentimientos cívicos y un corazón compasivo, pero de esto a distinguirse por su talento de dramaturgo... En su obra, los descamisados de todos los países se unían y exiliaban a todos los reyes a una isla desierta. Catalina la Grande lloraba sobre el vientre del Papa. Se producía después la erupción de un volcán, y todos los reyes escapaban por el mar entonando el inevitable canto de La Marsellesa.

Naturalmente, era durante el año 93 cuando se representaba esta obra. Después de Termidor, fue reemplazada por “El gabinete de los terroristas”, donde con vileza y de una manera tonta se hacía burla de los héroes de ayer.

En “*El almanaque de las musas*”, o en “*Los juegos de Apolo*” se publicaban versos repugnantes, donde se hacían rimar las palabras tirano, déspota, bandera, cicuta, Licurgo, Bruto... Entre los que habían visto la Revolución nadie sabía describirla. El público leía traducciones de novelas inglesas. En Grenoble, un muchacho de doce años, Enrique Beyle, observaba a los monjes fugitivos, las danzas de las calles, los ajusticiados, aristócratas primero y más tarde jacobinos, los rápidos cambios de Gobierno, de canciones, de emblemas. Contemplaba un charco de sangre y las pupilas dilatadas del pueblo. Es el futuro Stendhal, que estudia las pasiones, la ambición y la soledad.

Las tragedias vulgares, las últimas pastorales, los torpes retratos de los nuevos ricos que seguramente tienen rasgos aristocráticos, Shakespeare adaptado por Ducis, los monumentos de la “Hydra contrarrevolucionaria”, las alegorías, las detonaciones, el tedio...

Dos hombres se elevan por encima de la triste complacencia de sus congéneres. Estaban unidos por un amor común por el arte de Grecia, por las enseñanzas de la Revolución y, por último, por una amistad humana. David era pintor. Talma era actor. Demasiado pequeños quizá para la Revolución Francesa, eran sin embargo, grandes para la Francia revolucionaria. Se les elogiaba unas veces, otras se les insultaba. Pocos eran los que les comprendían. Más tarde llegaron para ellos los honores y las riquezas,

pero en esos años del reinado de Teresa, la libertina, David, por haber sido amigo de Robespierre, estaba en la cárcel, y no pasaba un solo día sin que Talma sufriera las injurias de los Jóvenes de Feron.

Aun en prisión, David trabajaba. ¿Hubiera podido desfallecer? ¿No había soñado con el triunfo de la razón, la resurrección de Grecia, los festejos populares en las plazas públicas, un nuevo París de derechas y anchas avenidas, un París tan claro y preciso como una figura geométrica? En vez de eso, sólo había entrevisto los coturnos en los pies de Teresa. Recordó entonces su arte. Que saquen de la Convención su mejor cuadro, “La muerte de Marat”, y le arrojen a la prisión. Mientras tenga un pincel en la mano puede luchar. Ejecutará en la tela lo que no haya podido realizar en la vida. Y David concibe sus grandes telas, en las que el corazón cederá su lugar a la razón que calcula. No sin motivo, David amaba a Robespierre. Ambos despreciaban la confusión de sentimientos. Los primeros días de la Revolución. El viejo Fragonard le decía:

“Admiro vuestro arte, pero no tenéis sentimientos. Los jóvenes os siguen, y os burláis de mí. Pues bien, llegará un día en que os renegarán, y mis telas harán escuela. El racionalismo y los sentimientos se suceden desde la eternidad. Sólo un genio asocia la precisión de la forma a los latidos de su corazón”.

David era demasiado apasionado para estar de acuerdo con Fragonard. David creía firmemente que con “El rapto de las Sabinas” inauguraba una nueva época artística digna de los Antiguos.

Talma no era muy convencional ni tampoco un organizador de procesiones cívicas, ni un ferviente admirador de las matemáticas. Era fundamentalmente un gran actor. No podía vivir del porvenir. Sus creaciones morían cada noche en medio de accesorios, lámparas y silbidos. ¿Debía dilapidar su talento entre charlatanes insolentes, venidos al teatro por error, en vez de haber ido al “Baile de Céforo” o al “Tierno Harén”? ¡Qué puede decirse del genio de Talma, cuando incluso esas gentes adoraban al vede!

Son las diez. El espectáculo ha terminado. Los coches con campanillas llevan a los espectadores a sus casas. Los puestos de guardia verifican los pasaportes. Los destacamentos de soldados dormitan en las plazas. ¡Otra insurrección! ¿Cuál será la de mañana...?

Una vez que se ha desmaquillado y ha cambiado su toga por un frac verde aceituna, Talma vuelve a su casa. Vive en la calle Chattereine, en un hotelito particular. Allí todo se supedita al gusto del dueño de la casa y es aprobado por el mismo David. Paneles decorados como siguiendo el estilo de los vasos etruscos, liras, águilas, espejos desde el suelo hasta el techo, columnatas, lámparas en vez de candelabros, un mobiliario pompeyano, orden y una ligera impresión de frialdad. Parece más bien el decorado de una tragedia en cartel que una casa habitada. Pero Talma no advierte dónde termina la prosa cotidiana y dónde comienza un alejandrino.

En la casa de Talma hay, naturalmente, un sótano y un granero. Pero ahora allí, ni se conserva el vino ni se seca la ropa. No, en el sótano habita el actor Fusil. Es un jacobino que, en un tiempo, reprimió el levantamiento de Lyon. Es un asiduo al café Chrétien, y uno de los ardientes partidarios de Babeuf. Después de Prarial, la policía quiso detenerlo. Talma ocultó a Fusil. ¿Y en el granero? ¡Cómo!

¿También está habitado...? Allí se esconde un tal Bressan, joven realista complicado en los disturbios de Vendimiario.

Talma llega y pregunta a su mujer, Julia: “¿Quién cena hoy con nosotros?”. Talma invita a cenar, alternativamente, a Fusil y a Bressan. Pero hoy dice a Julia:

—¿Y si invitamos a los dos...? Con esta vida se morirán de aburrimiento si escapan a la guillotina. Los presentaremos bajo nombres falsos, naturalmente, y tú vigilarás para que la conversación no toque la política, y todo marchará bien...

En efecto, la cena transcurre tranquilamente. La conversación gira sobre la nueva pieza de Ducis, sobre las picardías de la señora de Beauharnais y sobre las ascensiones en aeróstatos.

Talma dice:

—¡Qué poco se ocupan nuestros contemporáneos de los progresos del genio humano! La nueva peluca de la ciudadana Tallien es conocida por todos, pero apenas unos cuantos espíritus esclarecidos saben que Lalande descubrió un nuevo planeta al que ha llamado Mercurio.

Fusil sonrío.

–Esas son vanas distracciones de aristócratas. La ciencia debe servir a las necesidades del pueblo. Los aeróstatos serán quizás útiles para operaciones militares, pero no es posible alimentar a nadie con estrellas.

–Permitidme que os sirva un vaso de vino....

¡Oh! ¡Talma no quiere discutir! Julia ofrece una canasta de frutos. Parece que el peligro se ha alejado... pero el joven realista toma partido por las estrellas.

–La astronomía es buena porque es inofensiva, y a propósito, ¿se puede alimentar a un pueblo con sangre? Bajo el antiguo régimen, todo el mundo tenía pan y no se lo medía por onzas...

Talma trata de alejar la tempestad. Julia propone cantar una nueva canción italiana. Los dueños de la casa, no obstante, son ya impotentes. No se les escucha, simplemente. Fusil grita:

–¿Habláis de libertad...? Yo he visto cómo los Jóvenes de Freron arrancaban un medallón a una mujer porque era el retrato de un ciudadano con gorro rojo.

–El gorro rojo provoca, con razón, el descontento.

¿Por qué rojo, me pregunto? Los romanos lo llevaban blanco, el de Guillermo Tellera marrón. El color rojo, ¿no es el color de la sangre?

–¡Sí, de la sangre! De la sangre de nuestros héroes caídos, y de la sangre de los tiranos que ha de correr todavía...

Bressan cogió entonces una silla y levantándola por encima de la cabeza de Fusil, gritó:

–¡Sólo un jacobino puede hablar así!

–¡Sólo un realista puede expresarse así!

La discusión va a degenerar en batalla. A pesar de lo trágico de la situación, Talma tiene que retener una sonrisa. Coge a cada contendiente de un brazo y suavemente dice:

–¡Silencio, amigos míos! ¡Silencio! A estas horas las patrullas pasan cada poco tiempo y pueden oírnos y, si nos oyen, perderíais, vos el sótano y vos el granero.

La estupefacción, si no fue el miedo, hizo que las manos de los enemigos dispuestos a arrojarse uno sobre otro, cayeran. ¡Cómo, él también...! Durante un minuto, guardaron silencio, luego, no aguantando más, se echaron a reír.

¡Bien representado, Talma...!

Los dueños de la casa se quedaron solos. Estaban sentados, con la cabeza baja, sin hablar. Hacía mucho tiempo que en esa habitación no se oían los ecos de las pasiones cívicas. ¿Dónde estaban los viejos animadores? Brissot, Vergniaud, Condorcet..., todos habían muerto. ¿Podía la sangre demostrar la verdad? Callot d'Herbois, el actor sin talento, cuando llegó a ser miembro del Comité de Salud Pública, hizo arrestar a todos los actores de la Comedia Francesa.

¡Qué simple y falto de imaginación era todo eso!

Ahora, les toca el turno a los otros. ¡David, el orgullo de Francia, David está preso! "El talento no puede ser una excusa", había dicho el despreciable Tallien.

El pueblo desgraciado condena a muerte a sus genios. El espíritu de Condorcet era demasiado grande. Y a Chenier, el tierno Chenier, al amigo de Julia, que recitaba sus elegías conmovido en ese rincón, le han cortado la cabeza. El talento, ¿una excusa? ¡Oh, no!, para ellos sólo hay una excusa, la bajeza.

Julia se había acercado a su marido y lo rodeaba tiernamente con sus brazos. Ella era menos joven, más prudente y más triste. No tenía ni escena ni gloria ni un ardor que le devorara. Todos sus amigos habían perecido en la guillotina, y sabía que el joven Talma la abandonaría antes o después. Adivinando los pensamientos de su marido, dijo:

–Sí, es una época horrible, pero a pesar de todo, soy feliz de haber vivido en nuestro tiempo. Me parece que con nuestro dolor, nos hemos hecho más desinteresados y más lúcidos.

Talma se contempla ahora en un largo espejo, no responde inmediatamente. Admira su rictus cruel e imponente...

–Sí, Julia; sí, amiga mía; la Revolución me ha enseñado muchas cosas. Me ha enseñado a comprender a mis personajes.

Talma, como se sabe, actuaba en muchas obras, representaba a héroes y a criminales, pero los papeles en que más destacaba eran los de los feroces ambiciosos, los solitarios fanáticos y también los de hombres inclinados a una profunda melancolía.

CON FOUCHÉ

A raíz de las conversaciones y las intrigas de Barras, Carnot y Letourneur, su brazo derecho. Larevelliere, el predicador jorobado y baboso de la filantropía y, finalmente, Reubell, el hábil hombre de negocios, recibieron uniformes de gala, sombreros con plumas, residencias en el Palacio de Luxemburgo, y el elevado título de “Ciudadanos Directores”.

El Directorio continuaba la política de la Convención. Después de la derrota de los realistas, se puso en libertad a los patriotas. Los astutos ciudadanos directores no podían encerrar a un tiempo a todos los partidos. Querían asegurarse el favor de los republicanos sin pensar ni remotamente en consolidar la República. Los bonos caían día a día, porque jamás las gentes habían creído con tanto fervor en la potencia del dinero. El Directorio distribuía generosas pensiones, subvenciones, buenos puestos en las ciudades perdidas de provincias, en las empresas e incluso distribuía sencillamente regalos. Las prensas de bonos marchaban a toda máquina. Los patriotas lo vendían al por mayor o al por menor. Los jacobinos también eran hombres. Después de la sórdida vida de la prisión, sonreían con placer ante la idea de convertirse en inspector de impuestos en Montpellier o intendente militar en Besançon. Las posiciones intransigentes se cotizaban cada vez más bajo.

El sistema de Barras, su sabiduría política y hasta su filosofía, era el sistema de la corrupción. Nunca decía no ante una oferta respetable. Vendería la República a Luis Javier si le dieran bastante, por algunos luses de oro arreglará una venta de latas para el ejército, el regreso a Francia de no importa qué emigrado o el indulto de un ladrón demasiado torpe. Barras creía firmemente que todo podía comprarse con dinero.

Gracus Babeuf, liberado después del Vendimiario, continúa al frente de su periódico *El Tribuno del Pueblo*. Desenmascara al Directorio. Dice: “La Revolución es la guerra entre los ricos y los pobres”. “El nuevo Termidor, día nefasto para la nación...” Se indigna ante las costumbres de los directores:

“¿Es que verdaderamente el objeto de la Revolución es poner en lugar de aquellos a quienes se ha destronado, una nueva casta de revolucionarios, darles oro, riquezas, tierras, palacios, bellas cortesanas y todos los bienes del mundo, en una palabra?”.

Pero Babeuf no se detiene aquí, predica principios de los que nadie tenía idea hasta entonces. Ni siquiera esa terrible ley agraria, ese reparto integral de las tierras, le satisfacía. ¿Qué utilidad tiene repartir las tierras si mañana impera de nuevo la desigualdad? No, lo que Babeuf reclama hoy es la abolición de la riqueza, y la implantación del trabajo obligatorio y controlado por el gobierno.

El pueblo, agotado por el hambre, el desempleo, la carestía y la miseria presta oídos a la voz de Babeuf. La Revolución está perdida, todo el mundo la ha traicionado. Quizá ese Gracus dice la verdad... El número de partidarios de Babeuf crece. El ciudadano Barras sonríe con indulgencia. ¿Babeuf contra el Directorio? ¡Pues bien!, allí está el remedio. Hay que comprar a Babeuf. Seguramente ese pobre diablo no tiene ni idea de lo que es la buena vida. Parece que, además, ha estado encarcelado por un fraude fracasado. Bastará prometerle luna vida regalada y elogiará el patriotismo del Directorio en todas las esquinas.

Barras conocía su oficio. Se puso a buscar al hombre que necesitaba. Con Tallien, Babeuf estaba a mal desde hacía tiempo. Hablaría con Javogues... Pero Javogues era colérico y ambicioso, tenía miedo de que contara el asunto a los cuatro vientos. Entonces... ¿Fouché quizá...? Acaso Fouché no era amigo de Babeuf... Pero, por otra parte, Fouché...

Al día siguiente, Babeuf recibió un mensaje de “su amigo devoto F.”, invitándole a ir a verle para tratar un importante asunto.

Todo el mundo temía un poco a Fouché, aun cuando Fouché había caído en desgracia. Vivía con su familia en una oscura buhardilla, es decir, sencillamente en un granero. Vivía en la escasez y en la soledad. Sólo dos hombres habían conservado relaciones con él, Barras y Babeuf. Barras sabía que Fouché podía serle útil. Fouché, ese magnífico padre de familia, había perdido un hijo y adoraba al segundo, un aborto deforme. Ahora, por dinero, estaba dispuesto a todo. Barras utilizaba los servicios de Fouché, su astucia y su valor. Durante la represión del golpe de mano realista, Fouché ayudó a Barras en secreto —el nombre de Fouché era demasiado odiado por los moderados, y Barras no quería comprometerse. —Barras apreciaba a Fouché. ¿Y Babeuf? Babeuf tenía confianza en él...

La confianza es un gran don, nada puede conmovérsela. “Fouché no se ha vendido a los aristócratas”, decía Babeuf, defendiendo a su amigo. Tenía razón. Fouché no siguió el camino de Freron y de Tallien de un solo golpe. Pero si no se había vendido era únicamente porque no se le habían presentado compradores, excluyendo a ese imprudente sin igual llamado Barras. En Londres, los emigrados reclamaban la cabeza de Fouché. “Hay que colgarle...” Fouché pensaba que no había llegado su hora y trataba de mantenerse en la sombra. Parecía haber salido momentáneamente de la historia y esperaba, conformándose con un estrecho granero.

Babeuf va a casa de Fouché. Le estrecha fuertemente la mano. La pobreza del hogar aumenta su confianza. Ésta es la suerte de los verdaderos patricios. Fouché es un amigo seguro. Cuando Babeuf estuvo preso, Fouché socorrió a su familia dándole diez francos.

¿De qué vive ahora? Fouché explica que comercia con cerdos. No hay forma de evitarlo, todo el mundo se dedica al comercio. Babeuf, enojado, frunce el ceño. ¿Cómo es eso de que todo el mundo...? ¿Y los patriotas consagrados a la Revolución? Babeuf también tiene una familia. También él es buen padre. Por otra parte, sin embargo, es preferible comerciar con cerdos que con los sentimientos cívicos... Fouché asiente gustoso, porque todavía no ha hecho mención de la proposición de Barras.

Babeuf habla de la necesidad absoluta de unión entre los patriotas. El objetivo es preciso. Ahora ya no se trata de un cambio de los que están en el poder, tampoco del retorno de la Constitución del 93. Es la Igualdad de Hecho.

Fouché sonríe irónicamente.

—Es mi vieja idea. Tú sólo empiezas, pero yo, ya en Lyon, declaraba: “Hay que profundizar la Revolución para que la burguesía no ocupe el lugar de la aristocracia”. Fui el primero que habló del trabajo obligatorio y di orden de cocer “el pan de la igualdad”. Yo proclamé el impuesto progresivo y despojé a los ricos de una sexta parte de su capital...

Fouché no miente. En todo es audaz e ingenioso. Fue un excelente patriota, será el sostén de Napoleón y hasta el hombre de confianza de su muy cristiana Majestad Luis XVIII. Entre todas las profesiones, la policía es la que más le tienta. Tiene ya una cierta experiencia. En Lyon no se limitó a

hablar de profundizar la Revolución. También trabajó en este sentido. ¿Quién, en tiempos de Hébert, destruía las iglesias, daba de beber a los asnos en los copones y escribía en las puertas de los cementerios que la muerte era para siempre?: Fouché. ¿Quién había reclamado el aniquilamiento de Lyon? La ciudad sería destruida, y sobre sus cenizas se erigiría un monumento conmemorativo. “Lyon hizo la guerra a la libertad... Lyon ya no existe”: el mismo Fouché. ¿Quién ejecutó la orden de destrucción y, barrio por barrio, dismanteló la ciudad? ¿Quién sustituyó la guillotina por los cañones, porque la guillotina trabajaba a un ritmo demasiado lento para el pulso revolucionario?

¿Quién exterminaba diariamente a centenares de ciudadanos? Siempre él, el ex-seminarista, el discípulo de Maquiavelo, el tranquilo y ligeramente burlón, Fouché.

Babeuf continúa:

–Tú, al menos, no has traicionado.

¡Ah! ¡Qué gran don es la confianza...! ¿A quién no ha traicionado Fouché? Primero estuvo con los girondinos y los traicionó a tiempo. Se lo jugó todo por Danton. Se equivocó. ¡Pues bien! Traicionó a Danton. Humildemente, fue a presentar sus respetos a Robespierre. Renegó de su ateísmo y hasta de las atrocidades de Lyon. Convenció a Robespierre y, una vez que le hubo convencido, lo traicionó también. ¿A quién traicionará ahora? ¿A Babeuf?

Entra en materia. Hay que estar a la expectativa. Habla una vez más de su sentencia favorita, de que lo principal es tener en cuenta las circunstancias. El tiempo está con los otros y contra ellos.

Habla con grandilocuencia, empleando citas y alegorías. Utiliza unas veces una lógica excesiva, otras una ostentación de figuras retóricas muy complicadas. Hubiera sido un excelente predicador. No era gratuitamente por lo que, cuando, por orden suya, se hacía entrar a los cerdos en las catedrales, él buscaba a algún abate aterrorizado para hablar de teología.

Lentamente se acerca a su objetivo.

–Barras tiene las manos atadas. Evidentemente, Carnot protege a los realistas, pero Barras, en el fondo de su alma, es un patriota. Quiere ayudarnos y tú cometes un error, Babeuf, atacando tan

duramente al Directorio, pues así favoreces el triunfo de los chuanes. Ahora que se han recorrido todos los caminos en línea recta, no es posible equivocarse al elegir los senderos. Yo te ofrezco mi ayuda, pero he leído el número 34 del *Tribuno* y encuentro que hay una aspereza exagerada. Obrarías cuerdamente si me enseñaras el número antes de imprimirlo, así podríamos, de mutuo acuerdo, suavizar ciertos pasajes peligrosos. El *Tribuno* debe estar de parte de la República y contra los realistas. De esta manera, además, aseguraríamos las suscripciones. La publicación del periódico es difícil ahora, ¿no es cierto?

Sin darse cuenta aún del sentido de las palabras de Fouché, Babeuf todavía responde tristemente.

—¡Ah, ya lo creo! Todo se hace en la clandestinidad. Detienen a los vendedores. Los amigos me dicen: “Pero tú estás en libertad.” No, he cambiado una prisión por otra, pues estoy obligado a trabajar en un sótano, sin luz y sin papel. ¿Te has dado cuenta del número de erratas? En cada línea. Y la tinta es mala, resulta difícil de leer. Pero bueno... ¿acaso no trabajaba así Marat cuando se vio obligado a ocultarse de los aristócratas en un sótano? Y *El Amigo del Pueblo* reunía legiones de patriotas. No, no pierdo el ánimo. Pero... ¿y tú? ¿Qué significa esa miel? ¿Tú, Fouché, defiendes a ese traidor de Barras? ¿Tú me propones halagar a esos ladrones? Amigo, ya no te reconozco.

Babeuf se ha dado la vuelta y no ve la sonrisa imperceptible de Fouché.

—Yo sigo siendo el mismo. Son los tiempos los que han cambiado. Debes saber batirte en retirada, como todo general experimentado; en caso contrario, será tu derrota.

¿Qué aspecto tiene tu diario al lado del *Correo* o del *Orador*? Y, además, se les vende en todas las esquinas de todas las calles. Necesitas dinero, es decir, abonados. ¡No te agites...! Todo el mundo lo comprende. Sin suscripciones no hay periódico.

¿Cuántas tienes actualmente? ¿Doscientos? ¿Trescientos? Si aceptas, mañana tendrás seis mil y todos pagarán. ¿Comprendes?, seis mil.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿Quién? Barras, naturalmente.

Entonces Babeuf se levanta, mira a Fouché a los ojos. Lo ha comprendido todo. Le cuesta contenerse para no abalanzarse sobre el traidor. Y Fouché sonrío con la misma despreocupación. Por primera vez, Babeuf ve que Fouché es temible. Su rostro está blanco, sin una gota de sangre.

En ninguna ocasión ese hombre ha palidecido o ha enrojecido. Sus ojos son rojos, como los de los conejos rusos. No mira nunca de frente, pero también es difícil mirarle. No tiene un rostro, sino una máscara. Danton, Robespierre, Couthon, ninguno pudo resistirlo. Sin embargo, Babeuf no aparta los ojos de Fouché. Su voz es sorda.

—No te creo más. Eres como los otros. Quieres quedar bien con todo el mundo al mismo tiempo. Con ellos y con nosotros. Traicionas a todo el mundo. Adiós, Fouché, no seguiremos el mismo camino.

Babeuf sale y Fouché continúa sonriendo, solo, sin testigos, para sí mismo y para la historia. “¡No el mismo camino...!” ¡Ah, vaya...! La Revolución es una yegua arisca. Babeuf, el imbécil, se arroja bajo sus cascos. ¿Y Fouché? Fouché la sujetará.

La lluvia golpea en el techo del granero. Sobre la mesa, un cuarto de pan de soldado. La mujer está descalza, sus zapatos están gastados. El comerciante de cerdos, Fouché, acaricia tiernamente a un chiquillo blanco de ojos rojos como su padre. No se queja, los otros podrán perderse, pero para él, ya llegará su hora.

¡BABEUF ES LA REVOLUCIÓN!

El Nivoso era particularmente crudo. Muchos recordaban el invierno precedente como “los buenos viejos tiempos”. El París obrero se agitaba. Había escuchado los inflamados discursos sobre los derechos del hombre. Había visto las fiestas, los fuegos artificiales, las danzas, los ágapes de la Fraternidad y todos los accesorios sangrientos de la Revolución. Había participado en los tiroteos, había preparado los golpes de Estado y canturreado en centenares de clubs. Pero su vida era aún más dura que antes. Los patrones pagaban con bonos.

¿Qué se podía comprar con esos pedazos de papel? En las familias obreras no se comía carne más que los días de fiesta. Muy rara vez se encendía la estufa y, en ese caso, varias familias se calentaban con su débil fuego.

El trabajo era cruel en esa época. Comenzaba a las cinco y terminaba a las siete, con una hora para el almuerzo. Cuando los encuadernadores, el sexto año de la Revolución, reclamaron la jornada de catorce horas, todo el mundo se asombró de su audacia. ¡Vaya perezosos! ¡Estaban perdiendo la costumbre de trabajar! Los niños tampoco eran omitidos. La difunta Convención, entre dos ovaciones dedicadas a los descamisados de todos los países, había vendido al hilandero Butel quinientas criaturas menores de diez años, sacadas de los hospicios. Esas niñas trabajaban gratuitamente y eran alimentadas por su patrón. El fabricante Delaitre se ocupaba de los niños que trabajaban en su hilandería, según el sistema del conde de Rumford. Delaitre era republicano, Rumford, un emigrado. ¿Pero por qué no escuchar los consejos prudentes...? El conde de Rumford había inventado métodos nuevos para la alimentación de los obreros. El pan, la carne, el tocino, eran demasiado caros. La sopa de agua había recibido la orgullosa denominación de “sopa a la Rumford”. La comida de ciento quince obreros le salía de costo a ese industrial de vanguardia al precio que se pagaba en los restaurantes del Palacio de la Igualdad por un plato de sopa “a la ex-Conde”.

Sin embargo, más que las sopas de Rumford, otra invención diabólica aterrorizaba a los obreros. De la mañana a la noche, los parisienses se reunían en la isla de Los Cisnes. Allí se había instalado el primer molino a vapor. Las gentes informadas afirmaban que en las fábricas de Creusot se instalarían pronto diez máquinas y que despedirían a todos los obreros. Y tras de los fundidores, también los tejedores se quedarían sin trabajo. ¿Qué podían hacer aquellas pobres gentes cuando se inventaban esas máquinas infernales?

Por otra parte, más valía quizá morirse de una vez... “Es inútil que trabajes dieciséis horas si no tienes ni para comprar pan.” El humor del día y hasta la situación política estaban determinados por las raciones. Frimario y Nivoso habían sido meses de miseria excepcional. Ayer, en el barrio del Temple, no habían distribuido absolutamente nada. Hoy, en el barrio del Panteón, el pan estaba enmohecido. Así comenzaron las huelgas obreras.

Los estibadores del puerto Bernard se habían reunido en la calle del Sena y habían declarado que con trescientas libras diarias no se podía vivir. Los dirigentes fueron arrestados. Después de los estibadores, fueron los fundidores de una fábrica de cañones de la calle Lille. “¿Cómo los ejércitos republicanos dan muestras de heroísmo en Italia y no queréis ayudarlos...?” Siguieron los arrestos. Sin embargo, las huelgas no cesaron. Los ebanistas, los molineros, los boneteros, los impresores o los tejedores, preferían todos la prisión o la muerte antes que el tormento del hambre.

Los patronos habían redactado una petición al Directorio en la que se quejaban de la insolencia de los obreros.

¿Era admisible que mercenarios discutieran las condiciones del trabajo o de los salarios...?

El Directorio hacía todo lo que podía. Se encarcelaba a los huelguistas y se enviaban soldados en su lugar. Los ministros preparaban un decreto prohibiendo las huelgas, que se adherían al pillaje. Sin embargo, los obreros no tenían nada que perder y la agitación no se calmó.

En la antigua iglesia de Santa Isabel se había instalado una gran fábrica de bolsos. Allí trabajaban trescientas mujeres. El ciudadano Delay era un hombre de recursos, había obtenido un encargo de bolsos. En su taller se trabajaba desde las cinco de la mañana hasta una hora avanzada de la noche. En el taller, que era húmedo y sombrío, hacía frío, las manos se entorpecían y los ojos lagrimeaban, los niños lloraban de hambre. El hijo de una obrera había muerto en medio de la jornada. La madre se había puesto a llorar. Todo el taller se había alarmado. Pero los bolsos se debían entregar a tiempo.

– “¿Qué es lo que miráis así...? ¿Es que no habéis visto nunca a un niño muerto...?”

– ¡Deprisa, a trabajar!”

Una vez entraron al taller treinta o cuarenta obreros gritando:

—¡Imbéciles! ¿Sabéis siquiera por qué trabajáis? ¡Mejor sería que nos fusilasen a todos antes de vivir así!

Las obreras abandonaron el trabajo en seguida. Pero no lograron salir del taller. Se acudió a un pelotón de dragones. Les arrestaron a todos. Uno de los perturbadores llevaba un viejo cuchillo y el periódico de Babeuf. El ministro de Policía informó triunfalmente a los ciudadanos directores que el levantamiento provocado por los partidarios de Babeuf había sido sofocado. Naturalmente, guardaba silencio sobre el hecho de los dragones, los encarcelamientos, los decretos suprimiendo las raciones, la grosería de los patrones y, por último, él mismo, el ministro de Policía; todo y todos trabajaban para Babeuf.

El Tribuno del Pueblo continuaba imprimiéndose clandestinamente. La policía había hecho detener a María Babeuf. Esta mujer no sabía nada de política. Tanto antes como después de la Revolución, se extenuaba. A su marido lo detenían continuamente. Soñaba con algo, pronunciaba palabras ardientes, paseaba enfebrecido de un extremo a otro de la habitación. Ella no comprendía, ni las citas de Plutarco, ni toda esa vida tumultuosa. ¿Por qué discuten tanto las personas, cantan canciones, tienen hambre, se encierran mutuamente en la cárcel y bailan tristemente en torno al cadalso? La Revolución le parecía un sueño absurdo y malvado. Pero esta mujer simple creía santamente en la honestidad de su Francisco,⁵ a quien ella llamaba también Gracus. Sin murmurar soportaba las privaciones, las enfermedades y la muerte de sus hijos. En la misma ciudad y al mismo tiempo vivían estas dos mujeres. Teresa Tallien, ex-marquesa, y María Babeuf, ex-camarera.

Después de haber detenido a la mujer de Babeuf, el ministro de Policía sonreía, se sentía orgulloso de sí mismo. Ahora *el Tribuno del Pueblo* estaba en sus manos. ¿En qué no consentiría esa madre cariñosa, sabiendo que sus hijos habían quedado en la puerta de la prisión?

—¿Dónde se oculta su marido? Silencio.

—No os obstinéis. Si nos lo decís, os dejaremos en libertad. Pensad en vuestros hijos.

⁵ François-Noël Babeuf

¿Acaso necesitan recordarle su dolor, es que sus ojos rojos e hinchados no les dicen bastante? Pero no obtendrán nada más de ella. Francisco es un hombre honesto, cree en lo que hace y no será ella quien le venda.

Dando caza a Babeuf, el Directorio trataba al mismo tiempo de asegurarse el apoyo de sus partidarios. Barras hacía un juego tan complicado que muchos, asombrándose del extraño ataque de una parte, creían que tenía un plan extremadamente astuto. En realidad, Barras no tenía ningún plan. Simplemente daba vueltas como una veleta, ya a la derecha ya a la izquierda, anulando por la noche las órdenes que había dado en la mañana, pero conservando por lo menos la imagen de quien sabe gobernar.

Atemorizado por los motines de los realistas, el Directorio había autorizado a los partidarios de Babeuf a crear la *Sociedad de Amigos de la República*. Los agentes de policía, naturalmente, se hicieron miembros conspicuos de esta sociedad. Barras confiaba que los hombres, tan aficionados a hablar, se conformarían con un estrado en el club y se limitarían a los discursos.

La nueva sociedad organizaba sus reuniones unas veces en el antiguo refectorio, otras en un subterráneo del convento de las genovevas, próximo al Panteón. Se la conocía normalmente a esta sociedad, pues, como la Sociedad del Panteón. El Panteón era en esos momentos el escenario de las pasiones políticas. Ni siquiera los muertos tenían reposo. Mirabeau y Marat, que en un principio fueron enterrados solemnemente en el Panteón, luego fueron expulsados.

El lugar imprimía a las reuniones un aire romántico con el moho de las paredes, las antiguas cruces y las escarapelas tricolores. El número de los partidarios crecía rápidamente, alcanzando ya los dos mil. El subterráneo de Santa Genoveva, al igual que las catacumbas de Roma, era el refugio de todos los humildes, de todos los soñadores y también de todos los irreductibles. Entre tantos bailes y salones era el último reducto de la Revolución, que, aunque agonizante, sin embargo, no está muerta. Los "iguales", como ellos mismos se llamaban, eran ciertamente poco numerosos. Se mantienen a la expectativa para no asustar a los ciudadanos que, aunque indignados por las actuaciones de la *Juventud Dorada* o por la mala calidad del pan, respetaban, sin embargo, plenamente el sagrado derecho de la propiedad, proclamado por la nueva Constitución.

Babeuf no pudo dirigir personalmente los trabajos del club por estar perseguido por la policía. Sin embargo, escribe informes, elabora resoluciones y discute el programa de cada reunión con sus amigos. Está rodeado de partidarios abnegados y enérgicos. Fuera de las asambleas populares del Panteón, los Iguales se reúnen en casas particulares. Allí se discute cuál ha de ser la actitud próxima y futura.

¿Cuál será la situación de los ciudadanos en la República de los Iguales?
¿Cómo responder a las nuevas detenciones de patriotas?

Babeuf tiene dos compañeros de armas íntimos, aparte del ex-húsar Germain, reclutado en la prisión de Arrás. Son estos los dos grandes animadores del Panteón. Se llaman Darthé y Buonarotti. Difícilmente puede uno imaginarse hombres más diferentes: un entusiasta y un fanático, un músico y un casuista. Darthé, sombrío, rígido, con su frente estrecha, y Buonarotti, el aristócrata de Pisa, demasiado frágil para la vida que le espera. ¿Cómo actuar? Ni siquiera entre los Iguales hay igualdad. Para la conjuración, la rígida abnegación de Darthé es tan necesaria como el luminoso espíritu de Buonarotti. Darthé, una vez convencido de algo, no se aparta de su convicción. Desde los primeros días de la Revolución se había unido a los extremistas. Tomó parte en todos los combates callejeros. La Revolución se había convertido en su vida cotidiana y no podía vivir fuera de la Revolución. Se acordaba de sus años de estudiante o de su infancia con una sonrisa indulgente como de una época estúpida. ¡Ah!, no era la época en que tomaba la Bastilla, entraba en Versalles con el pueblo para sacar a Capeto de su cueva o, al frente de una banda de patriotas, procuraba harina al París hambriento. Había seguido a Robespierre porque Robespierre le había parecido el hombre que estaba más a la izquierda.

Durante la Revolución se tenían múltiples convicciones. Era ex-estudiante de derecho, pero no se convirtió en defensor, como hubiera sido natural, sino en acusador. Numerosas eran las familias de Arrás y de Cambrai a las que había hecho llorar. No robaba, no, era honesto e incorruptible como su ídolo Maximiliano. Pero las lágrimas tenían para él tan poca importancia como los luses de oro. No perdonaba a sus enemigos. Su crueldad no era algo exclusivo de él, no, en esos momentos hasta las muchachas reían viendo la carreta de los condenados. Darthé escribía al ciudadano Lebas con la tranquilidad de un hombre de negocios: "La guillotina no descansa en Cambrai, los condes, los marqueses, los hombres y las mujeres, caen como el granizo". Escapó por azar al Termidor, pero no se rindió.

No se arrepintió como otros muchos de sus pasados errores. Cuando fue amonestado gritó: “¡Viva Robespierre!”. Encontró a Babeuf en la cárcel. Robespierre ya no existía y Gracus había jurado continuar la obra del Incorruptible. Darthé no reflexionó mucho tiempo y se convirtió en su ferviente partidario.

Babeuf consulta a menudo a Darthé acerca de los medios de derribar al criminal Directorio. En sus horas libres, charla con Buonarotti de Rousseau, de la igualdad natural, de la sabia simplicidad de los griegos. El descendiente de Miguel Ángel, Felipe Buonarotti, era uno de los espíritus más esclarecidos de su tiempo. Cuando en Francia, Darthé y sus compañeros aterrizaron a toda Europa con la toma de la Bastilla, Buonarotti vivía en Florencia. Era muy joven, hermoso y de buena familia. Debía vivir como vivían los humanistas en esa ciudad de cipreses y de Venus de pálidos rostros. Lo abandonó todo. Partió inmediatamente para Córcega, donde publicó un periódico. Habló de la fraternidad de los pueblos, provocando la oposición de todo el clero. Fue perseguido y se ocultó en las montañas. Sólo aparece para tratar de organizar un descenso sobre Cerdeña. Fue hecho prisionero en Livorno. No se entristece en absoluto cuando le confiscan todas sus propiedades de Toscana. Ahora no tiene más que una patria, la Revolución. Cuando llega a París se hace amigo de los jacobinos. La Convención, por los servicios prestados a la República, le otorgó el título de ciudadano francés. Sí, durante la Revolución existían muchas convicciones. Buonarotti no se hizo procurador. Se alistó en el ejército de la República para predicar a los descamisados italianos las ideas de la Revolución francesa. Como Darthé, aunque por otras razones, amaba a Robespierre, Robespierre era lo suficientemente complejo como para atraer a gentes muy diferentes. Después de Termidor, Buonarotti fue detenido en algún lugar cerca de Génova. Conoció a Babeuf en la cárcel al igual que a Germain y a Darthé. La doctrina de la “Felicidad Común” lo conmovió hasta arrancarle lágrimas. ¿No había sido partidario de la extrema igualdad desde los primeros días de la Revolución? Al llegar de nuevo a París exclama indignado: “¡Cómo! ¿Es esto la Revolución, sustituir una banda por otra?”. En la figura de Gracus Babeuf, Buonarotti había encontrado un correligionario, un amigo y un jefe.

Babeuf tenía otros muchos partidarios seguros además de Buonarotti, Darthé y Germain. Entre ellos contaba con su viejo protector, el original Sylvain Marechal, filósofo y dramaturgo fracasado, ex-alcalde de Lyon. Contaba también con el ciudadano Bertrand, ex-marqués de Antonelle, soñador

flemático, que durante la insurrección se paseaba leyendo por los senderos de las Tullerías, sin advertir las detonaciones. Otro partidario fue Didier, que distaba mucho de ser un soñador. Hombre grosero y franco, fue juez bajo Robespierre. Decenas de filósofos desinteresados y centenares de desafortunados iban hacia Babeuf como partidarios sinceros de la Igualdad. Se dirigían a él no sólo los aristócratas como Buonarotti, Antonelle, Le Pelletier, o el periodista Marechal, sino también los obreros que todavía creían en la Igualdad, los últimos representantes de la raza expirante de los descamisados. Se dirigían también a él los aficionados a los golpes de Estado que habían perdido su profesión, los partidarios de los Tribunales de Farola y de la guillotina, los aventureros, los charlatanes, los medio locos, los semi-criminales, todos aquellos a quienes el nuevo orden no satisfacía, todos aquellos que se sentían celosos del uniforme de Barras y de los negocios de Tallien. Los convencionales antiguos y los ex-jueces de los Tribunales Revolucionarios, pervertidos por su poder y por el terror general que inspiraban; eran también partidarios de Babeuf.

Todo el mundo se aproxima a Babeuf. Él trata de orientarse ante esa avalancha de virtudes y vicios. A veces logra rechazar una mano demasiado sucia. Es lo que ocurrió con Freron, ese mezquino ladrón, charlatán sin talento, que recriminaba a todo el mundo. ¿Por qué Barras era director y él, Freron, estaba fuera de los negocios? Sus demasiado famosos “jóvenes” se apartaban también de él, pues pensaban que seguía siendo un jacobino. Freron había decidido volver a sus primeros entusiasmos. Pidió que se le contara entre los partidarios de Babeuf. En la Sociedad del Panteón las puertas siempre estaban abiertas, pero ante Freron se cerraron con estrépito.

Sin embargo, Babeuf y sus amigos no siempre conseguían separar a los Iguales de los ambiciosos. La integridad del jefe, no obstante, lo reparaba todo. Los obreros de París creen en su Tribuno. No es fe, sino sincero amor. En los barrios de Antoine y Marceau, el nombre de Babeuf es ahora conocido por todos los niños. Se habla de él como de un obrero más, como si se tratara de un cerrajero o de un carpintero. Se burlan de los policías: “Entonces... ¿habéis encontrado a Babeuf?...”. Se amenaza a los patrones y a los comerciantes: “¡Ya veréis cuando venga Babeuf!...”. La esperanza hace más soportable la sopa de agua: “¡Babeuf atacará pronto!”.

El rumor de la enigmática gloria de ese periodista llegó hasta los salones, donde su nombre era hasta entonces casi desconocido. “¿Quién es?” “Un antiguo agrimensor –dice. –Es sanguinario como Marat. Es un ladrón, cometió un fraude...” Los diputados del Consejo de los Quinientos, los literatos, los abogados, los embajadores extranjeros, todos, están perplejos. “¿Por qué Babeuf...?” En su perplejidad tienen miedo. No saben qué ocurrirá al día siguiente. Es cierto que se ha guillotinado a Robespierre, es cierto que se ha desarmado a los obreros, pero... es imposible hacer que las gentes olviden lo que tan recientemente todavía ha ocurrido. ¿Quién puede responder ni siquiera del ejército? Se dice que los soldados son también partidarios de ese incomprensible Babeuf.

Así, en uno y otro campo, el nombre de Babeuf crece y hace legión. No representa ya sólo a un buen periodista o a un filósofo audaz, no, Babeuf ahora es la Revolución.

Entre miles de rumores, entre el amor y el odio, en el pesado silencio de este año decisivo, el hombre que es Babeuf se oculta en los reductos, en los subterráneos, en los graneros, en todas partes donde es posible ocultarse... Escribe, convence, elije sus partidarios, trabaja, trabaja sin descanso. Está débil, su salud es mala. Vive como un recluso. Ha olvidado el sol, las bromas, las travesuras. Ya no puede siquiera divertirse haciendo rabiar a los tiranos. Poco a poco muere en él todo lo que es complejo, incierto, maleable y humano. Adquiere la forma de una sola idea, la Igualdad. Cuando hablan con él, la gente siente que ese fuego árido de sus pupilas es más fuerte que sus palabras, quedan, por decirlo así, reducidos a ceniza. ¿No es así como representaban al apóstol San Pablo los buenos católicos?

Es un día de diciembre. Una niebla espesa. Desde por la mañana arden las lámparas en los ricos comercios del “Palacio de la Igualdad”. El aceite es caro, y París trabaja en las tinieblas. Todo el mundo protesta y se insulta. Esa niebla sólo es buena para los agentes de policía. Se deslizan por la calle Saint Honoré para no llamar la atención de los transeúntes. Es allí donde está la casa en la que debe ocultarse ese inaccesible Babeuf. Es allí donde, según los informes de los espías, está la redacción de su periódico. Un chiquillo, sin aliento, entra en la habitación corriendo.

–Vienen...

Babeuf al pasar por la puerta de la cochera, tropieza con los policías, los empuja y corre. Los policías le persiguen gritando:

–¡Detenedlo, es un ladrón!...

En la esquina de la calle de la Revolución, un agiotista lo detiene. Se escapa. Sigue corriendo. Algunos curiosos hacen aumentar las filas de los policías. Es toda una jauría que grita.

–Detenedlo, ha robado un reloj...

Un grupo de petimetres trata también de detener a Babeuf. Un esfuerzo más y el camino estará libre. Pero las fuerzas se les agotan. Cerca del monasterio de la Asunción, varios hombres lo detienen.

–¡Al ladrón! ¡Detenedlo!

La niebla es tan espesa y el corazón le late con tanta fuerza, que Babeuf no puede, en un principio, distinguir quiénes son los que le retienen. Mira más detenidamente. Son rostros enrojecidos por el aire. Un olor a piel y a sudor. Son los peones del Mercado. Entonces, confiado, dice:

–No, no soy un ladrón. Soy Gracus Babeuf. La policía me persigue.

Al principio los peones lo examinan con desconfianza. ¿Será Gracus Babeuf?... Pero uno de ellos dice:

–Yo le he visto en el club. Es Babeuf. Ven, ciudadano, no te entregaremos.

Uno cubre rápidamente a Babeuf con su sombrero de fieltro de anchas alas, otro lo empuja detrás de una puerta cochera. Algunos minutos más tarde, Babeuf, respirando con dificultad, relata el hecho a Darthé, que ha dado asilo a su amigo en el viejo monasterio de la Asunción. Los peones se burlan de los exhaustos policías.

–¿Entonces...? ¿Atrapásteis, por fin, a Babeuf...?

Están contentos y orgullosos. Hoy ellos, los peones del mercado, han salvado a la Revolución.

EL IDILIO DEL LUXEMBURGO

Los agentes de la oficina central no pudieron detener a Babeuf. Sin embargo, no era un problema de pereza. Se ganaban el pan con bastante honestidad. Los juicios filosóficos y los consejos prácticos eran bastante abundantes en sus informes. El espía Naisoncelle escribía, por ejemplo:

“Es absolutamente necesario que haya centinelas cerca de la guillotina para que los niños no suban. Eso perturba el orden y va contra los principios de la filantropía”.

El espía Astier era un hombre más sensato. Sabía que el Directorio había decretado un empréstito forzoso. Así, pues, si se pedía un empréstito a la fuerza era porque se había agotado todo, y Astier decía en su informe:

“Ayer un tal Huro, domiciliado en Culture Sainte-Catherine, número 62, estando en el café situado en la calle Martin, se ha vanagloriado de haber ofrecido últimamente una comida que le costó ochenta mil libras. Este individuo será vigilado y se enviará un extracto del informe al departamento para que sea inscrito en el papel suplementario de empréstito forzoso...”.

Con agentes tan espirituales, los ciudadanos directores podían dormir tranquilos. Todos los días los espías redactaban informes sobre las diferentes huelgas. Los obreros se negaban a aceptar los bonos, así como también el nuevo papel moneda que llamaban mandato...

Un día, un día nefasto, no se recibieron informes. Los niños podían jugar tranquilamente encima de la guillotina, los espectadores gastar millones en una sola cena. Los espías estaban en huelga. ¡Por qué iban a ser peores que los otros! En vez de papel, reclamaban los treinta dineros tradicionales. Resultaba difícilísimo al Directorio conformar a alguien. A los ujieres del Luxemburgo se les había distribuido maravillosos uniformes. Llevaban abrigos negros de piel y gorras punzó. Hasta sus piernas estaban adornadas con escarapelas tricolores. Parecía como si no tuviesen ningún motivo para protestar. Sin embargo, he aquí que el ciudadano Larevelliere, enloquecido, interrumpió un discurso sobre los triunfos diplomáticos de la República, chillando:

—Es necesario echar a la calle inmediatamente a todos los ujieres. He recibido una denuncia. Todos simpatizan con Babeuf. Pueden matarnos.

La conversación pasa de Pitt a la mentalidad de los porteros. Todos quieren dar su opinión. Pitt, por el momento, está muy lejos, los porteros, por el contrario, pueden apuñalarlos y escamotearlos.

El ciudadano Barras, de rostro blando y benigno, está a la cabeza del Directorio. Uno de los ujieres acusados ha visto al ciudadano Barras en el baño y asegura que ha tomado al director por una mujer. Pero ese ujier no era un hombre seguro. De todas formas, en las sesiones del Directorio, el ciudadano Barras resulta evidentemente un hombre. Lleva un pantalón de Nankín, medias multicolores y botas amarillas con vueltas, un frac azul con botones octogonales, una enorme corbata y guantes verdes. Su espada de oro brilla orgullosamente. Sostiene sobre sus rodillas un gran sombrero galoneado. Verdaderamente, el ciudadano Barras es el caballero más elegante de la República. Es galante, perezoso y lánguido. ¡No en vano es, a pesar de todo, un ex-conde! Si no le ocupa ninguna idea resulta un cazador apasionado, un maravilloso cuentista de anécdotas y un *Lovelace*⁶ impenitente.

La Revolución es para él un tesoro, una inesperada herencia, una fuente de riqueza. ¡El ciudadano Barras ha hecho saltar la banca!

Al principio fue maltratado por Robespierre. Ese pedante no sabía vivir ni dejaba vivir a los demás. Por el contrario, Barras, en compañía de Freron, se había dado un paseo por el mediodía, y las malas lenguas fijaban en ochenta mil libras de oro el botín del ciudadano director en Tolón. Probablemente exageraban, puesto que Barras se veía obligado a concederse suplementos. ¡Gracias a Dios, Robespierre ya no existía!

En el salón de Barras se daban cita agiotistas, con sus mujeres chillonas y endomingadas, intermediarios y banqueros. ¡Toda la nueva aristocracia francesa! Jugaban al *whist* o al treinta y cuarenta. Las barajas, naturalmente, demostraban el espíritu revolucionario del lugar. Los reyes tenían tricornos y las damas gorros frígios. Los proveedores pedían infatigablemente. Querían cargos.

El conde siente una especial predilección por los aristócratas. Se rodea de estafadores con título. Pero ¿qué hacer? También tiene que soportar las maneras groseras de los agiotistas. No se puede vivir sin dinero y durante esos años de revolución se han acostumbrado a vivir holgadamente.

⁶ *Lovelace*: "Condesa de", en alusión a la hija de Lord Byron; Ada Augusta King (1815-1852), matemática inglesa y asistente personal de **Charles Babbage**. Ella escribió el primer programa conocido de computadoras.

Lo que más le gusta en el mundo son las mujeres, mejor que las mujeres, las victorias que obtiene en el amor. Aun en las sesiones, mientras Carnot da puñetazos en la mesa y grita hablando de las fortificaciones, Barras, contento de sí mismo y guiñando los ojos como un gato bien comido, susurra al oído de Reubell.

—Quiero casar a Rosa de Bauharnais con ese corso.

Puede sernos muy útil. Pero cuando he hablado de mis planes a Rosa, se ha echado a llorar. ¿Cómo se puede vivir con otro cuando se ha conocido el amor de Barras...? A propósito, estaba muy atractiva en su emoción, pero... ya estoy harto.

Barras prefiere por el momento a la joven Teresa antes que a la viuda de Bauharnais, Teresa es la diosa de París y el vanidoso Barras está muy orgulloso con su nueva conquista. Tallien ha tenido que ceder. En compensación, Barras le echa una mano en el abastecimiento militar. Teresa reparte sus días y sus noches entre su bucólica cabaña y el palacio de Luxemburgo.

No sólo en amor es vanidoso Barras. Enrojecido de orgullo quiere demostrar a todos, directores, ministros, ujieres, embajadores, comerciantes y hasta a las estatuas, que él, Barras, es el primero de los Cinco. Él lo es todo. Sin él no existiría ni Francia ni la Revolución. Un barco de guerra de Talón ha sido bautizado, a petición suya, con el nombre de Barras. Es por encima de todo un provinciano y su origen se revela en su vanidad. Para él, los chismes de los porteros son una cuestión de Estado. En cuanto a las finanzas de la República, las considera como a las deudas de su difunta tía. No pagar unas veces, obtener un poco más otras. Además, es meridional, provenzal, para ser más exactos. Todo lo revela... Este conde, tan lleno de gracias, desconcierta a las bellas con su olor a ajos. Adora los ajos... Sus anécdotas demasiado familiares, su fanfarronería, su charla, traicionan igualmente su origen.

Su familia dejó la Provenza para invadir París, al enterarse de los excepcionales triunfos gubernamentales de Barras. Naturalmente, su mujer se quedó en su casa, en Fox. En París no habrá hecho más que molestarle. Pero las tías, los tíos, las primas vinieron. Todo el palacio se llenó de un olor a ajo. Basta con que un petimetre o un especulador esté sin su mujer para que las damas lo rodeen. ¡Quizá sea casadero!... La señora Montpierre, prima de Barras, busca marido para Clementina, su hija, que es negra, húmeda y brillante como una aceituna.

Reubell comparte con Barras, si no las damas, por lo menos los contratistas. Es un hombre de negocios y las mujeres hermosas le preocupan poco. Las cuestiones de alta política le dejan también absolutamente indiferente. Es padre de familia y economiza para cuando lleguen malos tiempos. Corren leyendas por la ciudad sobre las hazañas del hijo del director, un joven de dieciocho años, petimetre y holgazán, que se divierte con su padre. Baña a las mujeres en vino, toma por blanco a las ninfas de bronce y no pasa un solo día sin que se encargue nuevos chalecos. Los parisienses afirman que ni el Delfín vivía con ese lujo.

Larevelliere, jorobado, además de las desgracias naturales, había sufrido las de la Revolución, teniendo que ocultarse con los otros girondinos. Desde esa época, Carnot y Barras estaban en el poder. Todos juntos habitaban ahora en el mismo palacio. No obstante, Larevelleire no ha olvidado las ofensas pasadas. Está continuamente irritado. Tiene la cara de un mono malvado con uniforme de gala. Le gusta aspirar el olor de las flores y discutir sobre la nueva religión: la teofilantropía. ¿Qué más tiene que hacer? ¿Querellar a Barras hasta que éste salga de la sala de sesiones dando portazos?

¿Hacer a Carnot enrojecer de cólera? Después de esto saldrá a pasear por los jardines y, atemorizando por su fealdad a las primas de Barras, demostrará a sus familiares compasivos que es indispensable racionalizar la religión.

Barras no le teme ni a él ni a Letourneur, que es presuntuoso, gordo y estúpido. Ciertamente, Letourneur es súbdito de Carnot, pero es absolutamente incapaz de hacer daño a Barras. Es violento en las sesiones, grita, da su opinión antes que nadie. Su estupidez es tan evidente que los cocheros se burlan de él, sin hablar de los porteros, sujetos a fianza.

No, el verdadero enemigo de Barras es Carnot. Carnot no tiene la astucia del conde ni su elegancia. Es un zopenco.

No agrada a nadie. Pero en cambio, no vacila. Con Robespierre, fue jacobino extremista, miembro del Comité de Salud Pública. Barras le llama “el asesino de Danton”, y para Larevelliere, Carnot es un verdugo a quien él ha escapado por casualidad. Está bien así. Sin embargo, en el momento actual, Carnot es el sostén del orden. Sus amigos patalean en sus puestos, y él avanza torpe y pesadamente.

La Revolución ha terminado, está convencido. Hay que liquidarla por sus propios medios, si no, se encargarán de ello los realistas. Carnot no es un político; es más bien un soldado. Tampoco es un jefe, tiene un rostro demasiado vulgar. Las mejillas hinchadas, la mirada opaca, el cráneo descubierto. Por otra parte, tiene un espíritu demasiado tranquilo. No es fanático, ni jugador, ni aventurero. Es simplemente un administrador honesto, sin altura. Nadie lo quiere. Para los patriotas, es un traidor. Para los realistas, un asesino. Para Francia, es un policía mediocre, dotado de buenas intenciones y de una enorme calva.

Tales son los hombres que gobiernan a Francia. Han llegado al Luxemburgo bajo la guardia caracoleante de la caballería. Inmediatamente han celebrado sesión. Pero para la sesión hacían falta mesas y sillas... La Revolución había pasado por el palacio y el palacio estaba vacío. Los directores tuvieron mucho trabajo para procurarse una mesa coja. Reprimiendo su dolor, un guardia les prestó algunas tablas. Temía que al día siguiente esos advenedizos fueran arrojados y entonces, “¡adiós tablas! ...”. Los sirvientes, para más seguridad, pidieron sus sueldos por adelantado.

A pesar de todo, los ciudadanos directores no se inmutaron. Si no les fue dado restaurar a Francia, restauraron, en cambio, todo el antiguo lujo del palacio de Luxemburgo.

Barras, ese héroe de Tolón, habla de Francia en tono dogmático:

–Reconstruir es mucho más difícil que destruir.

Todo el mundo, naturalmente, está de acuerdo con él.

En lo que respecta al palacio, Barras hace una llamada a la modestia republicana:

–¡Seamos espartanos! Propongo limitarnos, por ahora, a cincuenta pares de arneses y veinte carrozas...

Hoy han abordado muchos temas. Las finanzas, los ujieres, el hambre, las carrozas. Han decidido enviar la bandera tricolor, como regalo, a la República genovesa. Ahora les amenaza una penosa tarea. Larevelliere cuenta que ayer, en la calle del Sena, se podía ver a un cura con sotana. No se trataba, por otra parte, de un actor representando “Tartufo”, sino de un verdadero cura de carne y hueso. Despreciando todos los decretos, se paseaba insolentemente en traje sacerdotal. Pero más todavía: todas las iglesias están llenas

hasta desbordar, las tiendas se cierran los domingos y abren el decadí. Todo el mundo sabe que los parisienses han celebrado el año nuevo en Nivoso. Hasta han bailado abiertamente en las calles. El Directorio decide reforzar la vigilancia para que nadie se atreva a comerciar el decadí.

Otra cuestión inquieta a Barras. Las canciones. El Directorio ha ordenado que todos los teatros ejecuten, todas las noches, cantos patrióticos. El público hace oposición. Intrigas de realistas. Unos se van al pasillo, otros bostezan ruidosamente, otros silban y, cuando se les detiene, afirman que no han silbado a las canciones, sino a los cantores que –dicen– desafinaban. Los asiduos del teatro Feydeau son particularmente obstinados, no pasa una noche en que no haya un escándalo. El público grita: “¡Hemos pagado para oír la obra y no canciones! ¡Basta! ¡Es insoportable!”. El Directorio decide reforzar la vigilancia.

La cuestión más desagradable ha sido reservada para el final. El ministro de Policía comunica que la *Sociedad del Panteón* ha tomado netamente un carácter antigubernamental. Todos los sospechosos de París se reúnen allí. Leen en voz alta los periódicos de Babeuf y lanzan invectivas contra el Directorio. El número de concurrentes es cada día mayor. Cuando uno de los panteonistas –un espía– propuso redactar una nueva petición al Directorio, estuvo a punto de ser estrangulado. Esos jacobinos gritaban: “*Lo que necesitamos son armas y no peticiones*”.

Está comprobado que quien está a la cabeza del Panteón no es otro más que Babeuf. El ministro de Policía insiste para que se cierre.

Carnot se irrita. El peligro no son los curas ni las canciones, el peligro es Babeuf. Corta por lo sano.

–Hay que arrestar a todos los jefes.

Barras está molesto por su insistencia. Es fácil decir “arrestar”. Eso significa declarar la guerra. ¿Y si, de repente, llegaron a ser más fuertes que el Directorio? Barras prefiere contemporizar. Carnot se empeña.

–Ya es hora de acabar con esa gente. Les protegéis en todas las ocasiones. ¿Quién ha autorizado a Pocholle a volver a París? ¿No es un antiguo montañés?

Reubell sonrío.

–¿Y tú, Carnot, qué eras? ¿Una oveja?

Un silencio. El recuerdo del pasado inquieta a todo el mundo aquí. Una broma salva la situación.

—Por otra parte, sin los montañeses, ¿estaríamos aquí, en Luxemburgo?

Después de haber discutido, todo el mundo hace concesiones. Está decidido. Se cerrará el Panteón, pero no se arrestará a nadie. Barras recuerda de pronto que el equilibrio es indispensable.

—Para atenuar un poco, cerraremos temporalmente, sólo por una semana, el teatro Feydeau y también cualquier iglesita, San Andrés, por ejemplo.

Satisfecho de la ocurrencia sonrío, sin pensar más en los terroristas, ni en Babeuf, ni en el pasado. Teresa le espera ahora en el jardín. ¿Y mañana? Mañana habrá caza de jabalí en Raincy.

Carnot, sin embargo, no es tan frívolo. Encara la clausura del club como encara la campaña de Italia. ¿A qué general confiar una operación tan arriesgada? ¿No dicen que casi todo París está con Babeuf? El comandante del ejército del interior inspira recelos a Letourneur. Ciertamente, en Vendimiaro se distinguió, pero se trataba de realistas. Ahora tendrá que dispersar a sus amigos.

Barras tranquiliza a todo el mundo.

El joven general es su protegido. No es sin duda un anarquista. Es puntual y abnegado. No hace ninguna objeción. Es un joven modesto y desprovisto de toda ambición.

—Yo respondo de Buonaparte.

Los ciudadanos directores se separan. Larevelliere se va a hablar de Dios, Reubell, a discutir con los contratistas.

¿Cuánto y a quién hay que dar? Barras, sonriendo con coquetería, le dice a Teresa:

Creo que pronto seré el único jefe de Francia.

Sin embargo, Teresa no está hoy de buen humor. Las costureras le piden dinero y el gandul de Tallien está siempre apurado. Teresa responde con sequedad.

–No lo creo, sois demasiado cobarde para eso.

¡Es tan fácil enfadarse! Pero por un sendero viene un hombrecito de rostro bronceado. Se quita el sombrero y saluda cortésmente. En tono protector Barras le dice.

–Es necesario preparar los cañones. ¿Hay reservas de pólvora? Ten cuidado de no olvidar los tambores. Yo mismo iré en tu ayuda en caso de peligro...

Un destello de ironía brilla en los ojos de Buonaparte. De nuevo saluda y dice:

–Ciudadano director, vuestras órdenes serán ejecutadas sin tardanza y sin vacilación.

Curiosa, Teresa presta atención y, mientras Buonaparte se aleja dice pensativa:

–Creo que me equivoqué en mis previsiones. ¡Esa Rosa es más astuta que yo!...

EL GRAN JUEGO

El general Napolione Buonaparte⁷ había traído tropas, emplazado cañones y se preparaba para el combate. Protegía su retaguardia porque no sabía dónde estaba el enemigo. Se decía que los anarquistas eran todopoderosos y que París estaba contra el Directorio. Sin embargo, el general había movilizado tantos escuadrones inútilmente.

Al igual que todos los días, las colas zumbaban ante las panaderías, los aguadores se insultaban y un ligero vaho (el invierno continuaba) subía al cielo acompañado de suspiros. ¿Cuánto tiempo aún?

Era un tranquilo día entre semana. Relinchaban los caballos de dragones. Los soldados intercambiaban bromas. A veces, los obreros les gritaban: “Mejor haríais yéndoos a la frontera que matando aquí a la gente”.

El general Buonaparte, con la cabeza inclinada hacia delante y paso rápido, quizá demasiado largo para su talla, se acercó a la puerta de la antigua iglesia donde se reunía la *Sociedad del Panteón*. Los artilleros, en sus puestos, esperaban la señal. Sin embargo, el guardián, sin decir una palabra, entregó al general las llaves del lugar, llaves enormes de iglesia semejantes a antiguos trofeos. Buonaparte sonríe —aún no tenía la costumbre de tomar ciudades— y los caballos, que habían estado demasiado tiempo inmóviles, caminaron briosamente. El ruido de sus cascos anunció a los indiferentes parisienses y a todos los espectadores del mundo la nueva victoria del “general de Vendimiario”.

Era el héroe de los patriotas aún no hacía mucho tiempo. “Había salvado a la República y a la Revolución.” Los jacobinos decían: “Éste no es Menou”. Era joven y pequeño, sí, pero un defensor de la Igualdad. No en vano había sido amigo del joven Robespierre. No pensaba solamente en las hazañas militares, sino que se ocupaba también de la organización de la sociedad. En el 91, ¿no decía públicamente ese curso que era necesario:

“que la ley civil asegure a cada uno sus necesidades físicas, que la sed inextinguible de riqueza sea reemplazada por el sentimiento consolador de la felicidad”.

⁷ Nacido *Napoleone di Buonaparte* (*Nabolione* o *Nabulione* en corso) solo un año después de que Francia comprara la isla de Córcega a la República de Génova. (1769-1821) Napoleone, años después, cambió su nombre por el francés Napoleón Bonaparte. El registro más antiguo de este nombre aparece en un informe oficial fechado el 28 de marzo de 1796.

Su familia formaba parte de la nobleza local. Su padre, Carlo Buonaparte, abogado, fue nombrado en 1778 representante de Córcega en la corte de Luis XVI.

Buonaparte no rechazaba esos elogios. No hacía más que tomar parte en el juego. La primera partida estaba ganada. ¿Qué había en su pasado? Sueños, y también miseria, soledad, libros, tiros, el ejemplo de los héroes de la antigüedad, las cartas geográficas. ¿Qué es lo que no había soñado antes de Vendimiario? ¿Ir a Turquía y ponerse al servicio del Sultán...? Sí, no estaría mal... Era tan pobre que después de Vendimiario, cuando fue recibido por la Convención, miraba confundido la estrechez de su pantalón. Llevaba un pantalón de gamuza de su amigo Talma.

Vendimiario había decidido muchas cosas. Ese día el corso unió su suerte a la de Francia. ¡Al diablo el Sultán! Oriente... Sí, algún día, pero no como *condottiere* anónimo, sino como conquistador...

La ocasión que le brinda Vendimiario fue para él, el compromiso de una partida complicada. Después de los patriotas, había que hacerse querer por todos, por los moderados, es decir, por los aristócratas, los petimetres, los asiduos al Pequeño Coblenza, por los ricos hombres de negocio, por los contratistas, por el desconfiado Carnot, por la alta sociedad, y por todos los que temblaban ante el nombre de Babeuf. Buonaparte se alegra haciendo tintinear las llaves del Panteón. La segunda partida también está ganada. No ha tenido necesidad de disparar contra los patriotas. No ha hecho más que obedecer. El odio del pueblo recaerá sobre el Directorio y no sobre él. Además, hoy es el héroe de los amigos del orden. Ha cumplido puntualmente su misión, obrando de una manera fulminante. Aquellos que le gritaban “anarquista” se morderán la lengua. No, él no está con los partidos, está con la Nación.

Buonaparte, como Barras, trata de no irritar a nadie. Espera que los enemigos se destrocen mutuamente. Entre el general y el Directorio no hay más que una diferencia de matiz. El primero es el ejemplo de todos los dones de la naturaleza humana, el segundo, de su baja.

En cuanto hizo su informe a los directores sobre la clausura del Panteón, Buonaparte, rápidamente, se retira.

Tenía prisa. Barras le lanzó una mirada alegre. “El amor no espera.” El conde sólo pensaba en perseguir a las mujeres. Buonaparte no pensaba más que en la gloria. Josefina de Beauharnais, que hasta entonces se llamaba Rosa, no era para él ni una diosa, ni una pastora, ni una cortesana, era una victoria que llegaba a su tiempo, un tercer Vendimiario. A fuerza de observación conocía bien su tiempo.

Decía: “En París, no se puede obtener nada sin las mujeres.” Lo decía con despecho y no con una sonrisa. Prefería la historia de Roma o un atlas a las mujeres. Modesto y reservado por naturaleza, se sentía incómodo en los salones del Directorio... ¿Pero qué podía hacer? Un capitán que tropieza con un río no regresa, busca un vado...

Rosa o Josefina de Beauharnais no es ya muy joven.

Si comparáramos su belleza a la de una rosa, no sería un pimpollo, sería una gran rosa abierta. Su edad molesta algo a Buonaparte, no por la belleza, sino por el espíritu. La novia tiene seis años más que el novio. Él utiliza los documentos de su hermano para envejecer, aunque sólo sea dieciocho meses.

Josefina es simplemente una mujer de su tiempo. Su marido ha sido guillotinado y ella escapó por azar de la muerte. Tiene, pues, dos veces más deseos de vivir. Amiga de Teresa Tallien, lleva las mismas túnicas y las mismas pelucas. Se complace en la elección de sus amantes. El director y el general Hoche son indudablemente personajes ilustres, pero al mismo Hoche lo engaña a la primera oportunidad con su palafrenero Vanakre.

Buonaparte, ocupado en otras cosas, no oye los chismes. Exige solemnidad también en la alcoba. Habiendo elegido a Josefina de Beauharnais, la dota, en ese instante, de todas las virtudes. No se casa con la amante de uno o varios criados, se casa con la más casta de las aristócratas.

Sin embargo, no se trata de castidad, ni de belleza, ni siquiera de riqueza. Su casamiento con la señora Beauharnais es la tercera partida del jugador. El pequeño corso, el jacobino sospechoso, con este matrimonio se reconcilia con el barrio Saint Germain y con la aristocracia francesa. Buonaparte está enamorado y hasta es feliz en medio de los abrazos bucólicos. Sin embargo, los suspiros se transforman pronto en crujidos de banderas y los juramentos en rumores de muchedumbre, en trájín de desfiles y en clamor de victorias. Por el momento, sin embargo, reside en la casa de Talma. Buonaparte ha comprado a su amigo, recientemente divorciado, esa residencia que en otro tiempo frecuentaba Andrés Chenier y Condorcet. Es una casa con columnas, con liras y con águilas. Buonaparte mira a Josefina y mira también las águilas.

Buonaparte se casó diez días después de la marcha sobre el Panteón. El regalo de bodas de Barras fue magnífico. Recompensó generosamente al “modesto general desprovisto de ambición”, al joven esposo de su amante. Después de algunas vacilaciones, el Directorio había aprobado un decreto por el que se nombraba a Buonaparte comandante en jefe de todos los ejércitos de Italia. Carnot se había opuesto. ¿Cómo podía confiarse un puesto de tanta responsabilidad a un joven general que únicamente se había distinguido en pequeños combates callejeros?

Carnot temía que Buonaparte fuera un aliado de Barras y un jacobino disfrazado. Pero los jacobinos eran todavía más temibles cerca que lejos y Carnot cedió.

Buonaparte se apresura. Va a conquistar Italia. También va a conquistar Francia. Se prepara su destino. Hoy Napoleone Buonaparte ha muerto. Un nombre extranjero no conviene a un héroe nacional. Sabe que mañana toda Francia lo recibirá con sus exclamaciones. “Josefina” suena mucho mejor que ese estúpido “Rosa”. Que mañana griten: “¡Viva Napoleón Bonaparte!”.

REVOLUCIÓN A EXPORTAR

Cuando se fue a la guerra, Bonaparte no se ocupó solamente de la reforma de su nombre. Sabía que los ejércitos de la República no vencían sólo con cañones. París enviaba soldados y pólvora, Bonaparte había decidido llevar también otra cosa: la Revolución.

El amigo de Babeuf, Felipe Buonarotti, fue invitado a presentarse al Ministerio de Relaciones Exteriores. Después del cierre del “Panteón”, esperaba ver llegar de un momento a otro su orden de detención. Sin embargo, no era la policía quien le convocaba, sino el ciudadano Delacroix y a instancias del general Bonaparte.

Bonaparte había conocido a Buonarotti en Córcega. Apreciaba su valor, sus conocimientos, su espíritu. Por otra parte, no despreciaba la ayuda de nadie. Si los Iguales pueden ser útiles, entonces hay que entrar en trato con los Iguales. La Revolución había terminado en Francia. Eso estaba claro. Los patriotas podían tener nobles corazones, pero no tenían cabeza sobre sus hombros. Además, había cerrado el “Panteón”. Había esperado una resistencia, combates, quizá la victoria de los jacobinos. París había cerrado los ojos. Los obreros ya no tenían ni armas ni entusiasmo. Las armas, quizá podrían todavía encontrarse, pero el corazón de París se había consumido. Ahora podía haber decenas de complots, de revueltas, pero ya no habría más Revolución, por lo menos durante medio siglo, hasta que desapareciera esa generación que había visto con sus ojos el hambre y el terror.

¿Para qué excitar a los patriotas? Son impotentes. Hay que gobernar con firmeza. No es probable que esos cinco charlatanes sean capaces. Pues bien, Bonaparte no tiene más que esperar. En el momento actual, sus fines son otros. Los mensajes de victoria, el amor del ejército, el terror de Europa. La revolución, actualmente, es una mercancía de precio. Hay que exportarla al extranjero. Las ideas de Babeuf –¡divagaciones! –Él, Bonaparte, podía hablar de igualdad en el 91, cuando tenía veintidós años y la Revolución dos. Ahora se ríe de la Felicidad Común. No obstante, Babeuf y sus amigos están todavía llenos de ardor. En Francia quizá habría que arrestarlos, pero en Italia, ¿en quién buscar la llama revolucionaria? No será en Barras...

El general Bonaparte había dicho al ministro de Relaciones Exteriores del Directorio que se pusiera en comunicación urgente con el ciudadano Buonarotti y pidiera el concurso de los “anarquistas”.

No fue una entrevista vulgar. Delacroix era orgulloso y altivo por naturaleza. Consideraba a Buonarotti como a un conspirador al que metería en la cárcel un día u otro. Sin embargo, trató de hablar cortésmente a ese anarquista, casi como a un plenipotenciario extranjero. Tales eran las instrucciones de Bonaparte.

—¿De manera, ciudadano Buonarotti, que podemos contar con el apoyo de vuestros partidarios italianos?

Buonarotti es desconfiado.

—Os ruego que me digáis, ciudadano ministro, si los patriotas italianos están listos para la acción.

Delacroix ríe interiormente, ¡santo candor! Él conoce las intenciones del Directorio y de Bonaparte. Hay que arrojar a los austriacos de Italia y reforzar al rey sardo en Lombardía. Responde evasivamente.

—El deber de los patriotas italianos es facilitar la entrada de nuestros ejércitos en Italia.

—¿Para qué? ¿Para que los traicionéis después, como habéis traicionado aquí a los patriotas de Francia?

Delacroix frunce el ceño.

—No hablemos de los asuntos internos, no es el tema de nuestra entrevista. En lo que se refiere a los patriotas italianos, no los traicionaremos en modo alguno. Si la República resulta victoriosa, en las negociaciones de paz se tomarán todas las medidas necesarias para que los intereses personales de los patriotas italianos sean respetados, Buonarotti pierde su sangre fría.

—No se trata de intereses personales. Los patriotas no tienen intereses personales. Nosotros queremos saber en nombre de qué hacéis la guerra. ¿Es un botín de guerra o la República lo que queréis en Italia? Todo está dispuesto. En Génova los patriotas esperan la señal. En Sicilia, diez mil patriotas gimen en las prisiones. Allí no pasa un día sin que corra la sangre de los héroes. En cuanto aparezca la flota en el mar, toda Sicilia emprenderá el vuelo. En Toscana hay motines, y también en Venecia. Muchas veces los patriotas del Piamonte han tratado de rebelarse. Sin embargo, no tienen armas. Si negamos como libertadores, toda Italia estará con nosotros.

–Estamos en contra del levantamiento del Piamonte. Hay que subordinar la acción de los patriotas al plan diplomático. Os ruego, ciudadano Buonarotti, que me presentéis un memorial escrito sobre las medidas indispensables a adoptar. Yo lo transmitiré al general Bonaparte.

–Pero nos son indispensables las garantías. Si los soldados van a saquear, si vais a colocar a ese país bajo la fuerza de militares bárbaros y despóticos, alejaréis de la República a toda la nación italiana. Arriesgáis un desastre militar y la exterminación de los patriotas. La consigna de los ejércitos republicanos debe ser: *“Paz en las cabañas, guerra en los palacios”*.

El ciudadano Delacroix se levanta en lugar de responder. La audiencia ha terminado. Ya está cansado de oír divagaciones absurdas. Espera, pues, el memorial escrito...

Por la noche, Buonarotti le dice a Babeuf:

–Es sólo el primer paso el que cuesta. Después de Francia, ¿qué les cuesta vender a Italia?...

Bonaparte, antes de irse, leyó atentamente el voluminoso memorial de Buonarotti. Dos meses después, escuchaba en Milán los discursos de los jacobinos locales. “Traemos las grandes ideas del 93.” “Instauraremos la verdadera Igualdad.” Movía la cabeza en señal de aprobación. Sabía que cuando llegara el momento se podría entregar a esos agitadores a la policía, al Papa, al rey, a quien se quisiera..., por el momento, eran útiles. Hay que sacar provecho de todo. ¿Por qué iban a ser peores esos soñadores que la señora de Bauharnais?...

EL DIRECTORIO SECRETO

El cierre del Panteón dispersó a los Iguales por todo París. Se reúnen ahora, unas veces en el jardín de las Tullerías y otras en cafés pertenecientes a buenos patriotas. En los cafés Chretien y Cauvin, por ejemplo. Pero su cuartel general está en los “Baños chinos”. Es un edificio de lo más extravagante, situado en la esquina del Boulevard de los Italianos y de la calle Michodiére, al lado del Pequeño Coblenza. Los provincianos se quedan con la boca abierta al observar su fachada cubierta de divinidades calvas, de sombrillas, de campanillas y de caracteres incomprensibles. En la época de la manía por las cosas chinas había allí instalados baños que por entonces estaban de moda. Después el propietario de los baños se arruinó y abrieron allí un café al empezar la revolución. Era éste el lugar que los patriotas habían elegido. No se sabía por qué. Los grandes ventanales permitían a los curiosos observar desde la calle todo lo que sucedía en el interior. La extravagancia del edificio atraía la atención general. El Boulevard de los Italianos era célebre por la insolencia de los monárquicos y de los agiotistas. Frente a los “Baños” había una tienda elegante. Día y noche los petimetres se aglomeraban ante sus escaparates a contemplar las corbatas y los guantes. Los conspiradores se reunían, pues, a la vista de todos.

¿Podría ser que el patrón les hubiese resultado simpático? Pasaba por ser un patriota seguro. Los conjurados no sabían que ese patriota era un agente secreto de la policía.

Los “Baños chinos” están siempre animados y bulliciosos. Se discute alrededor de una gran estufa. “¿Qué es más importante, la Constitución del 93 o el cambio total del régimen de herencias?” Los amigos de Babeuf, Darthé, Germain y Didier reclutan a los patriotas. Allí se leen los informes y se dan las órdenes, allí se convence a los vacilantes, se explica a los nuevos quiénes son los vacilantes y se explica a los vacilantes quiénes son los Iguales. Los periodistas comentan. A la entrada de algún visitante ocasional, todo el mundo se calla de pronto. A veces los Realistas entran inesperadamente, entonces se produce un gran alboroto. Un día los contrincantes rompieron los cristales de las ventanas.

Una muchacha pelirroja, llamada Sofía Lapierre, canta allí las nuevas canciones de los Iguales. Naturalmente, es siempre el mismo, Sylvain Marechal, quien las compone. Sofía no tiene buena voz, pero, en cambio, canta con sentimiento. Canta la “Nueva canción de los barrios”.

Muriendo de hambre, muriendo de frío, Pueblo subyugado,

Silenciosamente te afliges:

*Sin embargo, el insolente rico, Que aprovechó antaño tu bondad
Ruidosamente se consuela...*

Cuando Sofía llega a este punto, involuntariamente, las personas presentes, tristes, apenas alimentadas por un café dudoso y una esperanza muy vaga, miran por la ventana a las *merveilleuses* y a los *incroyables petit maître*. Sofía sigue cantando:

*Repletos de oro, hombres nuevos, Sin penas, cuidados ni trabajos. Se
apoderan de la colmena:*

*Y tú, pueblo laborioso, Come y digiere si puedes Hierro como el
avestruz.*

Todos hacen coro: “Hierro como el avestruz”. Muchos no saben desde hace tiempo lo que es el olor de la carne, y han olvidado que fue el hambre, mucho antes que la cólera, lo que inflamó sus ojos. Sofía recuerda:

“El rico que se aprovechó de tu bondad”.

¡Ah! ¡Las linternas del difunto Camilo! ¡Ah! ¡Las representaciones del ciudadano Sansón en la plaza de la Revolución! Entonces pudieron escapar algunos. Pero, ¡ahora con el cuento a otros! Esta vez nadie escapará con vida. Han aprendido a vivir. Los puños amenazadores se levantan. El canto se convierte en un rugido y los clientes del Pequeño Coblenza, al pasar al lado de los “Baños”, se miran atemorizados. Recuerdan esos mismos días, esa misma farola y esa sangre espesa y oscura. Se olvidan hasta de la compostura y exclaman sin tartamudear:

–¡Los anarquistas! ¡Los terroristas!

Y los obreros, los escribientes, los sastres, las prostitutas y los peones siguen gritando con amargura:

–¡Los anarquistas! ¡Los terroristas!

Sofía Lapierre, otras veces canta coplas diferentes, siempre del mismo Sylvain Marechal, para los patriotas dotados de un espíritu más profundo y para los que, hasta en las canciones, quieren oír máximas filosóficas.

–Tú nos creaste para ser iguales, Naturaleza, ¡oh madre bienhechora!

Es el “Canto de los Iguales”. Se canta con mucha frecuencia en los “Baños chinos”. Esa asamblea de conjurados parece a veces una clase de canto. Los patriotas difunden las canciones por todo París. Las repiten en los talleres, en los sombríos patios de Saint Antoine, en las prisiones y en los cuarteles. La ciudadana Sofía no trabaja inútilmente. Las ideas de Babeuf no son suficientes para que París se levante, también son necesarias las canciones. En París, sin canciones, no hay amor, ni pelea, ni revolución.

Naturalmente, los Iguales no se limitan sólo a cantar. En un mes habían puesto en circulación una gran cantidad de proclamas: “La verdad al pueblo”, “Soldado, detente y lee”, “Unas palabras a los patriotas por el *Tribuno del Pueblo*”, “Mensaje del *Tribuno del Pueblo* al ejército del interior...” Estos libelos pasaban de mano en mano. Puede asegurarse que, en París, todo el que sabía leer los leía. Se imprimían clandestinamente y la policía no podía conseguir descubrir la imprenta de los Iguales. El periódico de Babeuf también seguía apareciendo. Los Iguales no disponían de dinero y, en consecuencia, no tenían papel. Sólo se imprimían tres mil ejemplares del *Tribuno del Pueblo*. Sin embargo, el *Tribuno del Pueblo* llegaba hasta el ejército de Italia, donde los soldados lo esperaban con impaciencia. Durante la noche, todas las paredes de París se cubrían de carteles de los patriotas.

Mediodía. El barrio Antoine. El pueblo se arremolina a lo largo de los muros. Como un maestro de escuela, un obrero lee meticulosamente en voz alta:

“Análisis de la doctrina de Babeuf, proscrito por el Directorio ejecutivo por haber dicho la verdad... Hay opresión cuando uno se agota por el trabajo y carece de todo, mientras que el otro nada en la abundancia sin trabajar. Nadie puede, sin cometer un crimen, apropiarse los bienes de la tierra o de la industria en exclusiva. No debe haber ni ricos ni pobres en una verdadera sociedad”.

Alguien, detrás, suspira maliciosamente.

–¡Lo recuerdan muy tarde! ¡Cuántos sinvergüenzas se han hecho ricos con la Revolución, y dicen ahora que la Revolución ha terminado!

El obrero continúa leyendo:

“La Revolución no ha terminado, porque los ricos tienen todos los bienes y gobiernan, mientras que los pobres, trabajando como verdaderos esclavos, languidecen en la miseria y no son nada en el Estado”.

Entre la muchedumbre, un ciudadano está completamente en desacuerdo con la doctrina de Babeuf. Murmura algo entre dientes. Y, finalmente, sin poderse contener, exclama:

–¡Son los sanguinarios! ¡Quieren degollarnos!

Pero el barrio Antoine no es el Palacio de la Igualdad.

–¡Abajo el chuán! ¡Muera el realista!

Un agente interviene. Gritos, injurias, puñetazos. Los sombreros, con o sin escarapelas, vuelan por los aires. Por último, les detienen a los dos. Al chuán⁸ y al que leía.

Barras bordea todavía, pero el comisario de policía del barrio ya ha tocado tierra. Sin vacilar, pone inmediatamente en libertad al ciudadano bien vestido y envía a la cárcel al “terrorista”.

La misma escena se produce en los distintos barrios de la ciudad. Los espías no oyen ahora más que una palabra: “instrucción”. Cerca del puente de Change y de la plaza de Grève, se reúne todos los días un gran número de desocupados. Reclaman “pan”, “la Constitución del 93”. La policía montada los dispersa. ¿Y el hambre? El hambre aumenta sin cesar. Los nuevos bonos bajan con la misma rapidez que los antiguos. Los campesinos no llevan a París ni carne ni harina. Ahora es difícil encontrar algo que los tiente en las chozas de las aldeas. Junto a la artesa hay un escritorio de madera de abedul, los patos se pasean por encima de las alfombras y los chiquillos rompen la porcelana. La desocupación ha tomado el aspecto de una epidemia. Los patrones cierran los talleres. Afirman que el empréstito forzoso les ha arruinado. Los realistas son cada día más audaces. Acuden a los lugares públicos tocados con sombreros adornados con flores de lis, y celebran ruidosamente las victorias de los ejércitos enemigos.

⁸ Los chuanes (en francés: les Chouans) fueron los insurgentes realistas que combatieron al norte del Loira, en Bretaña, Maine, Normandía y el sur de Anjou (y además en los departamentos de Aveyron y Lozère) durante la Chuanería.

No deben confundirse *chuanes* y *vandeanos*, estos últimos combatientes de sur del Loira; sin embargo, tanto unos como otros afirmaban conformar el *Ejército Católico y Real*.

Se abren nuevos bailes y, desde los primeros días de primavera, en el Bosque de Boloña se oyen los chasquidos de los látigos, las risas y los golpes de los atrevidos jinetes. Un original se ha propuesto contar cuántos coches a la moda encuentra en su camino, pero habiendo pasado de los mil, lo deja cansado.

En la plaza de Grève brillan los sables de los dragones. En labios de todos está la misma pregunta:

—¿Empieza ya?

Entre dos transacciones, o entre dos bailes, la gente hace pronósticos. ¿Cuándo se decidirá?

Gracus Babeuf escribe día y noche. Multiplica sus fuerzas. Se prepara. ¡Qué peso excesivo cargan las débiles espaldas de este hombre! Debe animar y organizar, dictar a la muchedumbre palabras que sean comprensibles, palabras de venganza o palabras de deseo, y también concebir la organización de la nueva sociedad para no vacilar al día siguiente de la victoria.

Babeuf se oculta en casa de un patriota belga, Clercx, en un pequeño piso al lado del mercado de trigos. Allí tenían lugar también las reuniones de los dirigentes. Le llamaban el “Directorio secreto”. Junto con Babeuf, componían ese Directorio, Buonarotti, Darthé, Germain, Le Pelletier, Sylvain Marechal y Debon.

Frecuentemente se entablan discusiones acaloradas. Era difícil unificar a personas tan diferentes. Se le había encomendado a Marechal la tarea de escribir el “*Manifiesto de los Iguales*”.

Estaba bien escrito, tanto, que al oírlo, Buonarotti, entusiasmado, interrumpe al lector con sus exclamaciones: “¡Muy bien! ¡Bravo!”. Pero el “manifiesto” provoca controversias. El discípulo de Rousseau escribe: “Perezcan si es necesario todas las artes con tal de que perdure la igualdad real”.

Es cierto que no está en sintonía con el ideal de los Iguales, con el amor a la naturaleza y a la vida sencilla. Sin embargo, Babeuf se rebela contra ese principio.

—Las artes pueden ser útiles al pueblo. Hay que distinguir las diversiones de los hombres hastiados, de las sanas exigencias de los ciudadanos. Estoy lejos de ser un enemigo de las máquinas. Tú crees que las máquinas llevarán a una esclavitud mayor todavía y quieres destruirlas. No, las máquinas serán precisamente empleadas para aliviar la labor del hombre. Yo estimularé las nuevas invenciones.

—¿Por qué? Los griegos no conocían las máquinas y eran mucho más felices que nuestros contemporáneos. Fíjate en las artes. ¿Para qué sirven los retratos de los aristócratas o los palacios de Versalles?

—Los palacios pueden tener su utilidad... ¿Y tú? ¿No escribes, acaso, versos? Dicen que el pintor David, de acuerdo con Robespierre, concibió la idea de rehacer el plano de París. David era partidario de las avenidas en línea recta.

—Estoy viendo la nueva arquitectura de nuestra República. Las casas son sencillas, limpias y cómodas. Tienen la belleza de la uniformidad y de la total simetría. Los monumentos públicos son magníficos: las escuelas, las casas del pueblo para las reuniones, las tiendas públicas, las bibliotecas y los museos. Las artes son absolutamente necesarias para construirlos. Nos convertiríamos en verdaderos bárbaros sin ellas.

El sombrío Darthé interrumpe:

—Sin embargo, habrá que vigilar a los inventores, a los sabios y a los artistas para que no se pierdan con el pensamiento por un mundo imaginario.

Babeuf continúa:

—¿Y los vestidos? Nuestras ropas son desagradables. Son poco apropiadas para el trabajo y, además, dan idea de desigualdad. Naturalmente, aceptaremos algunas excepciones por motivo de edad y de oficio.

Antonelle, el flemático Antonelle, interrumpe a Babeuf:

—David y Talma ya ensayaron. David diseñó el nuevo traje y Talma se paseó con él puesto. Primero lo tomaron por loco y después lo detuvieron por espía extranjero.

Todo el mundo rió.

–Los ciudadanos están atrasados, es indispensable reformar su educación. He visto un diseño de traje para obrero ideado por el diputado Sergent. Me ha parecido muy bueno. ¡Es absurdo negar las artes de la mecánica por la exclusiva razón de que sean ahora los aristócratas o los ricos los que se aprovechan de ellas!

Sylvain Marechal, a pesar de que escribe elegías, no se decide. Ni artes ni máquinas: son el genio malo de las ciudades.

El siguiente párrafo de su manifiesto provoca todavía más controversias.

“Desapareced, por fin, indignantes distinciones entre ricos y pobres, entre grandes y pequeños, entre amos y sirvientes, entre gobernantes y gobernados.”

–Tú exiges la supresión de toda autoridad. Es inadmisibile.

A los Iguales se les llama “anarquistas”, sin embargo, son partidarios de una autoridad firme. Sólo Marechal es partidario de la libertad total.

–¿Por qué el bastón que está en nuestras manos es mejor que el bastón de Barras? Los hemos visto a todos, uno tras otro, de Capeto a Legendre. Todos iguales. Lo primordial no son los hombres ni las leyes, es el principio mismo, el poder que pervierte a las gentes más virtuosas.

Marechal no logró modificar la opinión de sus camaradas. El “Manifiesto” no fue, pues, publicado.

El problema de la Dictadura provocó, en otra ocasión, un desacuerdo. ¿Quién gobernará a Francia después del golpe de Estado? ¿Sería convocada la Convención? ¿Un dictador? ¿Un comité de hombres elegidos por los Iguales? Todos reconocían que era indispensable una autoridad firme.

Buonarotti afirmaba:

“Si respetamos al pueblo, que todavía es inconsciente, debemos recurrir a la Dictadura”.

Darthé se declaraba partidario de la autoridad de uno solo. Babeuf, que antes había tenido repugnancia por la dictadura, seguía conservando aversión por esa palabra. Se decidió confiar la autoridad a un comité revolucionario.

Babeuf tenía aún muchas cosas que descubrir. No poseía la experiencia de sus antecesores, ni los consejos que se aprenden en los libros. Vagaba en las tinieblas, impulsado sólo por un ardiente sentimiento. El Directorio Secreto aprobó cinco decretos elaborados por Babeuf y Buonarotti.

El decreto económico fue el más difícil de establecer.

Babeuf, espíritu amplio y perspicaz, no siguió a los partidarios de una simplificación excesiva de la economía. Sin embargo, su ideal seguía siendo la vida aldeana.

Proponía una marcada reducción de las ciudades, no sólo en lo que se refiere a sus dimensiones, sino también en el papel que desempeñan. En las ciudades estaba el mal. Las prostitutas, los artistas, los rufianes, los ladrones y los comerciantes ociosos se encuentran en las ciudades. Es preciso alimentar a París. Los trabajos marcadamente penosos o repugnantes deberán ser ejecutados por rotación. Todos deben inscribirse según el lugar de residencia o de trabajo. Se come en mesas comunes. Los trabajadores reciben lo que les es indispensable de ropa, alimento y utensilios domésticos. Sin permiso de la administración suprema no puede realizarse ningún tipo de transacciones. La Comunidad Nacional establece un censo de productos agrícolas e industriales que distribuye según las categorías. Los cálculos son lo esencial. Hay que administrar con la aritmética, no con la elocuencia de los diputados. El comercio de los ciudadanos con los comerciantes extranjeros está prohibido con pena de muerte. Este comercio es propio de la comunidad. La República nombra agentes para el comercio exterior. Ellos compran al extranjero las materias primas necesarias y venden el excedente de las necesidades de la comunidad. El dinero es abolido por interés del país. Las reservas de oro se utilizarán para el comercio exterior.

La población de la República se dividía, según el decreto de policía, en "ciudadanos" y aquellos que se designaban con el nombre de "extranjeros". Los ciudadanos que trabajaban con utilidad eran los obreros, los labradores, los artesanos y los soldados. El problema de los sabios planteó cierta dificultad. Se decidió inscribirlos en la categoría de "ciudadanos", pero

únicamente por recomendación especial de la comunidad. Los “extranjeros” estaban privados del derecho a entrar en las asambleas políticas y llevar armas. Podían ser internados en establecimientos penitenciarios por mala conducta. Las islas Marguerite, Honoré, Ré y Hyeres se convertían en campos de reclusión para los “extranjeros” sospechosos. Estas islas debían ser inaccesibles y separadas del resto del mundo.

Todo aquel que deseara imprimir algo debía disponer de los medios para publicarlo. Está prohibido publicar nada que atente contra los principios sagrados de la Igualdad.

¿Había que hacer extensivos estos derechos a las mujeres? Las opiniones divergían. Buonarotti y Marechal afirmaban que las mujeres no estaban preparadas todavía para la administración de los asuntos del Estado. Babeuf, por el contrario, mantenía la igualdad absoluta de derechos. Él conocía el heroísmo de la simple sirvienta.

El poder se entregaría al pueblo gradualmente. Primero, es necesario inculcar los principios de la Igualdad. Cuando la República se haya fortalecido, todos los ciudadanos-trabajadores serán convocados a asambleas electorales, de acuerdo con la Constitución del 93.

A veces, la elaboración de tal o cual decreto suscitaba duda entre algunos Iguales. ¿Era realizable? Antonelle, naturalmente, más que otros, expresaba sus reservas. Babeuf se indignaba.

—¡Cómo! ¿Por qué irrazonable? Ahora, ¿al final del siglo dieciocho?

Sin embargo, Babeuf también tenía miedo de que el pueblo no estuviera suficientemente preparado para la Sociedad de los Iguales. Consideraba, por consiguiente, particularmente importante la educación de los niños. Ellos comprenderían todo... La República, indudablemente, no puede confiar a los padres una tarea tan llena de responsabilidades.

Los niños entrarían en casas de educación. Allí se tendrían en cuenta tanto sus disposiciones como las necesidades del país. Se formarían maestros, cerrajeros, apicultores... El estudio de la Historia y de las leyes de la República fortifica el corazón de los adolescentes.

Las fiestas son útiles para la educación de los adultos. Apoteosis de los grandes hombres, juegos públicos, sermones de los celadores de la Igualdad. Sería conveniente instituir una fiesta que reemplazara la del bautismo. La presentación del recién nacido a la comunidad.

Hasta tanto los demás Estados no sigan el ejemplo de Francia y establezcan entre ellos la Igualdad, será necesario cerrar las fronteras. Salvo los agentes de la República, nadie debe cruzar las fronteras. Sólo se dejará entrar en Francia a los trabajadores que huyan de la esclavitud o a los héroes perseguidos por los tiranos.

Habiendo aprobado los proyectos de la nueva sociedad, el Directorio Secreto pasó a elaborar las medidas capaces de seducir a los ciudadanos que preferían una libra de pan blanco a la filosofía. ¿Qué pasaría al día siguiente del golpe de Estado? Inmediatamente, los habitantes de los barrios Antoine y Marceau se instalarían en casa de los ricos. Además, las ropas sacadas de los depósitos o de las tiendas particulares se distribuirían inmediatamente entre los pobres. Los bienes de los emigrados y de los otros enemigos del pueblo serían atribuidos a los defensores de la Revolución. ¡Hay que honrar al pueblo! Babeuf y Buonarotti están dispuestos a morir por la Igualdad, pero el pueblo quiere vivir. ¡Pues bien!, ahí están las cosas claras: los bienes de los aristócratas y también las camisas, las famosas camisas, para los irreductibles descamisados...

¿De qué manera, Babeuf, que había rechazado a Robespierre por el terror, llegó él mismo al terror? Quizá se había habituado simplemente a la Revolución. ¿No había estado hasta entonces casi siempre preso? Además, la Revolución, como se sabe, es generosa en todo, en ideas, en asignados y en sangre. En esos tiempos, un sistema filosófico, o incluso el menor proyecto de ley no triunfaba sin un cierto número de cabezas cortadas. Tal vez Babeuf había cambiado. En la prisión de Lyon, dos años antes, era un hombre vivo; hoy es el tribuno, el jefe del Directorio, el autor de decretos, el alma de la conspiración. Quizá los que le rodean también habían cambiado. Robespierre enviaba al cadalso a Chaumette, Clotz, Hébert. Eran heréticos, pero no eran traidores. Quizá el espectáculo de Teresa Tallien, del baile de las Víctimas, de los agiotistas del Palacio de la Igualdad, de la *Juventud Dorada*, del pérfido Barras y de todo el libertinaje de los últimos invitados al festín revolucionario, lamiendo el fondo de los vasos en fiestas que nunca acababan, tal vez estos espectáculos habían obligado al honrado Babeuf a escribir tantas veces la palabra “muerte”, “muerte”, “muerte”. Él se preparaba para un alto destino que había de transformar a la Humanidad. Sabía que para ello era necesario el sol, la fraternidad y, lo más amargo, el tiempo.

Como un médico enloquecido, recurría al remedio de prolongar la sangría.

Para los otros miembros del Directorio Secreto, a excepción de Buonarotti y Germain, el terror era, si no una profesión, por lo menos algo muy habitual. En otro tiempo, Antonelle había condenado a la horca a los girondinos. Debon había cantado las excelencias de la guillotina, y Darthé la había aplicado a los habitantes de Cambrai. El problema del “castigo de los traidores de la Revolución” (así llamaban los Iguales a las proyectadas ejecuciones) provocaba menos debates que los trajes de los obreros.

Naturalmente, el Directorio Secreto no se limitaba a redactar decretos. Se preparaba activamente para la insurrección. París estaba dividido en doce circunscripciones, y cada circunscripción tenía su agente revolucionario. Los agentes de barrio estaban en contacto con el Directorio por mediación de Didier, el agente de unión. Ellos ignoraban hasta el nombre de quien estaba a la cabeza de la conjuración. La composición del Directorio permaneció siempre en secreto.

Entre los agentes de barrio había militares, obreros, abogados y periodistas, todos probados patriotas, antiguos partidarios de Robespierre, adeptos ahora de la Igualdad. Babeuf sabía perfectamente dónde estaban sus amigos. Sabía que su mayor apoyo estaba en la circunscripción duodécima, en el barrio Marceau.

Babeuf pregunta al representante del barrio Marceau acerca del número de talleres y la disposición de los obreros. El representante, el ciudadano Moroy, le responde que hay dos tintorerías, una con ochenta obreros y otra con treinta. Todos, como un solo hombre, están consagrados a la causa de los Iguales.

Los comisarios mantenían la agitación, prometiendo las casas de los ricos y las camisas. Aseguraban el triunfo, se burlaban de la cobardía de Barras y de sus policías. Afirmaban que los nuevos bonos se venderían pronto al peso como los antiguos, que el Directorio estaba en connivencia con los realistas, que ya no había pan, que Bonaparte había sido vencido y que mil peligros amenazaban a la República. Decían la verdad. Algunas veces exageraban y otras mentían directamente. En las instrucciones que se facilitaban a los agentes revolucionarios se incluía la recomendación de sublevar a la población por todos los medios, incluyendo la difusión de noticias falsas.

Los agentes revolucionarios eran gente pobre en su mayoría. De vez en cuando, invitaban a los patriotas a la taberna, y allí, ante una botella de vino, cuando el corazón se entrega les preguntaban:

—¿Cómo anda vuestro taller? ¿Está dispuesto todo el mundo?

Los patriotas respondían:

—Sólo esperamos la señal.

Sin embargo, los agentes debían pagar el vino, y el Directorio Secreto no tenía un céntimo. La suma más alta que llegó a poseer fueron doscientos cuarenta francos. Babeuf despreciaba el dinero. No siempre podía satisfacer su apetito. Vivía en las tiendas de París, en un París arrodillado ante cualquier clase de dinero, aunque fueran bonos de pacotillas. No vivía en la quimérica sociedad de los Iguales. Los conjurados estaban obligados a sustituir el dinero con el heroísmo. Sin embargo, esto iba de acuerdo con el corazón de Babeuf; de Babeuf, sí, pero no de París.

Es preciso reconocerlo, los Iguales tenían fervorosos partidarios en todas partes. Dos oficiales de la Legión de Policía, de guardia en el Luxemburgo, le propusieron suprimir a los directores. Babeuf rechazó esta proposición, pues no era una revolución de palacio lo que quería, sino una insurrección popular. Envió nuevas instrucciones a los comisarios: ¡Aún más energía! ¡El recuento detallado de todos los patriotas! ¡Secreto absoluto! ¡Se aproxima la hora!

Sí, la hora se acerca, lo dicen los informes de policía, y también lo dicen los ojos de Babeuf, que no reflejan ni cansancio ni entusiasmo. Su pensamiento, al rojo, alcanza el punto de fusión donde es preciso vencer o morir. La enorme tarea está cumplida. En una estrecha habitación, perseguido por la policía, un hombre ha puesto en pie no sólo una conspiración que sucede a otras conspiraciones, sino que ha creado una nueva religión. Con las simplezas bucólicas del siglo XVIII, ha construido párrafos de decretos. ¡Mañana serán una realidad! Él enseñará que la Felicidad Común no es ni el lujo, ni las victorias militares, ni el ilusorio arte con que se divierte ahora el actor, el ciudadano Talma con el ciudadano Sansón, el verdugo. ¡No! ¡La Felicidad Común es la Igualdad! Ahí está su hijo Emilio. Ha trabajado todo el día. Ha podado los árboles frutales del jardín. Ha relatado a los jóvenes hijos de la República los primeros acontecimientos revolucionarios. Lleva en sus ojos la quietud aldeana, los juegos de los niños, el sol bienhechor que se aleja hasta el día siguiente y la fresca merced del reposo. Es feliz. Esa felicidad es digna de envidia. Es feliz porque es “igual”, porque su felicidad no cuesta a nadie sudor, lágrimas o sangre. ¿Cuándo será? ¿Es posible que exista sólo dentro de diez años? ¿Y Gracus, extenuado, verá también ese cuadro evocador?

La inquietud sucede al ensueño de un minuto. ¿Todo está dispuesto? Los informes de los agentes están llenos de esperanza. Ahora Babeuf casi no sale de su casa, pues toda la policía está movilizada. Desde su ventana no ve más que el cielo y los tejados. No ve París. Pregunta con avidez a sus amigos:

—¿Y bien? No, nada de informes... ¿Qué dice París?

¿Las calles, la multitud, las gentes? Los amigos contestan de modos diferentes. Después de un día de triunfo todo les parece maravilloso. “¡París hierve como el 31 de mayo!” Pero también hay días malos en los que aparece la laxitud.

Hoy, Buonarotti llega sombrío. Sin decir una palabra, estrecha la mano de Babeuf.

—¿Qué dice París?

Buonarotti, sin mirarlo, responde suavemente:

—A mi parecer, París no está con ellos, pero tampoco está con nosotros. Es indiferente.

Babeuf se estremece, y abraza a Buonarotti.

—¡No, no, eso no es posible! Yo conozco París. No puede inflamársele sólo con palabras; pero arderá entero cuando vea el coraje de los Iguales. Tenemos que ser apóstoles, no periodistas.

LA SUERTE DE UN DESVENTURADO

El 10 Germinal, a las cuatro de la tarde, Jorge Grisel, un joven oficial, abandonaba la Escuela Militar para ir a casa de su tía. Aunque hacía un sol de primavera, Grisel estaba de mal humor. Su situación no mejoraba. Nada de alegres juergas en el Palacio de la Igualdad. Se veía obligado a comer sopa de cebolla y a escuchar las quejas de su tía acerca de los vendedores del mercado. ¡Asaltantes que pedían treinta francos por una ristra de cebollas, como si las cebollas fueran piñas!

Su tía no le daba dinero. Tampoco era de esperar un ascenso. ¡Cuántos tenientes, hechos coroneles y hasta generales en un año! Al menos, esta bendita Revolución les servirá para algo... Sin embargo, él, Grisel, era capitán y nada más. ¡Sólo pensar que Bonaparte, el aventurero, había sido nombrado comandante en jefe! ¡Eso era una carrera! ¿Por qué él no tenía suerte? ¿Acaso no era él también un hombre sin escrúpulos?

Grisel caminaba a lo largo del puente de las Tullerías sin prestar atención a los árboles en flor, ni a las sonrisas de las damas elegantes. Su tía tendría preparada una cena triste.

Desde su más tierna infancia, Grisel soñaba con la gloria. Tenía envidia no sólo del ciudadano Tallien, sino hasta del ciudadano Sansón –pensaba que el verdugo no hace más que llegar al teatro y todo el mundo le señalaba con el dedo. –Además, Sansón gana mucho dinero y no está obligado a venir desde el otro extremo del mundo a la casa de una vieja estúpida por un plato de sopa.

Grisel era hijo de un sastre y pasó su infancia en la pequeña ciudad de Abbeville. Cuando cumplió los dieciocho años, le robó a su padre doscientos francos y se fue a París. Tuvo que ingresar en el ejército. La escuadra partía para Gibraltar, pero Grisel no tenía la talla necesaria y lo eliminaron.

Se produjo la Revolución. Otros ambiciosos se hicieron oradores, diputados, periodistas. Él siguió siendo sastre, hacía remiendos y cosía botones. Finalmente entró en el ejército, pero una vez capitán, se quedó allí. Un sueldo miserable, un uniforme gastado, las cenas en casa de su tía. Ésa era la vida de Jorge Grisel. Era normal que anduviera con un aire tan enfurruñado...

Alguien le llama de pronto. Es el ciudadano Meunier.

–¡Grisel!... Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Un año antes de la Revolución, los dos vivían en la misma habitación, ambos eran sastres. Los amigos se abrazan. Meunier invita a Grisel:

–Vamos a beber unas copas.

Grisel, que no recibe invitaciones muy a menudo, no reflexiona. Van al “Café de Ginebra”. Meunier pregunta:

–¿Y bien, cómo estás?

Grisel tiene amor propio. No se va a lamentar delante de ese pobre sastre de cuatro perras.

–No del todo mal, como ves, sirvo a la República. Mando el tercer batallón de la trigésima semibrigada.

Meunier se pone sombrío.

–Yo también, amigo, serví a la República. Seis meses después de Prarial. ¿No sabes? Estuve preso en Plessis con todos los patriotas. Servicio fiel, pero ningún galón. Verdaderamente la República es hermosa. Las personas decentes se mueren de hambre y los canallas nadan en oro. ¡Si pensamos un poco por qué hemos derramado nuestra sangre!...

La amistad pone de buen humor, también el vino.

Grisel no discute con Meunier. No entiende nada de política. Por si acaso, critica al Directorio. Es un juego seguro, ahora que todo el mundo lo ataca.

–¡Cinco charlatanes!...

El “Café de Ginebra”, como tantos otros, es un lugar donde se reúnen los patriotas. Todo el mundo conoce allí a Meunier, todo el mundo brinda por él. Naturalmente, Grisel también bebe. ¡Al diablo la sopa de la tía! Si uno no puede divertirse con hermosas mujeres en un restaurante caro, puede, por lo menos, emborracharse allí con obreros. Felizmente es Meunier el que paga.

Ofrecen café al oficial, que tiene tanto éxito como una mujer hermosa. Un tal Monnier, un maestro curtidor, es particularmente amable con él. A cada momento Monnier dice:

—El ejército vendrá pronto en nuestra ayuda.

¿Verdad, ciudadano?

Grisel apura un trago.

—Pues naturalmente.

Cuando sale del café, todo es un enredo: la tía y los patriotas, Monnier y Meunier. ¡Qué tribulación! Cuando llega a su casa se duerme inmediatamente. Al día siguiente le cuesta trabajo recordar la ruidosa velada del día anterior. Obreros... Se pone de mal humor. Ahora ya no es sastre, sino capitán.

No se piense que Grisel se ha hecho el delicado. Cuando algunos días más tarde, el ciudadano Monnier, su nuevo amigo, le dice al encontrarle: “Vamos a comer a casa”, no duda más que por guardar las formas.

¿Adónde iría? ¿Siempre a casa de esa condenada tía?

Monnier lleva a Grisel a su casa y le presenta a su mujer. Son gentes pobres pero hospitalarias. En la mesa hay salchichas y vino. Monnier habla con Grisel de patriota a patriota.

—¿Los soldados están dispuestos a apoyarnos?

—Están dispuestos.

En el fondo de su corazón, Grisel está desconcertado.

¿Qué mosca le ha picado? ¿No sería mejor hablar de mujeres? En este terreno no puede brillar con ninguna idea original. Casi no comprende lo que dice Monnier.

—¡Cómo! ¿Tú no lees los periódicos de Babeuf? Es vergonzoso para un patriota.

Grisel se justifica. El servicio, ese perro servicio.

Los jefes no perdonan nada, y él no tiene un minuto libre. Monnier le enseña el último número del *Tribuno del Pueblo*. He aquí la proclama al ejército.

—¡Admirable!

Grisel ha sentido un escalofrío al leer *“Matar cinco reyes”*. ¿Dónde está?, El juego resulta peligroso. Pero, ¿qué puede hacer? ¿Discutir? Monnier es mucho más fuerte que Grisel. Puede recibir una buena paliza. Así, pues, Grisel, solícito, le hace coro. Encantado de tener a alguien con quien hablar, Monnier no se detiene.

–¿Quién cerró el Panteón? ¿Quién violó la Constitución? ¿Quién mató a centenares de patriotas en las prisiones de Marsella? Siempre ellos. ¡Pero pronto arreglaremos nuestras cuentas!...

Grisel pregunta con inquietud:

–¿De qué forma?

–¿De qué forma? Muy sencillo, de la misma forma que con Capeto. Todo está listo. Ahora el Comité no tiene más que decir: “Fuego”, e inmediatamente, en fila a la izquierda: “¡Marchen!” ¿Comprendes?

Grisel no pecaba sólo por cobardía. También sentía una extraordinaria curiosidad. No resistió.

–¿Y quién está en el Comité? Monnier se echó a reír.

–¡Qué pregunta! Eso, amigo mío, no lo sé, nadie lo sabe, ni Carnot, ni los patriotas, ni los espías. Por eso es un “secreto”. Pero si quieres conocer verdaderos patriotas, te llevaré a los “Baños chinos”.

Monnier invita también a su vecino, el sombrerero Goveau. Los tres salen a la calle. Grisel intenta despedirse.

–Otra vez será... el servicio... Los patriotas le animan.

–¡Deja tu servicio! Vamos...

Grisel vacila. Sería interesante, desde luego, ver... Pero también tiene miedo de mezclarse en algún enredo. Es así como se va a la cárcel. Ese idiota de Monnier

ya había estado. Sin embargo, la curiosidad le vence. Grisel es presentado por Monnier y Goveau como un probado patriota. Grisel se limitaba a sonreír y mover la cabeza. Estaba atontado. Hasta ese día, siempre se había apartado de la Revolución. No frecuentaba ni los clubs ni las asambleas. Los rostros de los parroquianos de ese café lo intimidaban. Sofía Lapierre, como siempre, cantaba coplas patrióticas. Cuando oyó “Ha muerto el gran incorruptible..., ha muerto por la Revolución..., ha muerto por nosotros”, Grisel, involuntariamente, lanzó una mirada inquieta a su alrededor. ¡Vamos!

¿Estás soñando? Aquí se ensalza abiertamente a Robespierre como si todavía se viviera en el 93. Pensó escabullirse... Pero los cumplidos que le dirigían lo retuvieron. Su vanidad quedaba satisfecha. ¡Ah, por fin! ¡Aquí, por lo menos, le apreciaban! Uno de los patriotas, después de haber cambiado algunas palabras en voz baja con Monnier, le dijo:

–Has hecho bien en venir. Tenemos que establecer contacto con los soldados. Probablemente podrás ayudarnos.

Se trataba de Darthé, el amigo de Babeuf, Grisel no sabía quién le hablaba, pero contento de sí mismo, respondió:

–Muy bien, si tenéis necesidad de mí yo puedo ciertamente...

Darthé le enseña a Grisel el manifiesto de Babeuf al ejército.

Grisel, envalentonado, critica:

–No iréis muy lejos con esto. ¿Es éste un lenguaje de soldados? Esto es filosofía. A un soldado hay que hablarle en su mismo idioma. Tu Babeuf será un hombre inteligente, pero no cabe duda de que no sabe lo que es el olor del cuartel.

Darthé examina con la mirada a ese osado capitán. En el fondo de su corazón está de acuerdo con él. Muchas veces ha hablado con Babeuf sobre la utilidad de las palabras fuertes para la Revolución. Son mucho más útiles que todos los Rousseau del mundo.

–¿Y tú te encargarías de escribir algo que sirviera?

–Es que soy militar, no tengo dinero para imprimir chismes como esos.

–No te preocupes por esas cosas. Nosotros imprimiremos, tú redacta solamente. Sin duda serás una buena pluma.

Grisel no tiene fuerzas para resistir los elogios.

–¡Bien!, mañana, pasado mañana a más tardar, estará listo el manifiesto.

Cuando Grisel vuelve a la Escuela Militar se siente perplejo. Lo más prudente sería olvidarse del asunto. A pesar de lo que le habían dicho, era muy dudoso que su partido triunfara. Ellos creen que los soldados están con ellos pero, en realidad, los soldados juegan a las cartas, beben vino, se acuestan con mujeres y se ríen de la Revolución.

Si esto hubiera ocurrido tres años antes, seguramente Grisel los habría seguido. Entonces esos locos dirígían a todo el mundo. Pero nadie se lo había pedido. Y ahora, a otros... ¿Y si informara a su jefe? ¿Qué beneficio tendría? Ciertamente la policía no ignoraba que esos anarquistas se reunían en los “Baños chinos”. Otras cosas le preocupaban: el trajín del servicio, las deudas y la tía. Todo eso era muy fastidioso. Allá, al menos, habrá gloria. Entonces, ¿qué hacer?

Grisel reflexionó durante mucho tiempo. Finalmente decidió pedir consejo a su camarada Montyon.

—¿Ganar su confianza, quizás, y después denunciar todo el complot? ¡Seguro que le pagarían muy bien! ¡Entonces sí que harían una buena francachela!...

Montyon era un hombre prudente.

—Haz lo que te parezca, te prometo que si ocurre algo yo estaré a tu lado. Diré que tú me contaste todo inmediatamente y que sólo te mezclaste con ellos para vigilarlos.

Esas palabras tranquilizaron un poco a Grisel. Por otra parte, no estaba muy convencido de que el Directorio fuera más fuerte que los conjurados. ¿Y si, de pronto, los patriotas resultaban victoriosos? ¡De golpe lo nombrarían general, y quizá algo todavía más alto, comandante en jefe! Y si resulta que sólo son conversaciones, Grisel se dirigiría a quien correspondiera y Montyon lo apoyaría, según le había prometido.

Grisel recuperó su buen humor. Cogió unas hojas de papel y escribió toda la noche. El manifiesto estaba terminado a la mañana siguiente. Darthé quedó entusiasmado. “¡Qué buena pieza!” Efectivamente, Grisel había trabajado muy bien. No había una línea sin una palabra eficaz. Las ideas eran también muy de circunstancias. Era la “Carta de Francisco Libre, soldado del ejército parisiense, a su amigo el Terror, soldado del ejército del Rhin”. Comenzaba así:

“Estamos apurados, mi pobre amigo el Terror. Sí, estamos desesperados y sin recurso, si nos tragamos hasta el fin la píldora que nos han puesto en la boca...”.

Más adelante hablaba de París, “ese bello París del 93”.

Utilizando palabras fuertes, Grisel brillaba por su énfasis:

“tigres de pelo dorado, habrían estrangulado, desgarrado y devorado a vuestros padres, a vuestros amigos y hasta a la libertad...; cinco leones que han encaparazonado, adornados como mulas de Provenza... Todos juntos han quintuplicado la insolencia, la tiranía y el despotismo del difunto Capeto, su digno predecesor”.

El manifiesto fue impreso y entregado a Grisel para que lo repartiera. Grisel se encerró bajo siete naves e inmediatamente quemó todos los papeles. Sin embargo, continuó frecuentando a Darthé y Germain. Todavía vacilaba. ¿Quién triunfaría? Esperaba. Un día, Darthé le dio un sobre sellado.

A Grisel le temblaban las manos. Tiene un sello en forma de nivel de albañil. Lo abre. En el encabezamiento de la hoja está escrito: “Felicidad Común”. Jorge Grisel lee su nombramiento de agente militar del Directorio Secreto en el campo de Grenelle.

Desde luego hubiera preferido leer su nombramiento de comandante de la semibrigada. Pero a este respecto no hay nada que hacer. El juego continúa. Realiza sus funciones de agente militar. Envía al Directorio Secreto informes llenos de abundantes y prudentes consejos. Hay que hacerles la zancadilla a los generales y evitar a los jóvenes oficiales. Contribuir de todas las maneras posibles a la destrucción de la disciplina. Hablar más de pillaje. Saquear a los ricos es una causa santa. Los soldados no comprenden las frases sobre la igualdad, más vale no excederse sobre ese tema... Lo más importante es prepararse para el día señalado. La víspera de la insurrección hay que organizar bailes en las tabernas de las esquinas e invitar a beber a todos los soldados.

Aunque el Directorio Secreto aprobara sus gestiones, Grisel no está contento. ¡Siempre Babeuf! ¡Siempre la doctrina! ¡Siempre no sé qué Sociedad de los Iguales! No, indudablemente ha hecho un mal negocio. No son más que charlatanes. Se puede levantar al pueblo diciéndole: “saquea”. Eso resulta agradable a todo mundo. Pero ¿qué tiene que ver allí la Igualdad? Que cada cual saquee como pueda, es una cuestión de talento. Es imposible comparar al brillante Grisel con el oscuro Montyon, aunque los dos tengan la misma graduación. ¡Ese Babeuf seguramente se ocupa de contar los pájaros que vuelan! Grisel no tiene nada que hacer con papamoscas semejantes.

Y Grisel desapareció. Inútilmente lo esperaron los Iguales en los “Baños chinos”. Darthé está desesperado. Es justamente ahora cuando más necesitan a Grisel. El día de la insurrección se aproxima. El Directorio Secreto ha convocado una conferencia de agentes militares para elaborar un plan de acción. Y resulta que Grisel no está.

Un desconocido fue a la Escuela Militar.

–Soy pariente del capitán Grisel. Es indispensable que le hable inmediatamente...

No dejan tranquilo a Grisel. Es evidente que el destino quiere que se convierta en un héroe. Un mensaje: “Tus hermanos te esperan, D. T. H.”. El mensajero invita al oficial a seguirlo inmediatamente... Primero van a casa de Didier. Este dice: “Yo te guiaré.” Grisel siente un escalofrío. “¿Dónde?” Silencio. Calle Saint Honoré. Más lejos. La iglesia San Eustaquio. Doblan una esquina. ¿Cuál es esta callejuela? Es la calle Grande Truanderie. Allí es. Suben. Tercer piso. Un largo corredor.

Hay mucha gente en la habitación. Darthé y Germain reciben alegremente a Grisel. ¡Aquí está, por fin! Temían que estuviera preso. Abrazan al capitán. Él desconcertado, mira a su alrededor. ¿Quiénes son? Entonces avanza hacia él un hombre delicado, agotado, de ojos ardientes, un hombre que lo estrecha con ímpetu.

–¡Buenos días, amigo!

Es Gracus Babeuf. Dando muestras de devoción hacia los conjurados, Grisel se apresura a devolver el abrazo a Babeuf. Pero ya no tiene ninguna duda. Ahora sabe lo que tiene que hacer. ¿Este hombre, un jefe? ¡Imbéciles! ¿Acaso sabe hablar sin elegancia, maldecir, cerrar los puños, cruzar majestuosamente los brazos sobre el pecho? No es el Tribuno del Pueblo, ¡es un gorrión!

Además de los miembros del Directorio Secreto asistían a la reunión los agentes militares, los ex-generales Fyon y Rossignol y el ciudadano Massard.

Babeuf expone el plan de la insurrección. A la cabeza marcharán los generales. Se les podrá distinguir fácilmente por las anchas cintas tricolores que adornarán sus sombreros. Las campanas, las trompetas. Estandartes con las consignas: “Igualdad”, “La Constitución del 93 o la muerte”, “Felicidad Común”. El pueblo se apoderará de la tesorería, de las tiendas militares, de los depósitos de armas y de víveres. Los miembros del Gobierno serán sometidos inmediatamente a juicio. Las mujeres deberán persuadir a los

soldados para que no disparen sobre los obreros. Los patriotas fraternizarán con los obreros. El pillaje se castigará con la muerte. El pan será reconquistado de las panaderías. Se proclamará la autoridad del Comité Revolucionario.

Grisel escuchaba atentamente, temiendo que se le escapara una palabra. Rumiaba su plan. Pero una idea le perseguía sin cesar: ¿No le parecería a Babeuf que era un patriota demasiado ardiente?

–Propongo que una hora antes de la insurrección se incendien todos los castillos de los alrededores de París: Bellevue, Trianon, Meudon, etcétera. El Gobierno enviará, naturalmente, a las tropas para combatir los incendios y durante ese tiempo nosotros nos apoderaremos del Luxemburgo.

Darthé grita: “¡Bravo!”. Pero el general Fyon se pronuncia contra esa sugerencia. En los castillos hay muchos objetos preciosos. Babeuf apoya a Fyon.

–Los incendios premeditados serían un crimen contra la nación.

Grisel ya no se asombra. ¿No ha comprendido desde el primer momento que el gran Babeuf es un papamoscas y un simplista? Los conjurados se separan. Grisel quiere acordarse de la casa; sin embargo, teme que los otros se den cuenta de que se queda atrás..., cree que el número es el 27. Desgraciadamente está anocheciendo y ya no son visibles ni los nombres ni los números. El capitán Grisel no se interesa ahora ni de las cintas tricolores en los sombreros ni de la Constitución del 93. Sólo tiene una cosa en la cabeza:

¿Qué número es?...

Cuatro días más tarde el ciudadano Carnot recibía un misterioso mensaje. Un tal Cuermante solicitaba del Directorio una audiencia privada. Se trataba de la salvación de la República. Carnot respondió inmediatamente. Invitó al ciudadano Cuermante a que se presentase personalmente en su casa a las diez de la noche. A la hora señalada, en la gran antecámara del Luxemburgo entró un pequeño oficial enclenque. Miraba a su alrededor con desconfianza y al mismo tiempo sacaba el pecho con presunción.

Grisel comenzó así:

–Ciudadano Carnot, tengo la conjuración de los Iguales en mis manos.

DOS COBARDES

Alrededor de tres semanas antes del encuentro entre Carnot y Grisel, el Palacio del Luxemburgo había visto a otro conjurado entre sus muros. Pero esta vez no era un traidor, y Germain examinaba los fastuosos uniformes de los porteros no con terror, sino más bien con malicia. Las grandes escarapelas de sus medias le divertían particularmente. Pero ¿por qué se encontraba en el Luxemburgo un miembro del Directorio Secreto?

Los directores conocían, naturalmente, las actividades de los Iguales. Todo París las conocía. El ministro de Policía, el ciudadano Cochon no dejaba pasar un día sin presentar notas inquietantes. Los anarquistas se preparan... Cochon se entendía muy bien con Carnot. Los dos eran partidarios de las medidas enérgicas. Además de la protección de Carnot la seguridad que tenía de la victoria final de los realistas dictaba al ministro de Policía sus convicciones políticas. Convencional en su época, Cochon había votado la muerte de Luis XVI. Ahora trataba de redimirse de sus antiguos pecados. Los realistas le habían prometido el olvido si combatía a los patriotas. Cochon insistió: Hay que fulminar a los anarquistas. La mayoría del Directorio lo apoyaba. Sólo el conde de Barras tenía una opinión personal. No creía en Carnot ni en todos los agentes de policía. Temía a París. París, evidentemente, no estaba con el Directorio. Luego, París estaba con Babeuf.

Una lucha encarnizada empezó en el mismo seno del Directorio. Sólo el indolente Reubell apoyaba a Barras. Cochon arrojaba aceite al fuego. Sus informes relataban infaliblemente las burlas de los conjurados contra Carnot. Siempre omitían a Barras..., y éste sonreía orgullosamente. Era más astuto que Carnot, tenía amigos en todas partes, mantenía conferencias con los realistas. Hasta tenía relaciones con los partidarios del duque de Orleans. Todos los generales le eran fieles. Bonaparte, Hoche y Jourdan. Hasta esos anarquistas gritaban. "Muera Carnot", pero no decían nada de Barras. ¡Eso es lo que se llama ser un político prudente!

Una vez concluido el informe de Cochon, Barras desvía inmediatamente la conversación hacia otros temas. Las victorias de Italia o Madame de Staël –¡qué marimacho!

–Carnot grita. Larevellier, pérfido, hace alusión al aturdimiento de Barras. Es completamente imposible coquetear con todo el mundo a la vez. Pero no hay nada que hacer. Barras elude la conclusión. ¿Qué le aportaría la victoria al Gobierno? ¿La consolidación de Carnot? Prefiere esperar.

Por fin llegó a sus oídos que el héroe de Varennes, el diputado Drouet, tomaba parte en el complot. Entonces Barras perdió definitivamente la serenidad. Si Drouet estaba con Babeuf, un día u otro tendría que abandonar el Luxemburgo. Sobre la osadía y el espíritu lleno de recuerdos de Drouet, se tejían leyendas. No era más que un modesto jefe de posta cuando galopando de Saint-Merrehould a Varennes detuvo a los fugitivos coronados. Esa noche hizo célebre a Drouet. En la Convención había sido montañés, naturalmente. Hecho prisionero por los austriacos en la toma de Maubeuge, fue interrogado por Metternich. Drouet no dejó de atemorizar al conde con algunas frases tomadas del repertorio de los clubs jacobinos. Se encerró al prisionero en la fortaleza de Spielberg. Él no esperó la Revolución en Austria. Habiendo construido una especie de paracaídas, saltó por una ventana de la casamata. Se rompió una pierna. Cuando lo llevaron a su celda estaba moribundo. Sin embargo, sobrevivió. Era extraordinariamente robusto, fuerte y macizo. Permaneció más de un año en Spielberg. No fue un paracaidista ni los descamisados austriacos los que le devolvieron la libertad. Fue la gran diplomacia. A raíz de prolongadas conferencias, los presos fueron cambiados por la hija de Luis XVI que, después de la muerte de sus padres y de su hermano, había quedado cautiva. París recibió a Drouet como a un héroe. Los honores sucedían a los honores. Pero a pesar de todo, Drouet estaba descontento de París. Mientras él hacía la guerra y estaba preso, en la fortaleza todo había cambiado. Había dejado el París de los descamisados y había encontrado el París de Teresa Tallien. Se le hacían honores, pero no le abrían el camino. Arrastraba por las calles de París su pierna herida y su despecho. ¡Valía la pena el saltar por la ventana!

Cuando le dijeron a Barras que Drouet estaba con Babeuf, envió inmediatamente a uno de sus secretarios a buscar a uno de los Iguales, el joven Germain. Había que entenderse cuando todavía hubiese tiempo. Llevaron a Germain en un coche cerrado. Se le introdujo con precaución en el dormitorio de Barras. El conde no se decide a apostar abiertamente por Babeuf y quería ocultarle a Carnot su entrevista con el joven conjurado.

La conversación duró aproximadamente una hora. Sería más exacto decir que no fue una conversación, sino un monólogo. Germain guardaba silencio o pronunciaba palabras que no significaban nada. “Tal vez”, “Yo no sé”, “Tú lo sabes mejor que yo”.

—He oído decir que queréis derribar al Directorio. Es un error. Reflexiona. ¿Cómo pueden los patriotas estar contra mí? Comprendo que nuestro Directorio está lejos de ser un ideal. No era por eso por lo que luchábamos. ¿Valía la pena derrocar a Capeto para ver cuatro o cinco años después a los emigrados vengarse de los patriotas? Lo cierto es que las cosas son así. Yo soy el primero en indignarme. Nosotros no somos enemigos, Germain, somos camaradas. Nuestro propósito es derrotar a los realistas declarados u ocultos. Estoy rodeado de enemigos... Tú comprendes. Debemos concertar todas nuestras acciones. Cuando suene la hora yo iré hacia el pueblo. Mi lugar no está aquí, en el Luxemburgo, sino en medio de los obreros del barrio Antoine.

El conde siguió hablando largo rato aún sobre su devoción por la idea de igualdad. Germain se levantó al fin. Estaba apurado. Al despedirlo, Barras le dio un permiso permanente para entrar al Luxemburgo.

—Para cualquier cuestión, entendeos conmigo.

La misma noche, Germain participó al Directorio Secreto su entrevista con Barras. Babeuf aprobó el nombramiento de Grisel como agente militar. Él no conocía a Grisel, pero a Barras lo conocía perfectamente. Hizo una mueca de disgusto.

—¡Traidor! Derribó a Robespierre. Vendió a los héroes de Prarial. ¡Vil payaso! Se atreve a hablar de igualdad, después de Teresa, después de los negocios de Ouvrard, después de los bailes del Luxemburgo. Si no pudiéramos vencer más que con su ayuda, preferiría la derrota...

Todos estaban de acuerdo, de modo que Barras no recibió ninguna respuesta de Germain. Comenzaron semanas llenas de inquietud. ¿Qué pasaría si estaban no sólo contra Carnot sino también contra Barras?

La víspera del combate decisivo, dos hombres, en la noche, se agitaban con terror no sabiendo qué ruta seguir. Eran el capitán de la semibrigada 38, Grisel, y el ciudadano director Pablo Barras.

Grisel, que hasta hacía unos días no entendía nada de política, sabía ahora quién era Drouet, quién frecuentaba a Cochon, cuáles eran las simpatías de tal o cual director. Se había dirigido a Carnot, había lanzado un tiro certero.

Después de haber oído el relato detallado del traidor, que comenzó contando cómo iba a casa de su tía y terminaba en los incendios premeditados, Carnot se enterneció. Sin repugnancia estrechó la mano de Grisel. “¡Bravo, capitán!” Ordenó a Grisel que no se separase de los conjurados, que vigilase el lugar donde se reunía el Directorio Secreto, para poder sorprender así a todos los criminales de una vez. Carnot, ese hombre pálido de pequeños ojos apagados, ese calvo, triste y picado de viruelas, exultaba. ¡Ahora no sólo exterminaría a esa banda de chiflados, sino que, además, atraparía a Barras! Grisel tenía noticias de las conversaciones que los conjurados mantenían con el Directorio y naturalmente, ese detalle tan importante para los dos; no se lo había ocultado a Carnot. ¡Para Carnot era mucho más importante comprometer a Barras que detener a Babeuf!

¿Cuántas noches ha pasado Grisel reflexionando sobre la extraña conducta del conde y temiendo que Barras fuera más fuerte que Carnot?...

Carnot decidió convocar una sesión del Directorio a la cual no asistiría Barras. Esto no era difícil, ya que el conde siempre trataba de evadirlas. Era perezoso por encima de todo y las sesiones lo fatigaban, fundamentalmente en verano, cuando hacía tan buen tiempo.

Prefería ir de caza con Teresa a Rainsy o a Saint-Cloud. Pájaros, flores y amor. Barras no era peor que otros; él también amaba a Grecia, la vida sencilla y la leche caliente (esta última sólo en poesía). No había más que decirle: “Hoy no hay más que asuntos sin importancia”, e inmediatamente sonreía encantado y, pretextando un dolor de cabeza, se retiraba.

En la sesión de los cuatro directores se decidió agradecer a Grisel sus sentimientos cívicos y aprovechar sus indicaciones para arrestar a los conjurados, incluyendo al diputado de los Quinientos, Drouet. Como siempre, Letourneur no dejaba hablar a nadie y rugía:

—¿Qué importa que sea diputado? ¡A la guillotina! Carnot sabía que arrestar a Drouet y, sobre todo, hacerlo juzgar no era una tarea fácil. Suavizó el ardor de Letourneur.

—Ya veremos después. Lo más importante es apoderarse de los documentos comprometedores de los conjurados. Sin ello todavía serían perdonados... Tienen protectores importantes...

Todos callaron.

Reubell trató de hacerse el ingenuo.

—¡No es posible! ¿Dónde? ¿Entre los Quinientos? Lareveilliere se echó a reír. Reía chillando de una manera desagradable.

—No, aquí, en la vecindad.

El nombre de Barras no fue pronunciado por nadie. Se habló de cosas diferentes. ¿Era posible tener confianza en Grisel? ¿Cómo organizar las detenciones? ¿Sería necesario movilizar al ejército? De acuerdo con Cochon fue elaborado un plan. Sólo faltaba que Grisel facilitara la dirección.

Al día siguiente fue convocado Grisel. Escuchó las felicitaciones del cuarteto. Cenó en casa de Carnot. ¡Esto ya no era la casa de la tía! No fue únicamente el vino gubernamental el que se le subió a la cabeza. ¿Dónde estaba? ¡En el Luxemburgo! Por fin sus sueños de niño comenzaban a realizarse. ¡Qué candelabros! ¡Qué cristales! El presidente del Directorio le habla con familiaridad. Lo ha comprendido. Mañana será ascendido a general. No es sólo Bonaparte quien tiene suerte... Grisel adula a Carnot. “La Revolución estaría perdida sin usted.” Feliz, Grisel sonreía. “Mi ascenso está asegurado.” Prometía al director: “Mañana sabré la dirección con exactitud...”. Sin embargo, había que salir de las habitaciones de Carnot. Su reciente entusiasmo se trocó en terror. En la escalera, vio el brillo de un sable y estuvo a punto de desmayarse. Un portero lo sostuvo a tiempo.

¿Y si hubiera sido Barras? Una idea angustia a Grisel. Barras lo persigue, Barras lo hará matar. Se arrepiente ya de haber tratado con Babeuf y también de haber tratado con

Carnot. ¡Las cenas de la tía eran mucho más tranquilas! Ese cobarde, sin comprender bien lo que hacía, había caído en la arena de una lucha revolucionaria que estaba a punto de estallar. Debía temer al Directorio. ¡Bonita situación!

Y Grisel desapareció. Carnot lo esperó tan inútilmente como lo había esperado Darthé. Carnot empezaba a preguntarse si Grisel no le habría engañado. Quizá habría vuelto al bando de los conspiradores.

En realidad, Grisel, después de la cena con Carnot, había ido a la cena de Darthé. Se esforzó, a pesar de todo, por demostrar ardor.

—Lo principal es organizar bailes en las tabernas y emborrachar a los soldados. El Directorio Secreto no tiene dinero. Pero yo he pensado en todo. Mi dinero (treinta y cinco mil francos) está en Abbeville, en casa de mi hermano. Ya he escrito para que me lo envíe. Además, ¿nunca te hablé de mi primo? Es Popricout, notario aquí, en París. Es rico como el diablo y Realista, naturalmente. Muchas veces me ha ofrecido dinero para que me vista.

— “Es imposible que salgas así a la calle, pareces un descamisado en vez de un capitán.”

Naturalmente, siempre he rechazado su ofrecimiento, pero ahora le pediré diez mil francos como si fuera para comprarme un uniforme. Hay ya cuarenta y cinco mil. Con eso se puede pagar la bebida de todo un escuadrón. En resumen, yo respondo del campo de Grenelle.

Al final, Darthé le dice:

—Ven esta noche a una sesión decisiva. Dentro de tres días atacaremos. Hay que preparar los detalles. Ven a las ocho. Es en la calle Saint-Honoré 90, encima de una perfumería.

Grisel, temiendo que Darthé sospeche, pregunta tímidamente:

—¿Y encontraré el sitio? Es que no sé de quién es la casa.

—La encontrarás. Es el apartamento de Drouet.

El mismo Grisel no está satisfecho de lo que ha preguntado. No había cesado de soñar con descubrir el lugar donde se reunían los conjurados. Ahora tiene la dirección en sus manos. Sí pero es la casa de Drouet. Drouet quiere decir Barras. Barras ya lo sabe todo. Barras lo va a matar.

Carnot volvió a ver a Grisel por fin. El capitán se mantenía con grandes dificultades sobre sus piernas.

—¿Qué tenéis? ¿Estáis enfermo?

—No, ciudadano director. Solamente estoy cansado.

Todo el tiempo de pie cumplo con mi deber. En casa el diputado Drouet esta noche. Tenéis que llegar por sorpresa... Yo estaré también.

Reubell ha tenido tiempo de prevenir a Barras de la denuncia de Grisel. El “Amigo de los patriotas” no tenía prisa en ir al barrio de Antoine a unirse con los obreros para salvar la República. No, lo había calculado todo rápidamente. Carnot había sido más astuto que él. Era inútil que Drouet estuviera con

Babeuf. Grisel estaba con Drouet. La partida de los conjurados estaba perdida. Había que salir de esto. Ese Carnot conocía sin duda la visita de Germain.

En la primera sesión del Directorio, sin esperar el ataque de Carnot, Barras, rojo de ira y de miedo empezó a gritar inmediatamente.

—¡Lo sé todo... Yo también estoy contra los anarquistas... ¿Quién cerró el Panteón? Estoy rodeado de intrigantes. Muy bien, estoy dispuesto a aceptar el desafío; iré ante la Asamblea. No tengo nada que ocultar. Actúo siempre abierta y francamente...

Durante largo tiempo se disculpó, juró fidelidad a sus colegas, amenazó con una escisión, con una dimisión, con un escándalo... Reubell naturalmente le apoyaba. Letourneur hizo ademán de proponer una investigación, pero el mismo Carnot era partidario de un acuerdo.

Aun sin escisión, aguardaban horas penosas al Directorio. ¿Quién sabía cómo recibiría París la noticia de Babeuf? Hay que convencer a los diputados para que entreguen a Drouet. Se acusa a Barras de inteligencia con los jacobinos. Pues bien, que arresten a sus secretos amigos. Es más seguro y más eficaz. ¡Que todos se alejen de Barras! Entonces le corresponderá a él, a Carnot, restablecer el orden.

Y Carnot tranquilizó a Barras.

“¿Para qué tantas palabras amargas? Aquí todo el mundo tiene confianza en él y todo el mundo lo estima.”

Larevelliere reprimió una sonrisa.

Sin embargo, Barras no podía tranquilizarse. ¿Y si llegara a saberse que ha propuesto una ayuda militar al general Rosignol o que ha dado a Germain un permiso para entrar en el palacio? Barras, nervioso, mira constantemente su reloj. Pronto serán las nueve... ¡Van a apuñalarlo cuando menos lo piense! ¿Qué ocurrirá?

Y Grisel camina por la calle Saint-Honoré. Se vuelve a cada paso, le parece que el ciudadano Barras le sigue.

FALSA ALARMA

Los Iguales supieron que los montañeses, diputados en desgracia, termidorianos desengañados de sus ilusiones relacionadas con el Termidor, se preparaban también para la insurrección. Tenían como enemigo común al Directorio, pero sus propósitos eran diferentes. Los montañeses eran partidarios de la vieja Convención, de la lucha contra los realistas del Terror, del retorno a las leyes, a las prácticas y hasta a las canciones del 93. Las ideas de Babeuf les parecían divagaciones. ¿En la Constitución “descamisada del 93” no era proclamado sagrado el derecho de propiedad? No eran filósofos ni reformadores, eran sólo asiduos de los clubs jacobinos, ociosos ahora. Los dirigía Drouet. Éste no olvidaba los dos años que había pasado en la fortaleza. Lo seguían Javogues, Huguet, Ricord, el general Rosignol, todos demasiado honestos para concebir a Carnot, ese jacobino, haciendo detener a los descamisados, o bien demasiado orgullosos para ceder tranquilamente el puesto a otros y volver a sus pequeños comercios o a sus legajos de notarios.

Babeuf y sus amigos trataban sin demasiada confianza a los montañeses. ¡No son verdaderos demócratas! Los Iguales honraban la memoria de Robespierre. Entre los ex-diputados, al parecer, no había ninguno que no hubiera ultrajado después del Termidor al “tirano caído”. Sin embargo, los sentimientos no tienen gran importancia en política y los Iguales entablaron conversaciones con los montañeses.

Drouet o Ricord no tenían ninguna ideología, de manera que permanecían mudos ante los razonamientos de Babeuf. No obstante, creían firmemente que los campesinos franceses no darían jamás sus tierras por el bienestar común. Acerca de los decretos de Babeuf, tan lógicos y tan simples, era difícil discutir, ¡pero que Babeuf trate de decir a Pedro o a Pablo que sus huertas pertenecen a la comunidad!... Los montañeses escuchaban con tranquilidad las declaraciones de los Iguales. ¡Que se diviertan! Les preguntaban otra cosa. ¿Quién entraría en el nuevo Gobierno? Los Iguales reclamaban la autoridad de los pobres diablos, de los labriegos, de los obreros, de los artesanos... Sobre este punto los montañeses fueron irreductibles. Querían el poder para ellos. No tenían más que una consigna: “¡Viva la antigua Convención!”.

Babeuf estaba indignado.

—No podemos hacer concesiones. ¿Vale la pena luchar tanto para que Francia sea gobernada por esa Convención que Robespierre llamó justamente “asamblea de asesinos”? No, esa gente ya ha probado al poder, han humedecido sus labios en la copa, están envenenados. Hacen falta fuerzas nuevas, descamisados; no políticos, sino el pueblo.

Sin embargo, los Iguales tuvieron que hacer concesiones. En un consejo celebrado con los montañeses se decidió restablecer la Convención, pero complementándola con descamisados experimentados, a razón de uno por departamento.

La sesión decisiva, la última, debía celebrarse en casa de Drouet. Massard presentó el plan de la insurrección, aprobado por el Directorio Secreto, en el barrio Antoine, barricadas. Si el Gobierno recurre a los soldados de los cuarteles de Vincennes, estos no podrán avanzar. El Luxemburgo tiene salidas subterráneas. Es preciso evitar que los directores se escapen. Apoderarse de la colina de Montmartre. En caso de resistencia puede bombardearse desde allí a los aristócratas, y en el supuesto de una derrota sería el punto de reunión. Formar un puente de barcas que una los barrios de Antoine y de Marceau. Las mujeres y los niños irán delante para que los soldados no disparen.

¿Qué día elegir? ¡Ay!, numerosos patriotas respetaban la vieja costumbre del domingo. Lo mejor sería que un domingo coincidiera con un decadi. Entonces todo el mundo estaría en las calles.

Los conjurados contaron sus fuerzas: cuatro mil revolucionarios, mil quinientos miembros de los antiguos comités, tribunales y comisarios, mil artilleros y cañoneros, mil oficiales destituidos, mil revolucionarios de provincias temporalmente en París, mil quinientos granaderos del Consejo de los Quinientos, quinientos soldados arrestados, seis mil miembros de la legión de policía, mil inválidos. En total sumaban diecisiete mil quinientos hombres. Esta cifra alegra a todo el mundo. ¡Diecisiete mil quinientos! Además, Grisel se apresuró a añadir:

—Sumad todo el campo de Grenelle. No trabajé mal del todo allí. Soldados y oficiales, todos están con nosotros...

Se dividió el ejército insurgente en tres grupos. El objetivo era abrirse paso hasta los campos de Grenelle y Vincennes. Allí unos ocho mil hombres se unirían al movimiento. Si la suerte les volvía las espaldas, construir barricadas, arrojar agua hirviendo y vitriolo a los agentes de la represión y lapidarios. Se agregó: proveerse de piedras.

De pronto se oye un ruido de cascos en la calle. Soldados. Massard se precipita hacia la ventana e intenta levantar la pesada celosía. Drouet se lo impide. Lo van a ver. Un minuto interminable. Finalmente, el dueño de la casa, que ha pasado a una habitación oscura, grita: "Se han ido". Falsa alarma, era la patrulla acostumbrada. Todos ríen y hacen bromas. Todos, excepto Grisel. Para él, el peligro no ha pasado, empieza. ¿Por qué no llega la policía? ¿Será posible que Barras resulte vencedor?

La asamblea discute ahora sobre los medios de asegurar el abastecimiento de París después de la victoria. Grisel languidece. Nueve y media, diez. ¡Nadie! Ya se levantan los conjurados y dicen adiós. Son cerca de las once, y después de las once las patronas detienen a los transeúntes. Babeuf no tiene ningún pasaporte. Darthé le da el primer papel que encuentra. Drouet propone a todos.

–Quedaos, vamos a beber una botella de Borgoña. Pero los conjurados rechazan la invitación. ¡No es momento de pensar en vinos! Sólo se queda Darthé. Tiene que hablar con Drouet sobre las fuerzas de que disponen los montañeses. Grisel se va con todo el mundo. Se despide pronto y vuela al Luxemburgo. ¿Qué ha ocurrido?

Carnot le mira sin comprender.

–Habéis dicho a las once...

–¿Yo? Dije a las nueve.

–Ahora Cochon estará esperando allí.

–Pero no encontrará a nadie. Dad contraorden. Después de esta alerta redoblarán su desconfianza... ¡Pronto, ciudadano director!...

Carnot envía un correo con una orden. El hombre espolea a su caballo.

Demasiado tarde. El ciudadano Cochon entra ya en la casa que habita Drouet. Toda la plaza de Bedome está llena de jinetes. Los vecinos miran. ¿Qué es este despliegue de tropas? ¿El enemigo? ¿Los realistas? ¿Una insurrección? Cochon fuerza la puerta, está dispuesto a hacer fuego o a echar mano de su sable. Ve al diputado Drouet en zapatillas, que tranquilamente saborea Borgoña con un paisano. Drouet se levanta. Ruge de indignación.

—¡Los austriacos eran más corteses conmigo! Forzar de noche el domicilio está prohibido aún por vuestra Constitución. ¿Además, habéis olvidado, quizá, ciudadano Cochon, que soy diputado?

A Cochon no, le queda otro remedio sino inventar una estúpida historia y, después de haber pedido perdón, alejarse con todos sus soldados, sus jinetes, su instrumento guerrero y la orden del Directorio en el pecho.

Carnot y Grisel se acusan mutuamente. Ahora el presidente del Directorio y el pequeño oficial han olvidado las diferencias de rango. Ambos gritan: “No lo he dicho”. “Sí, lo habéis dicho.” “Nueve.” “Once...” Babeuf se ha dormido. Por la mañana, Darthé lo despierta.

—Han ido a casa de Drouet. Hemos tenido suerte. Acabábamos de separarnos... ¿No será una traición?...

—¿Quién no estaba allí? ¿Germain? Sí, pero conozco a Germain. Germain no es un traidor. Se trata con toda seguridad de una casualidad. ¿Habéis convenido el día? Has hecho bien en despertarme. Hace tres horas que duermo y tengo que trabajar. El tiempo no espera. Debo terminar el decreto económico, el sistema de repartición de las fuerzas obreras... Que todo esté dispuesto para la hora de la victoria.

—¿Y si fuéramos traicionados? ¿Y si nos detuvieran antes del día fijado?

—Estás fatigado, Darthé. Dices tonterías. Debemos vencer y venceremos.

PARÍS SE CALLA

Grisel sintió un escalofrío al ver a Darthé. ¿Se lanzaría sobre él gritando: “¡Eres tú!” y lo mataría. Pero Darthé le saludó amistosamente y le invitó a café. Examinaron el medio de atraer a los soldados al partido de los conjurados, a los soldados del campo de Grenelle. Darthé convocó a Grisel a una reunión.

–Creo que es más seguro de día. Por la noche hay patrullas por todas partes. Nos reuniremos mañana a medio día. Es evidente que siguen a Drouet. He encontrado un lugar maravilloso. Es en la calle Papillón.

Grisel, observando una pausa conveniente, preguntó luego, disimulando su emoción con un bostezo.

–¿En casa de quién? Es decir, ¿dónde?, ¿qué número? Darthé había cometido no pocas imprudencias. Había metido a Grisel en la conjura, lo había hecho nombrar agente militar y, por último, le había indicado el apartamento donde se ocultaba Babeuf. Ahora, sin embargo, algo le detiene. Contrariado dice.

–¿Por qué quieres saber todo por anticipado? Ven a mi casa a las once. Estaré allí. Iremos juntos.

Naturalmente, Grisel no insistió. ¡Mal negocio! Si pudiera descubrir al menos la casa de Babeuf. Va a la calle Grande Truanderie. Trata de recordar la casa a donde le llevó Didier. Es aquí. Parece... No, había una gran puerta.

¿Aquí? Tal vez, y quizás allí también... ¡Que el diablo se los lleve! ¡Todas las casas parecen iguales! Y además estaba oscuro... Grisel frunce el ceño y suspira melancólicamente. De pronto aparece Didier.

–¿Qué casualidad que estés tú por aquí?

–Hay por aquí un zapatero que me hace botas...

Su voz se apaga. Solamente un criminal detenido por un policía puede hablar así. Didier lo va a detener. Didier, sin embargo, está muy lejos de sospechar.

–¡Ah! ¿Estás afónico? Es difícil enseñarle teoría a los soldados. Sí, vamos, entremos en esta tasca, te invito a un trago. ¡Eso sí que es bueno para la garganta!

¡Salvado otra vez! Grisel bebe con entusiasmo por la victoria. El resto del día lo pasa vagando por la ciudad con la esperanza de encontrar dos números, el de la calle de Papillón y el de la casa de la calle Truanderie. Pero ¿cómo saberlos? Grisel se aflige por cualquier cosa...

En el Luxemburgo reina una gran inquietud. Durante toda la tarde, los ciudadanos directores han prestado oído con inquietud a los menores ruidos de pasos. ¿Vienen? ¿No vienen? Ahora su suerte está en manos de un sospechoso capitán. El peligro los ha reconciliado a todos. Carnot no se pelea ya con Barras. Los directores intentan distraerse con novedades políticas.

Delacroix dice que Rusia concentra sus ejércitos en las fronteras de Finlandia. Los suecos están muy inquietos. Es muy probable que se produzca una guerra allí.

—¡Ah! Sería un buen negocio para nosotros. Que se peleen entre ellos. Por otra parte, Catalina siente una gran simpatía por nosotros.

—Dicen que hasta el heredero, ese tal Pablo Petrovich, es un jacobino. En todo caso, vino a Francia de incógnito y estaba de nuestra parte.

—Y en Italia, ¿qué tal andan las cosas?

—El rey de Cerdeña está dispuesto a ceder Tortonia. Bonaparte trabaja...

—Pero ¿cómo es posible que no esté aquí todavía? Ya son más de las diez.

—Quizás lo han matado.

—O bien, ha interpretado el papel aquí para facilitarles el trabajo.

—¡Nada brillante!

Grisel llegó después de las once y llegó con las manos vacías. Las casas no tenían números. Había, sin embargo, una esperanza.

—Mañana, a eso de las diez, estad listos. Colocad policías por todas partes. Vestidos de civil, naturalmente. No es difícil descubrir a los conspiradores, pero eso no es suficiente. Probablemente Babeuf no irá, me lo ha dicho Darthé. Y, además, en las asambleas no hay documentos. Y en casa de Babeuf los hay a montones. Yo mismo los he visto. No es una casa, sino una cancillería. Es indispensable conocer el número de la casa de Babeuf. Grisel oscila fácilmente de la humildad a la insolencia. Ahora sentía que esa gente dependía de él. Trataba de disimular con una postura rígida su corta estatura.

—En resumen, ciudadanos directores, ¡no tengáis miedo! ¡Podéis contar conmigo!

Grisel reflexionó durante toda la noche. Por la mañana su plan estaba trazado. Fue esa una noche sin sueño para muchos. Babeuf redactaba un proyecto de “Manifiesto al pueblo vencedor”. No podía terminar. Corregía palabras, paseaba por la habitación, escribía de nuevo. Carnot también trabajaba. Tranquilizado por Grisel, el presidente del Directorio firmaba órdenes de arresto. Tenía la mano cansada. Había firmado 245 órdenes de arresto en la noche.

“Libertad, Igualdad”, estaba impreso en la parte superior de cada hoja. Sin embargo, el ciudadano Carnot no leía estas palabras. Estaba habituado a ellas. La hoja sobre la que estaba escrito el nombre del secretario particular de Barras, el ciudadano Luis Bruto, la firmó con un placer especial. El tal Bruto no tenía ninguna relación con los Iguales. Se decía de él que después de las sesiones del Directorio robaba los cabos de las velas. Pero Cochon había puesto a Bruto entre los partidarios de Babeuf para molestar a Barras. Y Carnot sonreía. ¡Que se enfade un poco! Sabía perfectamente que Barras, atemorizado, no intervendría en favor de su secretario. Barras sería capaz de dejar arrestada hasta a su Teresa con tal de salvarse.

Por la mañana, Grisel fue a casa del ciudadano Clercx, donde Babeuf vivía anteriormente. Sabía que Clercx le remitiría las cartas a Babeuf. Hizo el borrador de un mensaje.

¿Sería posible organizar hoy una sesión de agentes militares y sus suplentes? Grisel temía que estos últimos tuvieran dudas todavía sobre la fuerza de la organización. Agregó una posdata. “He olvidado el número de la calle Papillón donde se ha citado la asamblea.” Rogó inmediatamente a la ciudadana Clercx que llevara ese mensaje a Babeuf. No se decidió a seguirla para ver adónde iba. Confió esa misión a uno de los agentes. “Una mujer entre cuarenta y cincuenta años va a salir en seguida, irá por el lado del mercado de Trigos. Seguídla.”

Grisel, en su turbación, había indicado a Carnot una hora equivocada para la asamblea en casa de Drouet. Ahora se había equivocado nuevamente. Había apostado al policía ante otra casa. Éste permaneció allí y esperó. No había ninguna mujer. Al final, se cansó y se fue. Viendo que estaba perdido, Grisel decidió jugárselo todo. El miedo le había dado valor. Corrió a la vivienda de Clercx.

—¿No ha vuelto vuestra esposa? ¡Qué desgracia! Tengo un asunto urgente. Yo mismo iría a casa del ciudadano Babeuf, pero he olvidado el número. ¡Qué tontería! He ido mil veces y no me puedo acordar del número. Es que después de las fiebres mi memoria flaquea.

Clercx le consoló.

—Yo tampoco sé el número. Pero encontraréis fácilmente la casa. Torciendo por la calle Verderet, es el primer número. Una puerta falsa...

Grisel se fue. Volvió al cabo de una hora. Seguía necesitando el número de la calle Papillón. Tomó la respuesta de manos de la ciudadana Clercx. Babeuf proponía a Grisel que no ampliara el círculo de sus reuniones. ¿Para qué iniciar a tanta gente en los asuntos del comité?... Esta parte de la carta no interesaba a Grisel. En cambio, en la posdata, Babeuf le daba la dirección exacta de la casa del ciudadano Dufour, calle Papillón donde tendría lugar la reunión.

¡Victoria! Grisel entrega las dos direcciones al general vestido de civil. Y él se dirige, no a casa de los ciudadanos directores, sino a la de su tía. Hoy prefiere la sopa de cebolla a todos los manjares de Carnot. ¿Y si los conjurados opusieran resistencia? ¿Quién sabe?

En casa de la tía estará más tranquilo. Cuando se sepa claramente quién ha vencido, él se mostrará a plena luz.

La detención de Babeuf había sido confiada al ciudadano de Ossonville, inspector general de policía. Una sola cosa había hecho célebre a ese Ossonville. Sabía, contra honesta recompensa, borrar de la lista de emigrados cualquier nombre. Para dispersar los grupos de desocupados, era un maestro. Carnot, de acuerdo con las indicaciones de Grisel, había establecido un plano exacto del apartamento donde se ocultaba Babeuf. La operación había sido cuidadosamente planeada. Había que detener al Tribuno del Pueblo sin escandalizar demasiado. La calle de la Grande Truanderie no estaba lejos del Mercado. Era un barrio muy popular. Todo el mundo conocía y amaba a Babeuf. No le entregarían. Carnot tuvo la idea de hacer difundir, por medio de un agente, la noticia de que había sido detenida toda una banda de ladrones.

Los agentes se ponen inmediatamente en acción. Comienzan a urdir las historias más inverosímiles en el Mercado, en las tabernas vecinas, en las calles... ¿Recordáis que desvalijaron a la viuda Lucien? ¿Y la tienda de la calle Verderet? ¡Pues bien, eran los mismos bandidos siempre! Dicen que son extranjeros, belgas, según parece. ¡Vaya usted a saber!... Afortunadamente los han pescado...

Los agentes, algo más listos, habían pronunciado discursos patrióticos.

—¡Al fin, ya era hora de que se detuvieran a los bandidos! ¿A quién se arresta siempre? A la buena gente, a los patriotas y a los obreros. Y los ladrones están en libertad, sólo se oye hablar de ellos. Ya es hora de entrar en razón.

Todo parecía listo. A una cierta distancia, compañías de infantería y pelotones de caballería estaban disimulados. Sin embargo, el ciudadano Ossonville recorre la ciudad. Las leyes existen a pesar de todo. Un magistrado debe acompañar a la policía. Va a casa del ciudadano Lefrançois. El juez de paz de la sección de Bruto.

—Os ruego que asistáis a un arresto.

—¿De quién?

—¿Qué os importa? Al arresto de criminales, de anarquistas. Por orden del Directorio.

El ciudadano Lefrançois es un buen hombre. No es un conjurado, pero tampoco es un Grisel. Responde indignado:

—¿Queréis que tome parte en la detención de un patriota? ¡Jamás!
¡Antes presentaré mi renuncia inmediatamente!

No hay tiempo para discutir. Ossonville se dirige a otro juez de paz, el de la sección del *Contrato Social*.

—¿Arrestar patriotas? Perdón... no me es posible, estoy enfermo. Tengo crisis cardíacas.

—Algo más que eso... el juez de paz de la sección del Buen Consejo.

—Tenéis la obligación de acompañarme. La calle de la Grande Truanderie está situada en vuestra sección.

–¡Por nada del mundo! Podéis quejaros de mí, exonerarme, todo lo que podáis imaginar, pero no iré con vos.

Finalmente, Ossonville encontró un hombre obediente. Aunque, a decir verdad, no era un juez, sino un comisario de policía de la sección de Bruto. La conversación fue breve con él.

–¿Estáis dispuesto?

Once de la mañana. Los conjurados se dirigen a casa de Dufour, en la calle Papillón. Los policías se esconden en los patios vecinos. Babeuf y Buonarotti no asisten a la reunión. Babeuf no sale durante el día. Todos los policías le reconocen.

Babeuf termina el manifiesto “al pueblo victorioso”. No oye nada.

Ossonville ha dado órdenes para que los caballos se detengan en la calle Verderet con el objeto de no dar tiempo a los conjurados para destruir sus papeles. Sube silenciosamente la escalera.

Un toque de campanilla. La dueña de la casa, la ciudadana Tissot, es quien acude a abrir.

–¿Vuestro marido está en casa?

–No, ha salido.

Rápidamente Ossonville aparta a la mujer y corre corredor adelante. Una puerta a la izquierda. En la habitación están Babeuf, Buonarotti y Pillé, el copista de Babeuf. Babeuf escribe. Al ver a los policías se levanta, sosteniendo aún la pluma en la mano. Ha tenido tiempo de escribir: “Pueblo triunfador”... “Liberado y victorioso. Entrégate sin miedo a tus impulsos, tus amos ya no existen.” Ossonville ordena.

–¡A las ventanas!... Estáis prisioneros. En caso de que intentéis resistiros o destruir documentos, doy orden de disparar.

Babeuf, pensando todavía en las sonoras palabras, manifiesto “al pueblo victorioso”, dice melancólicamente:

–Se acabó... La tiranía vence...

Luego, fuera de sí, le grita a Ossonville:

–¿No te da vergüenza? ¿Por qué obedeces a tus amos como un perro?

Ossonville responde orgulloso; está rodeado de sus subordinados.

–Obedezco a un gobierno elegido libremente por el pueblo y os ruego que no discutáis conmigo.

Se han recogido los papeles y están bajo la vigilancia de los centinelas. Pero ¿cómo sacar a los prisioneros? ¿Y si las gentes reconocieran a Babeuf? La calle está invadida por el pueblo. Todo el mundo adora aquí a Babeuf. Sin embargo, nadie sabe que se encuentra en esa casa, ni que está detenido, ni que se lo van a llevar inmediatamente en ese coche. Los espías gritan:

–¡Bravo! ¡No dejéis escapar a esos ladrones, a esos asesinos! Han encontrado una gran cantidad de dinero...

Los policías más altos rodean a Babeuf, lo arrastran y lo arrojan al fondo del vehículo. ¡La farsa está representada! Nadie ha reconocido al Tribuno del Pueblo. Buonarrotti intenta gritar, pero los rugidos de los policías tapan su voz.

–¡Ladrones! ¡Bandidos! La multitud corea:

–¡Mueran los asesinos!

Los presos son conducidos a la prisión de la Abadía con una segura escolta. Pronto otros coches llegan a la puerta de la cárcel. Son los conjurados que han caído en la calle Papillón: Drouet, Darthé, Germain, Ricord y Didier. Por la tarde, todas las celdas están repletas de detenidos.

Carnot redactó un manifiesto “a todos los ciudadanos de Francia”. Decía que había sido descubierto un criminal complot, que Babeuf y sus secuaces soñaban “con un saqueo general y las más terribles masacres”.

Grisel, después de haber dejado a su tía, se dirigía al palacio del Luxemburgo como triunfador.

Todos los ciudadanos directores le felicitan. Hasta Larevelliere se olvida de su habitual ironía.

–No sabemos cómo recompensar vuestra hazaña. Grisel se hace el remilgado. Enseña su corazón.

–Mi recompensa está aquí. Hace una declaración de amor a Carnot.

–Os soy fiel como la hiedra al roble.

El “Roble” guiña sus minúsculos ojillos y palmea tiernamente el hombro del héroe nacional. Grisél se aturde. Ve un uniforme de general, oro, las aclamaciones de las multitudes, las sonrisas de las mujeres, oye ovaciones y ve la gloria.

¿Y París? París se calla. Como siempre, las luces de los cafés y bailes brillan por centenares. Como siempre los pobres hablan del pan y los petimetres de la nueva moda. Pronto el vals reemplazará a las demás danzas, es mucho más agradable, el caballero estrecha a la dama con fuerza... La victoria de Bonaparte en Lodi llena de entusiasmo a los estrategas y la actitud que adoptará el Consejo de los Quinientos ante la detención de Drouet interesa a los políticos. Los agiotistas se alegran de la nueva caída de los asignados. El luis de oro está hoy a ocho mil doscientos y las mujeres del barrio Marceau están consternadas porque la libra de pan vale treinta y cinco libras.

Pero ¿y el arresto de Babeuf? Los enemigos del pueblo han atrapado a Gracus, el jefe de los descamisados, el predicador de la Igualdad, el defensor, el amigo, el Tribuno.

¿Lo oyes, París?

París se calla. Unos se alegran y otros, con un aire sombrío, cierran los puños. “¡Traidores!”... Sin embargo, las calles están tranquilas. Nadie grita “¡Libertad a nuestro Babeuf!”. Nadie. El silencio, la noche, los centinelas y las estrellas en torno a la prisión de la Abadía. París está exangüe. ¿Cuánto es posible exigir de una sola generación? El 14 de julio, el 30 de agosto, el 31 de mayo, el 12 Germinal, el 3 Prarial; a todas esas jornadas se las llama ahora “Días históricos”. ¿No son demasiados días históricos para siete años de calendario y una simple vida humana?

—¡París, defiéndete! ¡Van a matar a Babeuf!...

Se oye: “¡Centinelas, alerta!”; luego, el silencio. París se calla.

AMOR Y ODIO

El silencio puede expresar muchas cosas, y Babeuf oye su voz. El guardián observa con aire sombrío a ese nuevo prisionero que camina incesantemente. ¡Es el demonio! ¡Qué terrible puede llegar a ser una noche de mayo! Babeuf no está preparado. En aquella lejana noche de verano, cuando la multitud rugía en torno a una farola oxidada, cuando por vez primera la revolución habló por primer vez a Babeuf, él comprendió el fin que le reservaba el destino. En tiempos de huracanes cívicos, sólo los santos y los cobardes mueren en sus lechos. Revolución significa muerte. No, no le aflige la muerte de Babeuf, el que se llamó Francisco, después Camilo, luego Gracus, que tiene treinta y cinco años, una mujer, hijos, ojos azules y una cicatriz en la mejilla derecha. No le aflige el recuerdo de su padre, el mayor, el bosque cerca de Roye, los libros de Rousseau o el beso de Grisel. El hombre morirá. Es otra cosa lo que le preocupa, la muerte de la Revolución.

París calla. Una vez más, el Directorio eliminará a centenares de patriotas. ¿Y después? La aristocracia, Luis XVIII, los austriacos, Pitt, los asesinos de Coblenza en el Rhin y de Coblenza en los bulevares de París. ¿Cómo es posible que esos cinco ciegos no vean a dónde llevan el país?

¡A los pies de la monarquía!, ni más ni menos que eso. Si los Iguales perecen, con ellos perecerán no sólo los sueños de felicidad común, los montones de papeles escritos y algunos nobles corazones, no; con ellos perecerá la Revolución.

¿Quién quiere matarla? ¿Los chuanes? ¿Los extranjeros? No. Barras, Carnot, Reubell, todos viejos jacobinos, el enemigo de la iglesia Larevelliere, el montañés Letourneur, todos habían votado la muerte de Capeto. Cinco de los suyos. Quizá entre los "Cinco" haya uno que no sea un traidor, sino un ciego. El deber de Babeuf es abrirle los ojos. Que sepa al menos a quién quieren matar.

—¡Una pluma, pronto, papel!

Gracus Babeuf escribe:

“¿Ciudadanos directores, me miraríais frente a frente y trataríais conmigo de potencia a potencia? Ya habéis visto cuál es la fuerza con que cuento. Habéis visto cómo mi partido puede medirse con el vuestro. Habéis visto qué inmensas ramificaciones tiene. Estoy absolutamente convencido de que esta idea os ha hecho temblar...”.

De pronto, una idea sobresalta a Babeuf: ¿Y si esos desdichados creyeran que él quiere justificarse, que teme la venganza? Escribe:

“¿Qué ocurriría si este asunto apareciese a la luz del día? Yo desempeñaría el más glorioso de los papeles. Demostraría, con toda la grandeza del alma, con toda la energía que sabéis, la santidad de la conspiración en la que jamás he negado participar. Podríais condenarme al exilio, a la muerte, pero mi condena sería inmediatamente considerada como la venganza del crimen del poderoso contra la virtud del débil. ¿Queréis prepararme, desde el día siguiente del suplicio, altavoces como aquellos en que se adora hoy como a ilustres mártires a Robespierre y a Goujon?... ¿Pretendéis libraros totalmente de esa vasta secta de descamisados? Necesitáis un partido que os apoye y, excluyendo el de los patriotas, quedaréis exclusivamente frente al realismo... Todavía hay tiempo... No penséis que es interesado el paso que doy... La muerte o el exilio serían para mí el camino de la inmortalidad y lo recorreré con un celo heroico y religioso. Pero mi proscripción y la de todos los demócratas no constituiría para vosotros ninguna ventaja y tampoco aseguraría la salvación de la República.

¿No merecerían esos patriotas que, en vez de agravarles sus heridas, se pensara, por fin, en curarlos?”.

Babeuf escribe largo tiempo, demuestra, persuade, amenaza, promete el perdón a esos cinco insensatos si de pronto se convierten en verdaderos patriotas. Su carta parece una divagación. Es el juicio de un vencedor y no la súplica de un prisionero. Como siempre, es demasiado miope. Ve la ruina de la República, la desilusión del pueblo, el poder del militarismo, la victoria de los realistas vengativos y mezquinos. Pero, precisamente, no ve ni la traición de Barras, ni la pesada seguridad de Carnot, ni la baja mezquindad de Reubell. ¿Iba a salvar la República a hombres que, sin ningún sentido, envían a sus antiguos amigos a Cayena por la única razón de que esos amigos no han querido o no han podido traicionarlos a tiempo?

No, no era Babeuf quien había tenido la idea de rociar a los soldados con vitriolo, pero es Babeuf el que escribe al Directorio ese mensaje ingenuo y, si se quiere, risible... Este hombre no era un político de café, tampoco un tribuno, era un apóstol. En el primer interrogatorio Babeuf dirá:

—Íntimamente convencido de que el Gobierno actual es un gobierno opresor, hice todo lo que estaba a mi alcance para derribarlo. Me asocié con todos los demócratas de la República. No tengo obligación de citar a ninguno.

El juez de instrucción pregunta:

—¿Por qué medios queráis alcanzar vuestro propósito?

—Todos los medios son legítimos contra los tiranos. No tengo por qué dar detalles de los medios que hubieran sido empleados.

París seguía en silencio. Es verdad que durante todo el día se reunían los patriotas en los alrededores de la prisión de la Abadía, pero no tenían ni fusiles ni tan siquiera piedras en las manos. Atemorizados, se hacían a un lado cada vez que aparecía un pelotón de dragones.

Los principales conjurados, excepto Drouet, fueron trasladados a la prisión del Temple por orden del Directorio. Se les encerró en celdas individuales y se reforzó la guardia para que ni se comunicasen entre sí ni con los iguales que estaban en libertad.

La detención de Drouet inquietaba bastante al Directorio. Es verdad que el Consejo de los Quinientos, asustado por el mensaje del Directorio, entregó inmediatamente al diputado. Pero, al mismo tiempo, Drouet tenía muchos amigos, no ya solamente entre los obreros del barrio Marceau, sino también entre los altos personajes de la República. Nada unía a los directores y a Babeuf.

Cuando Carnot leyó la carta de Babeuf en la sesión del Directorio, Barras se echó a reír.

—¡Loco!... y cobarde... Dice que está dispuesto a morir, pero en realidad tiembla por su pellejo.

Se puede injuriar a Babeuf, se puede manchar su nombre y sus ideas diciéndoles a los moderados:

“Ved de qué nos hemos librado... ¿Quién tomará la defensa de Babeuf? ¿Los desgraciados de París?”

Pero el Directorio ha comprendido el silencio del pueblo, ha comprendido que la sangre, el énfasis, los discursos, las prisiones y el hambre han devastado el alma de la Revolución. Puesto que es así, no hay por qué tratar con guantes a Babeuf.

Drouet es otro problema. Este hombre tiene pocas ideas. Cuando subía a la tribuna del Consejo de los Quinientos, Babeuf le escribía discursos y Drouet lo leía. Tenía una voz sonora y un nombre también sonoro. Era amigo de Barras. Era un calavera. Si se le ponía contra la pared, seguramente se defendería. Conocía muchas cosas de la vida cotidiana del Luxemburgo, intrigas, escándalos y traiciones. En libertad, Drouet sería ahora inofensivo. ¿Que es él sin Babeuf? Un uniforme de gala en una maleta... Sin embargo, Drouet es más peligroso que cualquiera ante un tribunal. Los otros son simplemente descamisados, él es el diputado, el cautivo de Spielberg, el favorito de todos. Sería mejor librarse de él. El asunto seguía su curso. Fue planteado el problema del tribunal ante el Directorio. ¡Sobre todo que no sea en París!... Sobre este punto, Drouet les favorecía. Era diputado, luego el juicio era de la jurisdicción de la Suprema Corte de la República que debía reunirse a una cierta distancia de la residencia del Gobierno. Los directores se ocuparon de geografía ¿Bourges? ¿Vendôme? ¿Amiens? Aun sobre la elección de una ciudad les era difícil ponerse de acuerdo. Por fin decidieron que debería ser Vendôme, una ciudad tranquila, con grandes cuarteles en los que podían instalarse algunos regimientos. Por otra parte, los patriotas eran poco numerosos en Vendôme.

¿Pero qué hacer con Drouet? Letourneur repetía que fusilarle...

El ministro Cochon se había puesto ahora definitivamente de acuerdo con los realistas. Quería agravar el asunto. Había que aprovechar la ocasión y complicar en la conjuración a todos los antiguos jacobinos con Tallien y Freron a la cabeza. Tallien, el "héroe" de Prarial, y Freron, el jefe de la *Juventud Dorada*, que para los realistas seguían siendo jacobinos.

Barras no pudo resistir más. ¿Por qué Tallien? ¿Por su pasado? ¡Pero, entonces, mañana exigirán que lo juzguen a él!... ¡Todavía las tretas de Carnot! ¡Que juzguen a los Iguales, que el diablo los lleve! El conde Barras no es un anarquista, pero no hay razón alguna para mezclar a Tallien en este asunto... Drouet se había equivocado. No estaría mal darle un escarmiento, pero juzgarlo... ¡imposible! Esto es como una cadena. Después de Drouet, Tallien, después de Tallien, Barras, Reubell, Fouché...

Cochon acude a la sesión del Directorio.

—¡Desgracia! ¡Drouet se ha evadido!

—¡Hay que hacer una investigación! Seguramente hay algo que no está claro. ¿Cómo puede uno evadirse de una prisión? ¿Por qué no lo llevaron al Temple?

Barras se calla. Está acostumbrado a las salidas de Letourneur. Es un palurdo... Cochon no puede calmarse.

—Yo también estoy convencido de que se trata de un complot. El guardián lo ha visto a las seis y la celda estaba vacía a las siete. Es imposible que haya podido limar los barrotes en ese tiempo. Y, por otra parte, un descenso de cuarenta y cinco pies es inconcebible.

Finalmente interviene Barras.

—No comprendo vuestra emoción, ciudadano ministro. Drouet intentó evadirse de una fortaleza austriaca. No es sorprendente que se haya evadido de la Abadía. Es un hombre valiente. De todas formas, es una suerte para nosotros. Sin Drouet, el proceso de Babeuf será mucho más tranquilo.

Quizá en el fondo de su corazón no estaba de acuerdo con Barras, pero no le quedaba más remedio que asentir. Drouet estaba en libertad. Todo París reía. La cosa estaba más clara que el agua. Drouet salió tranquilamente por la puerta de la prisión y una patrulla lo detuvo.

—¿No habéis visto a un prisionero que se escapa a todo correr?

—No. ¡Además, no entra dentro de mis principios detener a los prisioneros que se escapan!

Buscaron a Drouet para guardar las formas. Naturalmente, no lo encontraron.

Después de todo, Barras era director, y los agentes de Cochon no tenían derecho a registrar en el palacio del Luxemburgo.

Evadirse de las prisiones de la República sin ayuda de arriba era muy difícil. Los Iguales que estaban en libertad trataron de organizar la evasión de Babeuf y sus compañeros. Llegaron a sobornar a un guardián, pero uno de los centinelas los vendió a todos.

Siguieron largos meses de espera, de inacción, de soledad. Babeuf había logrado establecer una correspondencia con su mujer y con Le Pelletier. Sabía cómo había reaccionado París ante el arresto de los Iguales por las calumnias de los periódicos y el mensaje del Directorio. Experimentó un

nuevo sentimiento, la desesperación. La soledad atenazaba a Babeuf. Los periódicos demócratas que, desde hacía poco, sostenían al Panteón, trataban ahora de demostrar en sus publicaciones que Babeuf era un espía.

Louvet escribía:

“El demócrata Babeuf no es más que un realista disfrazado... ya decía yo lo mismo de Marat y de Hébert”.

Real decía:

“Babeuf es el hombre del extranjero, sí, es el hombre de los reyes”.

Dubois-Crancé:

“El golpe que ha recibido Babeuf ha resonado a lo largo de toda una cadena que llega hasta Londres. “Otras miles de guineas gastadas a fondo perdido.”

Así hablaban de Babeuf, no los realistas, ni tan siquiera los partidarios de Carnot, sino los demócratas. Los nombres de algunos conjurados eran desconocidos para Grisel. Habían escapado, pero guardaban silencio. Nadie defendía el honor de Babeuf.

Babeuf soñaba con la felicidad común. Creía en la bondad de la naturaleza humana. Ahora, no ve más que bajeza y cobardía, calumnia de los enemigos y silencio de los amigos. Su alma está llena de una desesperación tan grande, tan violenta como fue su reciente fe. Se da la vuelta cuando el carcelero le lleva su escudilla de sopa. No quiere ver a los hombres. Tampoco piensa en su mujer y en sus hijos. Pero fuera de los muros de la cárcel todo es pena y llanto. La mujer de Babeuf ha soportado valerosamente todas las pruebas. Pero al final ha perdido el ánimo. No sólo no tiene nada que dar de comer a sus hijos, sino que tampoco tiene ahora una razón por la que vivir. Su marido está preso y todo el mundo dice que esta vez lo van a guillotinar. Le escribe a Babeuf que no puede vivir así, que quiere morir.

La respuesta de Babeuf es cruel y terrible. Hay que saber cómo quería ese hombre a su familia, cómo se preocupaba siempre de la salud de su mujer, de la educación de sus hijos, tanto en prisión como en reclusión voluntaria, para comprender el horror de estas cortas líneas.

“...Hoy, siendo buen patriota como tú sabes, el amor de la patria ahoga en mí cualquier otro amor. Siendo siempre sincero, te confesaré que nosotros, ardientes jacobinos, no somos tiernos sino, por el contrario, duros como el diablo. Es por eso que al decirme que estás decidida a morir, no puedo responderte otra cosa sino que mueras si es tu voluntad.”

El arrebató se calma. Babeuf busca con avidez la firmeza en los otros y la ternura en sí mismo. A su lado está Buonarotti. Están separados. Buonarotti también tiene su mujer en libertad. Se llama Teresa, está sola y es joven e inexperta. Buonarotti no sólo tiene un rostro hermoso y un cuerpo proporcionado, sino que todo en él es armonioso. No conoce el renunciamiento, la serenidad y el frenesí de Babeuf. Está consagrado a la Igualdad. Piensa con tranquilidad en la muerte. Sin embargo, las pasiones cívicas no han destruido en él su otro amor. La imagen de Teresa no abandona su celda. En trozos de papel escribe tiernas misivas:

“Caro objeto de mi amor, tus penas son el tormento de mi conciencia que, por otra parte, no tiene nada que reprocharse... Valor, mi tierna esposa, sé digna de un hombre de bien a quien el orgullo y la tiranía quieren inmolar... Mi amor por ti no fue jamás tan ardiente. ¡Pobre Teresa! ¡Ah, vierto lágrimas pensando en ti! Si pudiera tener tu retrato...”

¡Ay! ¡Adiós! Sufrimos por la verdad y la justicia”.

Leyendo esos garabatos escritos en el papel que llegó cosido en un pantalón o en un chaleco, Teresa llora, pero sonrío al llorar. Una mujer tiene derecho a estar orgullosa de un amor semejante.

El tiempo sigue su marcha. Ya llega Mesidor. El agotador verano se ha deslizado en las celdas. Babeuf está tranquilo ahora. Es la calma de la desesperación. Escribe a su amigo Le Pelletier:

“...no te asustes al ver estas líneas trazadas por mi mano... Soy un ser de quien todo se aleja... sin embargo, mi conciencia me dice que soy puro”.

Escribe y reflexiona. ¿Lo traicionará quizá también Le Pelletier? No, Le Pelletier es un hombre honesto que tiene un alma recta. Escribe:

“Cuando mi cuerpo sea devuelto a la tierra, no quedará de mí más que una cantidad de proyectos, notas, esbozos, escritos democráticos y revolucionarios... cuando de nuevo se vuelva a pensar en probar al género humano la felicidad que nosotros le proponíamos, tú podrías buscar esos papeles y presentarlos a todos los discípulos de la Igualdad, a aquellos de nuestros amigos que conserven nuestros principios en sus corazones. Podrías presentarles, digo, en memoria mía, la colección de los diversos fragmentos que contienen todo lo que los corrompidos de hoy llaman mis sueños”.

Habla de la traición de los demócratas y de sus calumnias. Dice que nadie quiere comprenderlo. Confía a su amigo Le Pelletier, su mujer y sus hijos. Su hijo mayor quiere ser obrero impresor. Babeuf pide a Le Pelletier que lo ayude.

¿Y el menor? Es todavía demasiado pequeño para que se pueda saber, sí, los dos serán honestos artesanos. Pero él no pide sino una cosa. Pronto lo van a llevar a Vendôme.

¿No sería posible dar a su mujer y a sus hijos los medios para seguirlo? Quisiera que estuviesen cerca de él hasta el último minuto.

En este punto Babeuf deja la pluma. Con la cabeza baja, camina largo rato por su celda. Nadie lo ignora, ni los carceleros ni la historia. Babeuf, Francisco, el buen François, puede ahora llorar tranquilamente.

Ya muy tarde, en la noche, agrega: “Mi pensamiento los ha seguido hasta el reposo de la nada”. Y la negra nada, la nada que ahoga, pasa por la ventana y le penetra los ojos y el alma... ¿Quizá se ha apagado la lámpara?

¿Tal vez el detenido, Babeuf, agotado por el esfuerzo se ha quedado dormido?

El día de la partida llegó por fin. Se encerró a los prisioneros en jaulas especiales preparadas con ese objeto. Tres años antes no se hablaba en París más que de la ferocidad de los austriacos que habían encerrado a Drouet en una jaula. Era una invención de las comadres revolucionarias. Lo que se había atribuido a los austriacos lo realizaba el Gobierno de la República. Como bestias feroces, se exponía a los acusados a las burlas de la multitud.

Los obreros maldecían viendo a Babeuf enjaulado. Se daban la vuelta o gritaban con una tierna desolación. “¡Valor, Gracus!” Y la bazofia del Palacio de la Igualdad los agiotistas, los periodistas que sólo ayer exigían el castigo de todos los aristócratas, de todos los nuevos ricos, los petimetres, los jóvenes que desertaban de la conscripción, toda esa basura adornada y perfumada, gritaba: “¡Mueran los bandidos! ¡Mueran los terroristas!”.

Algunas mujeres con sus niños los seguían. Teresa Buonarotti, la aristócrata, y María Babeuf, la sirvienta, se tomaban de la mano, unidas por un común e intenso dolor. Caminaron tres días. Cuando llegaba la noche lloraban –eran mujeres–; durante el día, sonreían porque ellos las miraban desde la jaula. Ya no eran sólo mujeres.

¡Qué tiempo abyecto y sublime!

EL ATAQUE DE GRENELLE

Después del arresto de los dirigentes, los patriotas se dispersaron. Ya no tenían énfasis ni organización.

El uno le decía al otro: “Sin embargo, no podemos estar con los brazos cruzados, hay que hacer algo, hay que actuar”. El segundo aprobaba sus palabras de buen grado y ambos continuaban injuriando a Barras en algún café, donde, sin saberlo, se encontraban rodeados por los agentes de Cochon.

Sin duda, el descubrimiento del complot no había conseguido calmar el descontento del pueblo. Como antes, los obreros se reunían por la noche en los puentes. Gritaban:

–Robespierre o el rey, nos es igual, con tal de que tengamos algo que llevarnos a la boca.

París, como siempre, parecía un volcán. Pero eran pocos los que adivinaban que ese volcán humeante estaba a punto de apagarse.

El Directorio, ahora, hacía proposiciones a los realistas, al igual que, después del Vendimiario, se las había hecho a los patriotas.

Los principios, al igual que los cargos ventajosos, provocaban regateos. Carnot era partidario de facilitar la entrada de nuevos clientes. Nombraba a los realistas, comisarios, administradores y jueces. Los emigrados habían dejado de ocultarse. Se mostraban a la luz del día en los salones de París.

Una vez más, la Iglesia amenazaba con olvidarse de los mártires y de las catacumbas. Antes de Pascua, los comerciantes de París recibieron un mensaje anónimo que decía:

“Si no cerráis vuestras puertas los días de fiesta, seréis considerados como jacobinos”.

Todos los periódicos influyentes estaban en manos de los enemigos de la República.

Si los realistas no intentaban apoderarse del Gobierno era porque estaban incapacitados por la apatía general.

Después de haber leído la carta de Babeuf, los directores se habían hecho oídos sordos. Ahora ya no era un anarquista, sino Hoche, un general republicano, quien decía las mismas palabras:

“Muchos de vuestros amigos os han abandonado. No esperéis que el resto se entregue a la desesperación y se pierdan queriendo salvar ilegalmente a la República... ¿Quién se atreverá a hablar de terroristas?

¿Dónde están? ¿Dónde está su ejército? El de los chuanes está en todas partes...”.

En las calles de París vuelven a aparecer las banderas blancas. El Directorio respondió festejando fastuosamente el Termidor. Larevelliere, el giboso, era particularmente amante de los cortejos majestuosos, de las guiraldas y de los juegos de artificio. Sentía gran placer poniéndose su sombrero de gala. Hubo poca gente. Nadie hizo eco cuando los ciudadanos directores gritaron: “*Viva la República*”. Es que los amigos de la República odiaban al Directorio y, en cuanto a sus enemigos, preferían otras consignas más sinceras.

La policía, naturalmente, trabajaba como de costumbre. Frente a los realistas se abstenían, pues los realistas tenían dinero e influencias. En cambio, detenían a grandes criminales. Así, por ejemplo, se detuvo a la vieja cocinera de un ex-conde de Chalabre por habersele encontrado un medallón con el retrato del bandido Marat en el pecho.

No todas las ex-cocineras o ex-porteros habían seguido honrando la memoria del Amigo del Pueblo.

Algunos habían hecho carrera y despreciaban su pasado. Se ganaban bien la vida. El ciudadano Piot, en el transcurso de un año, había economizado, haciendo especulaciones, suficiente como para adquirir dos casas en París, cien hectáreas de tierra en Courtevois y dos almacenes, uno en Marsella y otro en Burdeos. Había muchos Piot. Apoyaban al Directorio contra los descamisados y contra los emigrados.

El que en París comía bien, continuaba deleitándose con la vida, la danza y los deportes. Los locales públicos dedicados a bailes llegaban a 1,800. Esa pasión también se había apoderado de los obreros. En los sótanos de Saint-Antoine, la tonada de “Los Lanceros” había reemplazado a los discursos jacobinos. Miles de espectadores se reunían en las luchas de atletas, en las carreras, en los juegos celtas...

Vivir, correr, saltar, girar, no pensar, no pensar en nada... El pequeño Coblenza estaba revolucionado por una nueva moda, Teresa Tallien había decretado que la camisa era un prejuicio estúpido. La camisa sólo servía para disimular el antiguo encanto del cuerpo. Todas las *merveilleuses* siguieron inmediatamente su ejemplo. Solamente los anillos, los brazaletes, los collares, las cadenas revelaban ahora la situación social de las amigas del conde de Barras. Talleyrand, viéndola un día, suspiró lleno de respeto. "Imposible estar más lujosamente desvestida..."

Aparecieron numerosos vehículos. Los peatones se quejaban, pues resultaba peligroso atravesar las calles. Se corría el riesgo de ser aplastado. Frente a la entrada del Luxemburgo se reunían grupos de curiosos. Miraban los coches, los jinetes, los caballeros y las damas con vestidos de ceremonias. Eran los invitados que llegaban. En casa del conde de Barras hay hoy baile. Entre los curiosos había algunos que no hacía aún mucho tiempo estrechaban amistosamente la mano de ese jacobino llamado Barras. Ahora no tenían ni situación ni pan. Murmuraban. Eran mucho más numerosos que los invitados. ¡París cuenta con más hambrientos que bailarines! Pero el hambre es muda, mientras que los músicos tienen tambores y trompetas.

Los patriotas continuaban razonando. "Habría que arriesgar el golpe..." Parecía que esperasen un milagro. Estaban sombríos y tenebrosos. Pero, ¡aquí está el milagro!

¿No es así como habría que llamar a la gran noticia que un patriota transmite a otro?

"El campo de Grenelle está con nosotros. Los oficiales y los soldados esperan que vayamos a fraternizar con ellos. Nos recibirán con los brazos abiertos. Derribarán al Directorio. Debemos ir."

Naturalmente, los espías de la policía hacen coro. "Ésa es una buena idea..." ¿Quién sabe? Quizá el milagro había surgido del escritorio del ciudadano ministro de Policía, Cochon.

Inmediatamente el Directorio conoció el nuevo plan de los patriotas. Carnot se regocijó. "Es indispensable dar un golpe decisivo a la anarquía." Carnot hablaba poco en las sesiones de los Cinco. Prefería las conversaciones íntimas con el ciudadano Cochon.

¿Qué hacía mientras tanto Barras? Como siempre, daba vueltas, tergiversaba y vacilaba. Le decía a Carnot: “Sí, es indispensable una represión”; sin embargo, en el fondo de su corazón, temía un nuevo triunfo del Directorio que mañana haría de Carnot un dictador...

Ni Babeuf, ni Buonarotti, ni Germain estaban ahora entre los patriotas. Se hacían proyectos en los cafés de gobiernos revolucionarios. Eran ingenuos y absurdos. Al mismo nivel que Babeuf, aquel que tanto le había difamado, Tallien. Al mismo nivel que el intachable Germain, el venal Freron. Era precisamente esto lo que inquietaba a Barras. Se había dado cuenta que, después del descubrimiento de la conjuración de los Iguales, no podía esperarse nada de ellos. No era un cargo elevado, sino una bala lo que tenían reservado. En uno de los documentos encontrados en casa de Babeuf se especificaba: “Matar a los cinco.” Babeuf estaba preso ahora.

Otros dirigían a los patriotas. Tallien y Freron eran viejos amigos de Barras. Era más fácil entenderse con ellos que con ese cabezón de Carnot.

Barras trataba de disculparse por anticipado. “Una represión es necesaria.” Pero por detrás, por intermedio de su amigo Mehée héroe de las masacres de septiembre y experimentado provocador, excitaba a los patriotas. Incluso les envió veinticuatro mil francos “para que bebieran los soldados”. Su astucia rayaba la estupidez. Una lucha era inminente. ¡Pues bien! Él apoyaba a ambos bandos.

Cochon también utilizaba provocadores para dar dinero a los patriotas. Sin embargo él, al menos, no tenía dudas. Un tal Romainville, uno de sus más distinguidos agentes, recorría París sin descanso, diciendo:

—Vamos a fraternizar con los soldados del campo de Grenelle, nos esperan.

Los patriotas no dudaban de la sinceridad de esas llamadas. Sabían que en Grenelle acampaba un escuadrón de dragones compuesto de soldados de la antigua Legión de Policía. La Legión de Policía era célebre por su espíritu jacobino. Ya antes, los Iguales habían contado con ella. El Directorio había conseguido licenciar a la Legión de Policía. Pero los soldados seguían siendo soldados. Se quejaban en alta voz: “¡Esos puercos no nos pagan nuestro sueldo!...”. En las tabernas vecinas, “El sol de oro” o el “Café campestre”, los soldados habían dicho con frecuencia a los obreros: “Pronto les ajustaremos las cuentas...”. Desde el tiempo en que Robespierre mantenía a raya a los

aristócratas, suspiraban ruidosamente. ¿Quién ayudaría a los patriotas sino los valientes dragones?

París está en calma, los espectáculos han terminado, las patrullas detienen a los transeúntes. En el barrio de Grenelle, en cambio, hay agitación. Hoy los patriotas están allí. No tienen sables ni fusiles. Han venido a fraternizar con los soldados. Quieren salvar la Revolución con sus canciones. Los soldados corean el estribillo:

Aux armes, citoyens!

¡Entonces es la victoria!

El campamento está tranquilo. Los soldados duermen. Los serenos juegan a las cartas o cuentan historias picantes sobre las mujeres de Vaugirard. La multitud crece en los alrededores. ¿Cuántos patriotas hay? Unos dicen que trescientos, otros que quinientos y otros que mil.

De pronto, la gente se aparta. Clamores: “¡Bravo!”, “¡Viva el padre del pueblo!”, “¡Condúcenos contra los tiranos!” Es el diputado Drouet. Va a caballo, sus amigos le rodean. Las canciones se hacen más ruidosas, los rostros más alegres. “¡Drouet está con nosotros!” Los patriotas quieren acercarse a las tiendas del batallón de Gard, porque allí tienen muchos amigos seguros.

La noche es oscura. Una noche de otoño. ¿Cómo reconocerse? ¿Amigos? ¿Enemigos?

—¡Hola, amigos!

El ciudadano Cochon ha pensado en todo. A última hora ha dado orden de relevar el batallón de Gard y reemplazado por otras tropas. Los patriotas cantan, llaman:

—¡Venid con nosotros!...

Están delante de la tienda del jefe del escuadrón, Malo. Se oyen voces:

—¡Veintiún dragones!...

—¡Vivan los dragones! ¡Abajo los tiranos!

El ciudadano Malo es un patriota, no disparará contra el pueblo.

Malo se acerca. Desenvaina. Los dragones le siguen. Acaban de saltar de la cama. Muchos están en camisa. Un tumulto. Y los patriotas siguen cantando. ¿Qué otra cosa pueden hacer?... A pesar de las órdenes recibidas, Malo vacila visiblemente. Depone el sable y pregunta:

–¿Tenéis armas?

Entonces uno de los policías dispara. La bala pasa por encima de la cabeza de Malo. ¡Un ataque! Malo ordena:

–¡A caballo! ¡Sable en mano!

La noche es negra. ¿Adónde huir?... Los patriotas ya no cantan, unos tras otros caen bajo los sablazos. Los caballos aplastan a los heridos. Gritos. Algunos disparos aislados y desesperados. Un último clamor. “¿Hermanos, qué hacéis?” Y el relincho agudo de los caballos.

Los que no tuvieron tiempo de acercarse a las tiendas vieron a Drouet huir al galope por las calles desiertas. Aquella noche fue decisiva. “Si no vencemos, partiré para la India”... Drouet no quería morir, pero tampoco podía llevar una vida apacible y tranquila. De Grenelle a la frontera en una etapa; de allí a Génova, y luego a la India. ¡Cualquier parte, con tal de que sea lejos de París, cualquier parte, hasta el mismo infierno!

Y los soldados seguían destrozando a los patriotas desarmados. Un general retirado, el jacobino Javogues, había intentado organizar la resistencia, pero los patriotas aterrorizados huían sin escuchar ya las órdenes de nadie. Otro oficial, el ayudante general Lay, había penetrado en el cuartel de los Inválidos, donde estaba la guarnición de granaderos. “Venid a auxiliar al pueblo.” Los soldados se hacían los remolones. “¡Naturalmente!, pero no servirá...” Un atrevido sargento que desde hacía tiempo soñaba con los galones de oficial, se acercó al ayudante general Lay.

–¡Ven conmigo!

–¿Adónde?

–Ya lo verás... Ya te explicaré...

Algunos seguían rechazando los ataques. Gritaban y persuadían.

En el muelle de Voltaire, con el sombrero hundido hasta los ojos para que nadie le reconociera, había un ciudadano esperando el resultado del ataque de Grenelle. Si una patrulla lo detuviera diría tranquilamente: “Estoy paseando”.

Hacia la una de la madrugada, cuando los soldados terminaron su obra, un muchacho muy sofocado se le acercó diciendo: “Todo ha fracasado...”. El prudente ciudadano se encogió de hombros: “¡Imbéciles, cobardes!”, y se dirigió rápidamente a su domicilio. No era otro sino Freron. Freron abandonado por todos, por los Realistas y por los Patriotas. Freron, que no hacía mucho arrastraba como remolque al grupo de sus “Jóvenes”.

No había sido elegido en el Consejo de los Quinientos, no tenía cargo lucrativo, ni dinero, ni partidarios. Ahora soñaba con una victoria de los jacobinos.

Naturalmente, Freron llegó tranquilamente a su casa. Al mismo tiempo, los agentes organizaban una batida de anarquistas. Los detenían en las casas, en las calles y en los caminos cerca de las barricadas. Empezaba a amanecer. Algunos voluntarios se unieron a los policías, realistas o simplemente burgueses atemorizados por las proclamas de los Iguales. “¡Babeuf quería desvalijar a todo el mundo!”

El general Javogues había logrado llegar hasta Montrouge. Entró en una pequeña taberna para tomar aliento. Allí lo descubrieron. Le encontraron una banda tricolor de convencional. Él dijo orgullosamente:

–Es toda mi fortuna, todo lo que me queda de la Revolución.

Lo registraron y hallaron en un bolsillo un cortaplumas. Los policías anotaron: “El ciudadano Javogues ha sido detenido con las armas en la mano”. Cumplían órdenes de Cochon.

Los policías arrestaron a Bertrand, a los convencionales Cusset y Huguert y a muchos obreros de Saint-Marceau. En total, ciento treinta y dos personas. Naturalmente, el provocador Mehée había escapado. Algunos lo vieron atravesar el Sena a nado. Muchos intentaron escapar de esta forma, pero sólo Mehée lo logró. Quizá era un buen nadador pero, en todo caso, era amigo de Barras.

La noche anterior Cochon había dicho a los ciudadanos directores que se esperaban pequeños desórdenes. El espíritu de las tropas era perfecto y nada amenazaba al Gobierno. Reubell lanzó un suspiro de alivio:

–Si la cosa es así, me voy a Arcuell...

Reubell prefería el idilio suburbano a las preocupaciones del Estado. Larevelliere fue a acostarse con la mayor tranquilidad del mundo. Un ruido insólito le despertó a la mañana siguiente. A medio vestir, con el sable en la mano, salió corriendo. En el patio vio soldados y, entre ellos, a Carnot y Letourneur. Larevelliere se enojó.

–¿Por qué no me despertaron antes? Carnot le tranquilizó:

–Nosotros somos militares...

Naturalmente, no le confesó a Larevelliere que un jorobado aficionado a la filosofía sólo hubiera servido para molestar tratándose de dirigir un simple combate entre escuadrones de caballería y un desarmado grupo de patriotas...

Ahora había pasado el peligro...

–¿Y Barras?

–Han llamado a casa de Barras y no ha respondido nadie. Barras sólo apareció después de comer, cuando ya conducían a los prisioneros por las calles de París camino de la prisión del Temple.

Con un aire asombrado, Larevelliere interrogó a Barras.

–¿Por qué no habéis respondido esta noche cuando llamaron a vuestra puerta?

Una pregunta estúpida. Barras no es un hombre que se muestre en medio de una representación. Bonachón y sonriente responde:

–Seguramente dormía... Tengo un sueño profundo.

No agregó que el sueño profundo es característico de los hombres con buena conciencia.

Los cadáveres han sido transportados a la fosa común. Los prisioneros son conducidos por los bulevares y las damas que no llevan camisa, las célebres bellezas del Directorio, les gritan.

–¡Mueran los perros sanguinarios!...

Reubell volvió de Arcuell con muy buen ánimo. Barras, después de haber dormido bien, estaba dispuesto a trabajar. También Carnot y Letourneur habían tenido tiempo de descansar de las fatigas de la noche. Se abrió la sesión del Directorio.

–¡Exterminarlos!...

A Javogues se le había encontrado encima un cuchillo, a un obrero un hacha, a otros dos había habido oportunidad de introducirles armas.

¿Para qué discutir tanto?...

El Directorio ordenó que todos los detenidos fueran sometidos a un consejo de guerra por haberseles sorprendido con las armas en la mano. Por otra parte, dirigió a los ciudadanos un mensaje que llegaba muy en su momento. “¡El motín anarquista ha sido reprimido gracias al heroísmo de los ejércitos republicanos!”

–Decir consejo de guerra significaba decir juicio sumarísimo. El Directorio tenía prisa. Los obreros lanzaron piedras a la policía cerca del Puente Nuevo. Una multitud de ciudadanos rodeaba la prisión del Temple, injuriando a los “cinco” a voz en grito.

El consejo de guerra condenó a veintiséis hombres a ser fusilados. Eran en su mayoría obreros: zapateros guarnicioneros, boneteros, lectores del *Tribuna del Pueblo*... conmovidos por la doctrina de la Igualdad. Gracus estaba lejos, en Vendôme, pero su sombra estaba en el Temple cuando se enfrentaban los militares con uniformes demasiado nuevos, los guardianes del orden, los jueces precoces y, tras las rejas, los últimos descamisados.

Uno de los condenados, el zapatero Bonbon, se arrojó por una ventana de la torre después de gritar: “¡Viva la Igualdad!”. Una sentencia es siempre una sentencia. El cadáver de Bonbon fue llevado al lugar del suplicio para ser fusilado.

La multitud murmuraba:

–¡Son todos pobres gentes! ¿Por qué los matan? Alguien gritó:

–¡No es un tribunal, es un matadero!...

Conozco a uno de los condenados, es un ciudadano honesto...

Un húsar que estaba allí cerca le rompió el cráneo al audaz.

Varios condenados fueron atados antes de ser conducidos a la carreta. Acostados cantaban: *Aux armes citoyens!*

¿A quién llamaban? ¿A los espectadores? ¿A los presos de Vendôme? ¿A los muertos?... Algunos iban andando. El pintor Gagnant caminaba en medio de otros condenados por el bulevar de los Italianos. Allí no había un solo par de ojos compasivos. Sólo una mujer joven, la suya, caminaba al lado de Gagnant sin apartar su vista de él. Cuando los condenados llegaron a la altura del teatro Italiano, Gagnant, empujando a los soldados, consigue escapar. Entra en una casa. La escalera, el corredor. Allí hay un taller de sillería, el de su hermano. Parece que se ha salvado. Pero los soldados descubren al fugitivo. Lo golpean con la empuñadura de los sables. Ensangrentado es arrojado a una carreta. Su mujer lo ve todo. Su mujer camina a su lado. De la carreta, una voz humana brota de un montón de carne y de sangrientos jirones. Gagnant, medio agonizante, reúne todas sus fuerzas y canta:

Antes la muerte que la esclavitud...

Los concurrentes del pequeño Coblenza, aterrorizados, prestan oído al canto.

—¿Oís? Así, pues, esos bandidos no son cobardes. Saben morir.

Parece que no hay nada que temer. Llevan a los hombres al suplicio. El partido del orden triunfa. Pero las damas se dan la vuelta.

—¿Habéis visto qué ojos tan terribles tienen? Son partidarios de ese Robespierre que han salido de sus tumbas...

No hay disimulo posible. Tienen miedo. Esos hombres todavía saben morir. Y el nuevo París sólo sabe vivir, vivir con avidez, vilmente; vivir cueste lo que cueste.

Entre los condenados hay uno que la multitud conoce perfectamente. El ex-general Javogues. No era un obrero ni un discípulo de la Santa Igualdad. Era un convencional que había reprimido las rebeliones de Lyon y de Bourges. Había ordenado a los campesinos que cosecharan, molieran el trigo y dieran la harina a los descamisados, todo ello en el plazo de ocho días. Los campesinos decían: “Javogues lo ha ordenado”, y la harina se entregaba en el plazo fijado. Fue él quien firmó la orden de destrucción de los castillos de los alrededores de Macon. “Distribuid las piedras entre los descamisados y ayudadles a construirse casas.” En Saint-Etienne había decretado un impuesto sobre las fortunas, de tal forma que el que poseía un millón

debía pagar un impuesto de ochocientas mil libras, y el que poseía cien mil libras debía pagar veinte mil. Javogues permaneció fiel a las ideas y a las costumbres de su tiempo. No robaba como lo hacían otros. Toda su fortuna se reducía verdaderamente a una banda tricolor. Le hubiera gustado poder volver a su provincia de Montbrison, pero su padre, un antiguo portero, le suplicaba que se quedara en París: “Aquí te matarían inmediatamente”.

Couthon murió el 10 Termidor. Javogues se salvó. Ahora iba hacia la muerte. Marcha con valentía cantando. Son muchos los que él envió al cadalso. Pasa ante la multitud como un recuerdo del 93. Quizá él también recuerda el pasado. Una vez el tribunal revolucionario de Lyon condenó a la guillotina a setenta personas, entre las cuales no había solamente aristócratas, sino también girondinos y otras personas detenidas por casualidad o por denuncia. Aquellos hombres, al oír la sentencia, entonaron:

Morir por la patria...

Es la suerte más bella, más digna de envidia...

Y he aquí que él, antiguo convencional, el general Javogues, entona el mismo canto:

Es la suerte más bella, más digna de envidia...

Los condenados llegaron al campo de Grenelle. El pelotón de ejecución estaba mandado por el oficial Lille. En el último minuto, no pudo pronunciar: “Apunten”. Se volvió para que la multitud viera un rostro descompuesto por el horror.

El ataque de Grenelle había terminado. En el teatro Feydeau, un público vestido de gala aplaudió rabiosamente cuando una actriz dijo (lo que estaba en su papel): “Por esta vez estamos salvados”.

Es necesario agregar solamente que los vencedores trabajaban con el sudor de su frente.

La primera sesión del Directorio fue consagrada a fijar el castigo que debía infligirse al oficial Lille por su inadmisibles vacilación al cumplir su consigna.

BOLILLAS BLANCAS Y BOLILLAS NEGRAS

Vendôme es una tranquila y pequeña ciudad, conocida solamente por su viejo colegio y su salchichón. Al constituirse la Corte Suprema Vendôme estaba irreconocible. En todas partes, tiendas de soldados, relinchos de caballos, patrullas, fuegos de vivac, montones de armas. Se decía que seguramente el proceso se prolongaría seis meses. Los caminos de los alrededores estaban llenos de carros con equipajes. Eran los aristócratas y los ciudadanos más prudentes que abandonaban la ciudad. ¿Quién podía saber cómo terminaría el asunto? Los partidarios de Babeuf eran numerosos... La ciudad estaba rodeada. Su acceso, prohibido. Los prisioneros fueron alojados en la antigua abadía de la Trinidad, cuya capilla se había preparado para las sesiones de la Corte Suprema. Las ventanas de las celdas, además de los barrotes, habían sido cerradas herméticamente con una guarnición de madera. Ciento cincuenta soldados montaban guardia sin interrupción en torno a la abadía. El comandante había dado orden de poner seis cañones apuntando a las seis ventanas. En caso de tentativa de rebelión, salva de artillería.

De las celdas no llegaba más que el ruido de los cantos. Los presos cantaban bien y los patriotas de Vendôme (era inútil, también había patriotas en Vendôme) se reunían en las colinas vecinas y escuchaban “La Marsellesa”... Los patriotas, enternecidos, aplaudían. Sesenta y cinco ciudadanos fueron acusados ante la Corte Suprema (dieciocho de ellos eran rebeldes). Estaban comprendidos los jefes de los Iguales, simples conspiradores y gentes que no habían tomado parte en el asunto, detenidos por falsos testimonios. Durante la instrucción, Babeuf y sus amigos más íntimos habían observado una actitud orgullosa. Sin pensar en negar su participación en la conspiración, respondían: “No somos reos, somos prisioneros de guerra”.

En Vendôme se realizó por primera vez un encuentro general de inculpados. ¿Cómo elaborar un plan común de defensa? Se les juzgaba de acuerdo con lo que decía Grisel, basándose en una serie de documentos. Los patriotas menos comprometidos exhortaban a los jefes.

“Negad la existencia de la conspiración. Entre los jurados habrá seguramente republicanos. Les será más fácil entonces, si no absolverlos, por lo menos absolvernos...”

Babeuf vaciló durante mucho tiempo. Su orgullo innato y su sensibilidad humana luchaban. No pensaba en él. Sus respuestas durante la instrucción fueron suficientemente claras. Darthé estaba en contra de ese silencio organizado.

“La sangre de los patriotas atiza el fuego de los corazones de la nación.”

Babeuf replicaba:

“Estamos derrotados y en vísperas de un largo período de tregua. Nosotros tenemos derecho a sacrificarnos, pero no es eso lo que nos piden. ¿Qué será de los demás? Esos treinta patriotas pueden salvarse si yo digo: sí, estoy contra vosotros. Considero que la insurrección es legal, hubiera querido unirme al complot. Pero esas listas no son las listas de los conjurados. ¡Cuánto más agradable sería para mí revelar en un instante toda la verdad! Pero, eso es contrario a los deberes de un patriota. Admito eso, Darthé, ahora debemos tratar de salvar a los amigos...”

Los Iguales habían decidido, al negar la conjuración, reconocer que si esa conjuración hubiera existido, todos hubieran tomado parte en ella. Babeuf se puso a preparar su defensa. Quería, una vez más, exponer a sus contemporáneos y a la posteridad las ideas de la Sociedad de los Iguales. El Directorio afirma que está vendido a los realistas, que ha preconizado el robo y el crimen. Él transformará en cátedra el banquillo de los acusados. Revelará los trabajos de sus noches sin sueño. La conjuración de Floreal año IV contra el Directorio ha fracasado. La conjuración del pueblo contra el lujo, el ocio, los crímenes, debe triunfar.

El presidente de la Suprema Corte, el ciudadano Gandon, era un funcionario ejecutivo. En cada caso se ponía de parte de la acusación, pero, como era un hombre blando, estúpido de nacimiento, más de una vez se quedó sin réplica ante los acusados de los que un gran número conocían mucho mejor que él los artículos del código. Entonces los fiscales nacionales, Bailly y Vieillart, iban en su ayuda. Vieillart soñaba con un sillón de diputado. Por su requisitoria en la Corte Suprema esperaba granjearse las simpatías de los realistas. Bailly, aunque le gustaba hablar de los “ideales republicanos”, era conocido por su odio hacia los jacobinos. Cuando Babeuf pronunció la palabra “revolución”.

Bailly lo interrumpió inmediatamente:

“Las tempestades revolucionarias se terminaron hace mucho tiempo”.

Los debates judiciales se transformaron entonces en debates políticos.

Darthé grita:

—¿Oís? Ya no nos juzga a nosotros, sino a la Revolución. Nosotros somos los hombres del 14 de julio.

Sin inmutarse, Vieillart responde:

—¡Nosotros también!

Vieillart quiere recordar así, una vez más, que los jueces de toga roja no son de ningún modo los jueces de Luis XVIII. No, son los jueces del Directorio. Todo se lo deben al valor de los descamisados. Juzgan a los que, en otro tiempo, les ayudaron ¡Gracias al 14 de julio la Corte Suprema de Vendôme está mucho más protegida que la Bastilla!

El principal defensor, el ciudadano Real, era un buen abogado y un buen hombre de negocios. Hacía unos meses afirmaba en su periódico que Babeuf recibía subsidios de Pitt. Ahora había decidido defender a los Iguales. ¿Cómo dejar escapar un proceso tan resonante? Desde el comienzo de la Revolución Chenier había dicho de él: “¿Y Real?... Pues bien, Real realiza...”

Había decidido, como hábil abogado, sacar partido de la tragedia que se avecinaba.

Entre los acusados, el sombrío Darthé inquietaba particularmente a Real. Los argumentos de sus compañeros no habían podido convencer a Darthé. Había decidido callarse. A las preguntas del presidente respondía lacónicamente:

—No es de vuestra competencia juzgarme.

¿Defenderse? Y encogiéndose de hombros:

—¡Cuando la libertad sucumbe!... Cuando los amigos, los adoradores de la Igualdad están perseguidos, errantes, entregados a la ira de los asesinos o a las angustias de la más terrible miseria... Cuando los defensores de la patria son injuriados por el más odioso despotismo... Cuando la proscripción se cierne sobre la cabeza de todos los hombres virtuosos, de todos los amigos de la razón...

Cuando para colmo de horror, en nombre de lo que hay de más sagrado, en nombre de la santa amistad de la justicia bienhechora... de la dulce humanidad, los bandidos dejan un rastro de desolación, desesperación y muerte. Cuando la terrible traición, el infame perjurio, el saqueo y el asesinato son oficialmente honrados... Cuando Francia está cubierta por un fúnebre crespón... Cuando ya no hay patria, la muerte es un favor...

Babeuf no era un orador y se vio obligado a escribir su defensa. El elocuente Germain, por el contrario, no daba tregua a sus acusadores.

Entra Jorge Grisel. Mira orgullosamente a su alrededor. Ya no tiembla. ¿Acaso no protegen su vida dos compañías de soldados y seis cañones? Responde gustoso a las preguntas de los periodistas curiosos. Ciertamente que no es todavía general, pero en el periódico se afirma: "El principal testigo de la acusación". ¡Que por lo menos sea principal en algo!

Grisel mira a Babeuf con desdén. ¡Pues bien, sí! Lo ha abrazado... Espera los cumplidos del presidente. Él no es un delator interesado, es digno de la corona cívica.

El presidente mueve la cabeza en signo de aprobación. Ante él tiene a un héroe. Germain se levanta.

—No, Jorge Grisel, no; tú no tendrás una corona cívica. No, no tendrás ni siquiera una corona de espinas (esa corona es nuestra). La corona que está reservada para ti es la corona de acebo, aquella que en Roma se ponía sobre la cabeza de los esclavos para venderlos por unos denarios más.

Todos los acusados se apoyaban mutuamente. Contra Antonelle no había ninguna prueba, pues, por casualidad. Grisel desconocía su existencia. Sin embargo, ese flemático Antonelle, desde hace tiempo, es indiferente a la muerte. Convencido de la nobleza de los descamisados, el marqués no quería escapar a la suerte común. Más de una vez había declarado: "Estoy con ellos". Allí se sentía la comunidad, no ya de un partido político, sino de una secta perseguida, donde todos son hermanos, donde todos son iguales: la cantante de los "Baños chinos", Sofía Lapierre, el Tribuno del Pueblo, el marqués de Antonelle o el cerrajero Didier.

Cuando, todas las tardes, el presidente abría la sesión, los acusados entonaban el "Himno de los Mártires de Prarial":

¡Levantaos, ilustres víctimas!

Todos se habían acostumbrado a la idea de su próxima muerte. Por encima de los jueces y de los policías, hablaban con las grandes sombras de un pasado reciente, pero ya lejano...

Babeuf exclama:

–¡Goujon, Duroy, Romme, Soubrani, Duquesnoy, Bourbotte, ilustres víctimas! ¡Vosotros, cuyos nombres para siempre célebres han resonado ya en este recinto y resonarán todavía más de una vez, vosotros quienes no dejamos de honrar en nuestros cantos cotidianos! ¡Vosotros, cuya constancia ante los grilletes y ante los verdugos-jueces nos servirá de ejemplo para soportar la cautividad más larga y más dura! ¡Vosotros, en fin, a quienes los malvados han matado, pero no han podido deshonar! ¡Mártires gloriosos! ¡Campeones intrépidos de la Santa Igualdad!

El fiscal Bailly interrumpe a Babeuf. Éste no escucha:

–Hemos tenido necesidad de reemplazaros... debemos imitaros...

Los ojos de Babeuf llamean, no miran a los jurados ni a la multitud, miran el pasado.

No le dejan hablar. Gritos, injurias, amenazas... La Corte se retira para deliberar. Toma una resolución:

“Los acusados no tienen derecho a plantear cuestiones accesorias.”

Buonarotti sonrío:

“Si la Revolución es aquí una cuestión accesoria, ¿entonces por qué nos juzgan?”.

Las declaraciones de Grisel duraron dos días. El traidor lo relató todo, la tía, las dos cenas, la de Carnot y la de Darthé, y hasta el abrazo de Babeuf. Ni una sola vez bajó los ojos. Naturalmente, no dijo que un portero del palacio del Luxemburgo lo había sostenido cuando estuvo a punto de sufrir un desvanecimiento en la escalera. No, no es un cobarde, honra la memoria de los héroes de la antigüedad y espera acercarse a ellos.

Cuando hubo terminado su deposición, Grisel permaneció en la sala. Una mujer joven estaba sentada no lejos de él. Grisel advirtió de un vistazo que era una belleza. No sólo amaba a los héroes de la antigüedad, sino también al sexo débil. Alisándose los cabellos con coquetería, se colocó cerca de la hermosa dama. El éxito le sonreiría probablemente. El triunfo fascina a las mujeres, y él, Grisel, es el héroe del proceso. Todos los periódicos de París hablan de él. La mujer se ha dado la vuelta, lanza una mirada a Grisel y éste, que durante dos días ha sostenido las miradas despectivas de los acusados, no puede resistir y se cambia rápidamente a un banco de atrás. Era Teresa Buonarotti.

Cuando apareció la cuestión del “Acta del Directorio revolucionario”, el montañés Ricord dijo, para alejar un peligro que amenazaba mucho más a los iguales que a él mismo:

—¿Será quizás obra de Grisel? Babeuf no pudo contenerse:

—No, él no la ha hecho, no es una obra que pueda hacer enrojecer a su autor. Grisel es un pobre malvado incapaz de haber hecho un acta semejante.

El valor y la nobleza de los acusados conmovía a los mismos soldados de la escolta. Estos decían en la ciudad: “Esos son hombres...”. El comandante de Vendôme tuvo que relevar constantemente las tropas. Temía un motín.

Un tal Hezine tuvo la idea de lanzar un periódico que describía los debates judiciales. Se llamaba *El Correo de la Corte Suprema* o *El Eco de las Gentes Libres y Sensibles*. En el periódico se daban informes detallados. El redactor fue detenido. La mujer del acusado Didier y con ella otras once mujeres fueron encarceladas “por excitación a la insurrección”.

El Directorio apremiaba al ciudadano Gandon: “Hay que apresurarse...”, pero la sola lectura de los papeles encontrados en la casa de Babeuf duró más de quince días. La Corte de Vendôme se había convertido en una nueva Convención. El presidente gritaba, perdida la paciencia:

—Callaos. ¿A quién se juzga aquí? ¿Somos nosotros los que juzgamos a los criminales o sois vosotros los que juzgáis al Gobierno de la República?

No era difícil responder a la pregunta del ciudadano Gandon. En Vendôme se juzgaba al Directorio, y el pálido Grisel personificaba la traición, esa alta virtud de los ciudadanos directores.

Preguntan a Babeuf:

—¿Quiénes estaban con vosotros? Mira al presidente asombrado:

—¡Es inaudito! ¿Cómo es posible suponer, *a priori*, la ausencia de sentimiento cívico?

El presidente se asombra al mismo tiempo. ¡Cuánto mejor comprende a Grisel! Sin embargo, aplauden en la sala. Los ciudadanos son expulsados por los soldados. Es el pueblo el que aplaude a Babeuf, el pueblo que, incapaz de defender a sus héroes, todavía puede enternecerse ante su virtud. Esta tercera “parte”, que no era ni Grisel ni los Iguales, sólo apareció una vez en el tribunal.

El presidente ordena que traigan a los testigos de la acusación, los ciudadanos Barbier y Meunier. Los dos eran soldados de la Legión de Policía, licenciada por orden del Directorio. Habían sido llevados ante la justicia, acusados de haber tomado parte en una revuelta.

Condenados a diez años de prisión, habían cumplido su pena en Vendôme. Meunier entra en la sala. Es un muchacho enlenque y pálido.

—¿Vuestro nombre? —pregunta el presidente. En vez de responder, Meunier entona:

—“Levantaos, ilustres víctimas...”

—¡Silencio!

Meunier canta. Al terminar le dice al presidente:

—Si sois un verdadero patriota, esa canción debe agradaros tanto como a mí.

—¿Conocéis a los acusados?

—No. ¿Es para rendir homenaje a esos defensores de la libertad para lo que me habéis traído aquí? ¡Que mi lengua se seque antes que parecerme al infame Grisel! Un tribunal de verdugos me ha condenado. Me amenazaron con la tortura si no firmaba falsos testimonios. He tenido un minuto de vergonzosa debilidad. Me arrepiento. Ahora mi alma está firme. El fiscal, el ciudadano Vieillart —aquí presente— ha venido a mi celda. Me dijo: “Si confirmas tu declaración ante el tribunal, te pondremos en libertad. Si no lo haces, te matarán”. Pero una buena conciencia es más preciosa que la libertad...

El ciudadano Vieillard trata de protestar. Amenaza a Meunier diciendo que el Código, en su artículo 336, castiga severamente los falsos testimonios.

Sin embargo, él no cede. Traen entonces a Barbier. Repite: “El fiscal Vieillard ha exigido falsos testimonios”.

Barbier tiene pruebas. El presidente detiene al testigo a tiempo:

–Vos mismo os acusáis. Barbier responde:

–Pues bien, si os hace falta otra víctima, estoy dispuesto. Me siento feliz de sentarme a lado de esos héroes.

Babeuf había hablado al tribunal de Rousseau, de Mably, de Diderot. Barbier y Meunier eran semianalfabetos. Sabían leer deletreando y apenas podían escribir sus nombres. No era la inteligencia, sino el corazón el que les había dictado esas palabras llenas de coraje. Gracus Babeuf, rodeado de enemigos, vio en ellos a ese pueblo desinteresado y justo al que él había consagrado su miserable vida.

El proceso duró mucho tiempo. Había empezado en Ventoso, cuando aún hacía mucho frío. Ahora era el alegre Floreal. Se ahogaban en la oscura sala del tribunal. Babeuf, reuniendo todas sus fuerzas, leyó su defensa. Sin un minuto de descanso, hace diez horas que lee. El sudor corre por su frente. Su voz se desgarró. Expone sus ideas. La ley agraria no es una pantomima, solamente una comunidad de bienes puede garantizar la igualdad. Bailly ríe:

–¿Quién recogerá entonces los frutos, si nadie puede decir que son suyos?

Babeuf responde:

–El precio de la felicidad es que no haya “tuyo” ni “mío”. Jesucristo predicó la igualdad, la justicia y el odio a la riqueza. Por eso le clavaron vivo en una cruz.

Babeuf habla de su vida. Él sabe lo que es la Revolución. Sabe lo que es el hambre. Dos onzas de pan... un ataúd de niño...

En ese momento todo el mundo se da la vuelta, alguien llora en la sala conteniendo los sollozos. Es la mujer de Babeuf.

Babeuf habla del peligro que amenaza a la República. Vieillard le interrumpe:

–Vos quisisteis hundir la República.

–¡No! Hemos querido salvarla. La Revolución no ha dado nada al pueblo y el pueblo empieza a odiar a la República. Mirad hacia atrás. ¿Qué vemos a nuestro alrededor? La indiferencia. Los patriotas, antes intrépidos y ardientes, callan ahora. Han perdido el valor...

Pero la Igualdad debe triunfar y triunfará. La Revolución francesa es sólo la precursora de otra revolución mucho más grande y mucho más solemne, que será la última. Entonces desaparecerán los límites, las cárceles, los muros, las prisiones, los robos, los crímenes, las ejecuciones, la envidia, la insaciabilidad, el engaño, la hipocresía y ese gusano roedor que es la inquietud universal...

El fastidio se lee en el rostro de los jueces. Los jurados están cansados de esa alta filosofía. Les produce sueño. Ahora Babeuf habla con las generaciones futuras en la oscuridad de la sala. Ha probado que sus proyectos no eran simples sueños. Los niños le comprenderán. Pero ya es hora de acabar. En ese momento, el dolor humano transforma la voz de Babeuf, no predica, dice adiós a la vida y no son sus palabras sino el solo temblor de su voz el que hace aguzar el oído a los jurados. Quizá no sean filósofos, pero por lo menos son hombres.

–Si nuestra muerte está decidida, si mi última hora está fijada en estos momentos en el libro del destino, yo ya hace mucho tiempo que la espero. Habitado a las celdas, familiarizado con la idea del suplicio, de la muerte violenta, que son, casi siempre, la suerte de los revolucionarios, ¿qué puede asombrarme en esta ocasión? Dejo monumentos escritos. Ellos evidenciarán que no viví y respiré sino por la justicia y la felicidad del pueblo. Pero, ¡oh, hijos míos!, desde lo alto de estos bancos, el único lugar desde donde puedo haceros oír mi voz, sólo tengo un pesar muy amargo que expresaros. Habiendo deseado ardientemente contribuir a legaros la libertad, fuente de todos los bienes, no veo más que esclavitud y os dejo presa de todos los males. No tengo absolutamente nada que legaros. No quisiera dejaros ni tan siquiera mis virtudes cívicas, mi profundo odio a la tiranía, mi ardiente devoción por la causa de la Igualdad y la Libertad, mi vivo amor por el pueblo. Os haría un presente demasiado funesto. Os dejo esclavos y este pensamiento es lo único que desgarrar mi alma en estos últimos instantes...

Babeuf ya no siente las lágrimas que oscurecen sus ojos. Pero Darthé mira a los jurados con asombro. Todo el mundo afirma que esos jurados han sido elegidos y que odian a los anarquistas. Pues bien, los jurados lloran y el público llora. Un guardián se enjuga tristemente los ojos. Solamente en el rostro del ciudadano Vieillart persiste una sonrisa burlona. El fiscal nacional no padece la enfermedad del sentimentalismo. Su requisitoria es simple y clara.

¿Hubo conspiración? Sí, la hubo. Es suficiente. Él sabe que eso será más fuerte que todo para los jurados, esos apacibles ciudadanos que gustan del *whist*, el “nomeolvides” y la tranquilidad.

—Basta. Es imposible ir dando tumbos de revolución en revolución. Recordad los dieciocho meses de terror. Francia está fatigada.

En nombre de esta fatiga, se reclama un cierto número de cabezas que impiden a Francia restablecerse.

Y los jurados, que hace un instante lloraban con las palabras de Babeuf, lanzan un suspiro de simpatía. ¿Qué decir? Están fatigados...

Las mujeres de los acusados beben ávidamente cada palabra, escrutando el rostro de los jurados. Aquél, a la izquierda, parece tener piedad, pero el otro, a la derecha, quiere condenar severamente. Emilio, que tiene diez años, pregunta a su madre.

—¿Han tomado ya una decisión o van a reflexionar todavía?

María Babeuf espera un milagro. Responde rápidamente.

—¿Qué estás diciendo? Todavía no se sabe nada.

Con la gracia de Dios, tendrán piedad. Todo el mundo sabe perfectamente que Francisco es un hombre honesto...

A su lado hay un respetable ciudadano, el conde Dufort de Cheverny, el más rico propietario de los alrededores. Ha estado preso en tiempo de los jacobinos. Todo cambia. Hoy ha venido a ver cómo se juzga a estos jacobinos. Ha oído las palabras de María Babeuf, y se aparta indignado.

¿Puede llamarse “hombre honesto” a un infame que quería despojar a todo el mundo?

El conde Dufort de Cheverny no oculta ya su devoción al trono. ¿Quién juzga a los iguales? ¿El tribunal del rey? ¿Los republicanos?

Antonelle, tranquilo como siempre, ha recordado una vez más al juez:

–Lucharíamos aún por una república como ésta contra los realistas. ¡Cuidado, republicanos, vais a acabar con los últimos patriotas! ¿Qué ocurrirá mañana? ¿Quién podrá defender la República francesa? No sólo nos matáis, sino que os matáis vosotros mismos.

Los jurados salen a deliberar. Sofía Lapierre entona por última vez *Aux armes, citoyens!* Empieza un día largo y abrumador. No se puede respirar en la sala de los jurados.

¿Durante cuánto tiempo deliberarán? Hasta que se hayan puesto de acuerdo. Pero es difícil ponerse de acuerdo. Es inútil que las autoridades intervengan, pues cuatro jurados son patriotas. Los ciudadanos directores leen cada día con ansiedad los informes sobre las disposiciones de los jurados. La desgracia es la misma ley. Bastan cuatro bolitas blancas para que los acusados sean absueltos. Pero la absolución de Babeuf es la condena del Directorio. De París llegan correos exigiendo la cabeza de Babeuf. Los jurados discuten, se callan, vuelven a discutir de nuevo. La tarde empieza a caer. No se pondrán de acuerdo. Cuatro insisten en el sobreseimiento. Parece que Babeuf está salvado.

En las celdas de los acusados no se discute, no se prevé el porvenir. Todo está tranquilo. Los hombres reflexionan por última vez, recuerdan a los suyos y se estrechan silenciosamente las manos. Babeuf no duda de su próxima muerte. Recuerda las palabras de Goujon: “Para que mi mano no se equivoque...”. Ha desabotonado su camisa y mira fijamente su pecho. Después se levanta y camina con paso rápido, según su costumbre. Todavía queda algo por hacer...

Escribe a su mujer y a sus hijos:

“Buenas noches, amigos míos. Estoy dispuesto a entrar en la vida eterna. Vuestro amor por mí os ha conducido aquí, a través de todos los obstáculos de vuestra miseria, os habéis sostenido entre penas y privaciones. Ignoro cómo haréis para volver al lugar de donde partisteis”.

Escribe a su mujer: “Mi pobre y buena amiga”, a su hijo Emilio –Emilio se acordará de él. –¿Y Camilo? Pide: “Hablad de mí a Camilo, decidle mil y mil veces que lo llevaba tiernamente en mi corazón”. ¿Y Cayo, el tercero, que nació después de su detención? “Decidle lo mismo que a Camilo, cuando sea capaz de oírlo.”

Babeuf pide que conserven su defensa. Lebois ha prometido imprimirla.

“Esta defensa será apreciada siempre por todos los corazones virtuosos...”

“Adiós. Ya no estoy unido a la tierra sino por un hilo que el día de mañana se romperá. Eso es seguro, lo veo demasiado bien. Hay que sacrificarse. Los malvados son más fuertes, yo cedo. Al menos es agradable morir con una conciencia tan pura como la mía. Todo lo que hay de cruel y de desgarrador es arrancarme de vuestros brazos, ¡oh mis tiernos amigos! Adiós, adiós.

Todavía una palabra. Escribid a mi madre y a mis hermanas. Enviadles por diligencia, o por cualquier otro medio, mi defensa, cuando esté impresa. Decidles cómo he muerto y tratad de hacer comprender a esas buenas personas que, lejos de ser deshonoroso, es glorioso... Adiós, pues, una vez más, mis muy queridos, mis tiernos amigos. Adiós para siempre. Me encierro en el seno de un sueño virtuoso...

Gracus Babeuf.

Es de noche. Ha terminado la carta. Babeuf dice ahora adiós a Germain. Ambos recuerdan Arrás, los alegres mensajes, “*El orden de la Igualdad*”, la vida. Luego con Darthé y con Buonarotti. ¡Cuántas esperanzas, emociones y penas! Hablan a media voz. Bajo las ventanas, se oye el choque de los fusiles. Los centinelas empujan a las mujeres. El pequeño Cayo grita en los brazos de su madre. Teresa Buonarotti suplica a un guardián. “Decidle solamente esto de mi parte: estoy contigo.”

En la sala de los jurados el aire es cada vez más asfixiante y las voces más lúgubres, “sí”, “no”, “no”, “sí”. A la primera pregunta sobre el complot, cuatro han respondido “no”. Quedaba la segunda, sobre las provocaciones destinadas a derribar al Gobierno. ¿Es posible que estén salvados?

Algunos jurados se han acostado en el suelo y duermen. Discuten desde hace dieciocho horas. El presidente ha recibido instrucciones de arriba: “la cabeza de Babeuf”. Aplaza la votación. Los cuatro desobedientes son ya conocidos por todos aunque el voto sea secreto. Tres de ellos son jacobinos y es inútil insistir. Pero el cuarto, el ciudadano Duffau, está lejos de ser un terrorista, es simplemente partidario de la República.

¿Por qué exterminar a los patriotas cuando los realistas predicen abiertamente la rebelión? Y Duffau pone una bolita blanca. El presidente lo lleva aparte. Le murmura al oído.

–Quiero preveniros, sed prudente. Se sospecha de vos... Dicen que habéis cortejado a la esposa de Buonarotti. Un jurado acaba de decirme que sois anarquista. Naturalmente, he tratado de disuadirlo, pero ved, hacéis mal en obstinaros. ¿Sois padre de familia, no es así? ¿Vale la pena arriesgar la vida? Esto no es un juego, es la Corte Suprema. El Directorio tiene interés en el veredicto. Espero que me comprenderéis.

Por fin, el ciudadano Duffau ha comprendido. Cuando se trataba de la mujer de Buonarotti, se contentaba con abrir los ojos asombrado, ya que no le había visto ni una sola vez.

¡Pero el Directorio!... En efecto, ¿para qué arriesgarse?

LA MUERTE DE BABEUF

Son las cuatro de la mañana. Afuera empieza ya a clarear. La luz del día entra trabajosamente por la pequeña ventana de la antigua abadía y llega a la sombría sala donde las antorchas humeantes terminan de arder. La luz gris y angustiosa parece una bruma. ¡Qué pálidos y desdichados parecen los rostros de las mujeres con esa iluminación! Teresa Buonarotti, con los brazos extendidos, está cerca de la baranda. Parece querer arrancar una misteriosa sentencia de las manos de los altos jurados. La mujer de Babeuf se estremece con cada ruido, un abogado que pasa... Real que deja caer un libro... ¡Vienen!... Los ojos de Emilio arden enfebrecidos y Camilo llora. Una sonrisa indiferente brilla en la cara de Cayo. Duerme acurrucado contra el seno de su madre.

Los habitantes de Vendôme también duermen. ¿Qué les importa Babeuf, las bolitas blancas o negras? Se despiertan con el redoblar de los tambores, el ruido de los cascos de los caballos y el rechinar de los carros de los artilleros. ¿Qué pasa? Debe ser el ajusticiamiento de esos anarquistas...

Después de su conversación con el ciudadano Duffau, cuando el presidente hubo reunido la mayoría indispensable, previno inmediatamente al comandante. Las tropas se prepararon. Los prisioneros habían vuelto de nuevo a la sala. No miran la puerta, la puerta por donde saldrían los jurados dentro de unos instantes. Miran a sus mujeres y ellas sonríen a través de sus lágrimas.

Todo el mundo se levanta. El presidente lee. Se enreda, mezcla las palabras, emocionado. Las palabras lúgubres y oficiales adquieren una significación humana, articuladas por esa voz tenebrosa. Las manos de Teresa Buonarotti se crispan. Emilio muestra los dientes como un cachorro de fiera. María Babeuf ha juntado sus manos impotentes, siempre en espera de un milagro. El presidente lee lentamente, deteniéndose entre dos frases largas como para tomar aliento. La sala está silenciosa como si la muerte hubiera entrado. Los acusadores y los detenidos se callan, los conjurados y los jueces se callan, los guardianes se callan, los niños se callan. Ni un aliento. Las terribles palabras se pronuncian por fin. El Directorio no ha enviado sus mensajes inútilmente. Ha obtenido dos cabezas. Babeuf y Darthé son condenados a muerte. Los otros Iguales, a la deportación.

Buonarotti grita:

–¡Pueblo, ya ves cómo juzgan a tus amigos! ¡Pueblo, defiende a tu Tribuno!

Y los que estaban en la sala se lanzan hacia la barandilla. Brillan los sables de los soldados de la escolta. Órdenes. Pataleos. Un pelotón de soldados rechaza rápidamente a los últimos defensores de Babeuf. Todavía Buonarotti intenta decir algo, pero los gritos, las maldiciones y los llantos ahogan su voz. Babeuf se inclina ante él.

–¡Adiós, Felipe! Prométeme que relatarás para nuestros contemporáneos y para la posteridad la historia de la Conjuración de los Iguales.

¡Héroes de Prarial! Vuestra suerte es digna de envidia. Vuestro ejemplo es sublime... El horror se lee ahora en todas las caras. El presidente se tapa los ojos con la mano. Silencio. María Babeuf no ha conseguido todavía fuerza para gritar. La toga del ciudadano Real está cubierta de sangre. Encima de él está Babeuf. Y la voz de Buonarotti: “Una puñalada en el corazón”. Inmediatamente se levanta Darthé y grita: “¡Viva la República!”. Luego, con un sobresalto, cae pesadamente al suelo. Germain grita: “¡Asesinos!”. Los Iguales se precipitan hacia sus camaradas. Los mismos soldados están desconcertados. Las mujeres han franqueado la barandilla. Un tumulto. Una orden: “¡Cargad! ¡Expulsad al público! ¡Los prisioneros, a sus celdas!”. Los sables brillan una vez más. Unos soldados arrastran los cuerpos ensangrentados, otros golpean a los condenados, rechazan a las mujeres. Son las cuatro y media. Los ojos de Emilio llamean. Él nunca olvidará.

El destino no fue misericordioso con Babeuf, ni con Darthé. Estaban bien vigilados, no habían podido procurarse armas. Aquello que Buonarotti había llamado “puñal” lo habían fabricado ellos mismos con la espiral de su candelabro, aguzándolo contra el suelo. Sólo se habían herido. Además, la mano de Babeuf se equivocó, pegó demasiado bajo. El hierro, al deslizarse, le había perforado el vientre. Babeuf no podía hablar. Gemía. Cuando un médico llegó para extraerle el hierro, movió la cabeza. “No, no vale la pena.” Sufría enormemente, pero guardaba la esperanza de morir a causa de su herida.

Durante ese tiempo, el comandante de la plaza de Vendôme amonestaba a su ayudante de campo. “¿Qué es esta tontería? ¿Por qué no se han tomado medidas?...”

Todo el mundo estaba persuadido hasta tal punto del valor cívico del tal Duffau, que no se había hecho venir de Blois a otros auxiliares. El comandante ordenó a un jinete que galopara a rienda suelta. El comandante temía que Babeuf muriera antes de que el ciudadano Sansón el joven, hijo de Sansón de París, llegara a Vendôme. Los caminos eran malos, jamás podría regresar a Vendôme en el día. En efecto, Sansón el joven llegó a las diez de la noche. Cada hora, el comandante preguntaba: “¿Están vivos?” Babeuf y Darthé yacían sobre la paja, cubiertos de una sangre negra y coagulada. No se quejaban, no gemían. Ni siquiera pedían un vaso de agua. Pero vivían, y los carceleros tranquilizaban cada vez al comandante.

–¡Ya lo creo que viven!

Las cinco de la mañana. El ciudadano Sansón y un ayudante levantaban a Darthé. Se resiste. ¡Vivo no se entregará! Abre su herida. La sangre corre. Las manos de Sansón se han empapado en ella. Por otra parte, no tiene necesidad de acostumbrarse. Darthé, aún medio muerto, es todavía fuerte. Se debate. Le atan. Le llevan junto con Babeuf.

En la plaza de armas hay poca gente. Es muy temprano. Los habitantes de Vendôme duermen todavía. Algunos curiosos. Algunos fieles patriotas. Es una mañana de primavera. Hace sol. Lilas en el jardín de la abadía. Babeuf recorre ávidamente la plaza con la mirada. Alguien ha reído. Alguien ha hecho un gesto amistoso con la mano... María...

¡Ah, gracias, fiel amiga! Que los niños vean...

Sansón termina difícilmente con Darthé. Dos carceleros lo han ayudado. Darthé ha gritado hasta debajo del cuchillo. Ahora es el turno de Babeuf. Está en el cadalso. Se incorpora y dice:

–¡Adiós, amigos míos! ¡Adiós, pueblo! Muerdo con amor...

Cayo, sonriente, mira el juguete que brilla. El cuchillo de la guillotina cae.

El Tribuno del Pueblo, Gracus Babeuf, murió el 8 Prarial, año V, y según el viejo estilo, el 27 de mayo de 1797, en el trigésimo séptimo año de su vida.

De acuerdo con las instrucciones del comandante, los despojos de los ajusticiados fueron arrojados al muladar, fuera de la ciudad. No fueron entregados a sus familias. Se puso en una jaula a los condenados a la deportación. Germain exclamó:

–Enviadme a Cayena, continuaré aún allí... Si no hay hombres, será con los loros.

Cuando los desterrados llegaron a Saint-Lo, el alcalde y el cuerpo municipal fueron a su encuentro. El Alcalde abrazó a Buonarotti y llamó a los deportados “nuestros desdichados hermanos”.

–Habéis defendido –dijo– los derechos del pueblo, y todo buen ciudadano os debe amor y reconocimiento.

La Revolución no podía morir de un solo golpe. Cubierta de sangre, se debatía todavía, como acababan de debatirse Babeuf y Darthé.

El Directorio festejó su victoria. Hubo fiesta en casa de Barras, recepción en casa de Carnot. El día del suplicio, Jorge Grisel había recibido la recompensa de sus servicios desinteresados. Un sable y un cinturón. También le entregaron treinta libras de plata. No puede decirse la razón que había dictado esa cifra. ¿Sería el ejemplo del Evangelio?... ¿Serían las dificultades financieras de los ciudadanos directores?...

El verdugo, Sansón el joven, fue mejor retribuido. Grisel había hecho su trabajo. Pero sin la dinastía de los Sansón, la existencia de Francia parecía inconcebible. Por la noche, Sansón se emborrachó en la taberna “Bas Bret”. Se vanaglorió de que los Sansón servían al Estado desde hacía ciento veinte años. Que sin ellos no habría ni Capetos ni Barras. ¿Quién había ejecutado al anarquista Babeuf? Sansón, naturalmente...

El pastor Pedro, al volver por la noche a la aldea de Montreux, descubrió dos cadáveres. Los cubrió de ramas y, al llegar a su casa, le contó a otro aldeano su descubrimiento. Este, Luis Vadour, que había ido una vez a París a buscar sal, dijo:

–Es Babeuf. Era un hombre honesto, por eso lo mataron.

Al amanecer, los campesinos de la aldea de Montreux recogieron los cuerpos de Babeuf y Darthé. Los enterraron piadosamente. No conocían las canciones patrióticas ni las palabras elocuentes que se pronuncian en París en los funerales de los republicanos. Guardaban silencio. Sólo Luis Vadour dijo:

–Le llamaban el Tribuno del Pueblo... Por eso lo mataron..., a él y al otro... ¡Ésa es la Revolución!

POST SCRIPTUM

Esta noche hay una recepción en casa del director Barras. Garat, el tenor de moda, deleita a los invitados. ¡Oh, cavatinas de Cimarosa! ¡Oh, senos de Teresa!...

Los invitados escuchan, admiran, intercambian cumplidos y beben vino helado. Es una cálida noche de verano.

Según parece, ha costado trabajo terminar con ese bandido de Darthé. Estuvo durante cinco minutos debajo de la cuchilla y durante todo ese tiempo gritaba: “¡Abajo los tiranos!”.

–¡Increíble! ¿Quién os contó eso?

–El marqués. El conde Dufort de Cheverny le escribió en una carta la noticia.

–¿Y Babeuf?

–Babeuf se hizo el inocente hasta el final, como en las pastorales. Es el juego habitual de los terroristas.

Entra Talma. Teresa Tallien (¿no es acaso la dueña de la casa?) murmura triunfante:

–¡Ah! Talma... Nuestro orgullo... Rodean al actor. Le suplican:

–Ofrecednos el encanto de vuestro arte. Declamáis tan bien...

Talma saluda cortésmente:

–Os estoy muy agradecido por vuestra elogiosa opinión, pero desgraciadamente no puedo declamar. Que Garat cante, es preferible. ¿Qué podría recitar yo? ¿Los juramentos de Bruto?... Os conmovería demasiado. Debo cuidar vuestra sensibilidad. Por favor...

Talma se acerca a los hombres. Allí se entablan conversaciones políticas.

–Los realistas querrían seguir las huellas de Babeuf, pero no lo han logrado. ¿Recordáis al comandante Malo, aquél que con tanto acierto exterminó a los insurrectos en el ataque del campo de Grenelle?

–¿Cómo? Me habían dicho que era monje...

–Es posible. En todo caso, ahora es un honesto republicano. Entró en relaciones con los emisarios del rey e inmediatamente los vendió al Directorio.

–¡Ah! ¡Bah! Otro Grisel... El ciudadano Barras ríe:

–No es posible creer hasta qué punto es ahora popular Grisel. Todo el mundo quiere ser Grisel. Un tal Gondoin trató de persuadirme que había sido él quien había entregado a Babeuf, que él era Grisel. Malo, sin embargo, es un verdadero republicano. Los anarquistas son ahora impotentes; los partidarios de Luis XVIII, por el contrario, levantan la cabeza. Los ingleses, naturalmente, les ayudan.

¡Cuántas guineas se habrán gastado en las elecciones!...

Barras suspira. El Directorio también ha intentado comprar gentes, ¡pero qué posibilidades tienen los bonos frente a las guineas de oro! Los realistas han salido triunfantes en las elecciones. Carnot está muy contento. Se entiende con ellos. Sin embargo, la situación es muy difícil para él.

De acuerdo con la Constitución, uno de los miembros del Directorio debe retirarse. Los cinco directores han pasado la noche en blanco. La suerte ha designado a Letourneur. No es fácil abandonar el Luxemburgo. Los cuatro supervivientes han hecho una colecta, en la que cada uno dio diez mil francos, a fin de consolar a su desdichado colega. ¿Pero qué son cuarenta mil francos en comparación solamente con los regalos que les hacen los proveedores?... Barras está contento con el retiro de Letourneur. Ciertamente hubiera preferido que hubiera sido Carnot... Pero también la suerte pudo haberlo elegido a él... Esta idea ha hecho palidecer al conde. Estaba atormentado. ¿Quién sería elegido en lugar de Letourneur?...

Todos felicitan a Barras ahora:

–¡Nuestros mejores deseos para el nuevo miembro de la familia!

Barras, sin embargo, no tiene ningunas ganas de broma. El director elegido es Barthélemy. Ya ha salido de Ginebra. Todo el mundo sabe que Barthélemy se entiende con los realistas. No cabe duda que adoptará el partido de Carnot. Por otra parte, es mucho más peligroso que Letourneur. Además, todo el mundo está en contra de Barras. Aquí mismo, en su casa, algunos invitados le dicen al oído:

—¿Leísteis el artículo de Barriel?... Ataca duramente a Barras... A propósito de la entrevista con Germain... Dicen que Barras está furioso...

Los invitados serios se ocupan de negocios. Gobert rumia una provisión de forraje para el ejército del Norte, y Mallard una de víveres para los ejércitos de Italia. Delannay quiere obtener una concesión de madera. Ouvrard, el ornamento de la República. ¿De qué habla en voz baja el dueño de la casa con Ouvrard, el ladrón más rico de Francia? ¿De barcos? ¿De sal? ¿De arreos? No, el espíritu de Ouvrard está hoy ocupado en temas más poéticos. Regatea la compra de la bella Teresa con el ciudadano director. Sabe que Barras no tiene un céntimo. Teresa es capaz de arruinar a cualquiera. Pero Ouvrard tiene dinero suficiente para alimentar a la mujer más cara de la República. Han intercambiado algunas palabras, se estrechan la mano. Está claro que se han puesto de acuerdo.

Talma pasa de un salón a otro con una mueca de disgusto. En todas partes se trata de “el cuero”, de los “diez mil”, de “comprar al administrador”. En todas partes enredos, chismes e intrigas. Uno se asfixia. El verano es tan caluroso este año...

Entre tanta canalla endomingada, Talma no puede resistir más. La esposa de algún proveedor de géneros, todavía una vez más, le murmura:

—¡Decidnos una poesía!... ¡Ah, Otelo me conmueve hasta el fondo del alma! ¿Y a vos?

Talma sonríe.

—No; por el momento, lo que me conmueve hasta el fondo del alma no es Otelo, sino la señora Angot.

Se despide y sale. Ni en la calle se puede respirar. ¡Si la tormenta estallara al menos! Pero las estrellas están inmóviles en el cielo negro. Hay millares. Entre ellas, Mercurio, descubierta por Lalande. Talma recuerda el sótano y el granero. Ahora la casa está vendida y el sótano y el granero ya no son útiles a nadie. Todo el mundo ha encontrado su lugar. Andrés Chenier habla de libertad. David soñaba con la Igualdad en tiempos de Robespierre. ¿Qué hay ahora? Los millones del señor Ouvrard. ¿Es posible que hayan perecido sólo por eso tantos corazones nobles y que la Revolución no sea más que hazañas, sueños, sangre, crímenes, palabras ardientes, ejemplos de valor y de ferocidad? Y para terminar, lacayos en el palacio, bomboneras en casa de los campesinos, escolta para la señora Angot y tedio.

Talma camina por las calles oscuras. Piensa en voz alta con dolor hasta que un actor amigo suyo le detiene.

—¿Qué haces? ¿Estudias un nuevo papel? ¿Cuál?

—El papel de un contemporáneo. Pero estoy cansado... ¡Buenas noches!

Mientras tanto, los invitados se han retirado. Barras retiene a Larevelliere y a Reubell. Tiene muchas cosas que decirles. De pronto, Barras olvida Prarial y su traición del campo de Grenelle. Mira si los porteros no espían detrás de las puertas y dice con aire triste:

—¡Mal negocio! Los dos tercios del Consejo de los Quinientos están en contra nuestra. Barthélemy, Carnot... ¡Si no ocurre un milagro, adiós República y nosotros con ella!

Aun sin las palabras de Barras, todo el mundo lo advierte. Hacen proyectos durante largo rato. ¿A quién recurrir? Los obreros no tienen armas y, por otra parte, los obreros no lucharían por la República. Ya lo habían visto... Los patriotas estaban aniquilados. ¿Quién los sostendrá? Ellos no son Realistas, a pesar de todo. Quieren salvar la República. ¿Apoyarse en el ejército quizá? ¿En los generales?

... Hoche envía al Directorio advertencia tras advertencia. “¿Es posible que no haya más republicanos en Francia?...” “Pues bien, se puede traer a Hoche de La Haya con las tropas que le sean fieles.”

¿Pero Bonaparte...? ¿El héroe de Italia, el ídolo de París?... Es difícil prescindir de Bonaparte.

Barras intenta tranquilizar a sus colegas:

—Es posible que Bonaparte sea ambicioso, pero también es un sólido republicano. Talleyrand me contaba hoy que Bonaparte había exigido del Papa una contribución consistente en cien cuadros u objetos de arte, a elección, pero obligatoriamente el busto del patriota Marco Bruto.

El conde recupera fácilmente la esperanza. Larevelliere dice, sonriendo con desconfianza:

—¿Pero habéis olvidado entonces lo que nos escribió en Nivoso? ¿Lo habéis olvidado...? ¿No recordáis? Nos escribía que ya era el momento de declarar que no había más revolución, que la Revolución había terminado...